

A black and white photograph of a woman with long, dark, wavy hair, wearing a black bikini. She is posing with her hands behind her head, looking directly at the camera. The background is a dark, patterned fabric. The text is overlaid on the top portion of the image.

Cuando
la vida es sexo

Llevarse trabajo a casa puede ser un placer

UNA NOVELA DE

Mar de la Vega

CUANDO LA VIDA ES SEXO

MAR DE LA VEGA

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2017

Título original: Cuando la vida es sexo

©Mar de la Vega 2014 ©Diseño de cubierta: Ángel Arnal Artigas

Redes sociales de la autora:

Facebook: mar.delavega.9

Twitter: @MardelaVega1

Instagram: mar_de_la_vega

**Para mi Ángel de la guarda, al que tanto trabajo doy con mis locuras literarias. Gracias por tu infinita paciencia. Te amo.
Y para aquellos lectores a los que les gustó el relato extraído de la novela. Ojalá les guste ésta también.**

Índice

- I - SEXO EN EL TRABAJO
- II - CUANDO EL SEXO ES UN TRABAJO LEGAL
- III - EL SEXO EN LA ADOLESCENCIA
- IV - UNA HISTORIA FAMILIAR (EL SEXO SE PRESUPONE)
- V - OTRA HISTORIA FAMILIAR (CON MÁS SEXO PRESUPUESTO)
- VI - CUANDO EL SEXO ES UNA BÚSQUEDA
- VII - CUANDO EL SEXO APARECE
- VIII - CUATRO BODAS (EL SEXO SE PRESUPONE DE NUEVO)
- IX - TEORÍA Y PRÁCTICA SEXUAL
- X - SEXO CONYUGAL
- XI - SEXO ORAL LABORAL
- XII - PRIMER ANIVERSARIO DE SEXO LABORAL
- XIII - SEXO A TRES BANDAS (MÉNAGE À TROIS)
- XIV - EL SEXO A VECES DUELE
- XV - CUANDO EL SEXO SÓLO ES DOLOR

XVI - SEXO AL CUBO

XVII - CUANDO EL SEXO ES DOLOR, PLACER Y ENFERMEDAD

XVIII - SEXO, SEXO Y SEXO (MÁS SEXO PARA TRES)

XIX - CUANDO EL SEXO PUEDE SER LETAL

XX - SEXO Y DELITO

XXI - HABLANDO DE SEXO CON UN INSPECTOR DE POLICÍA

XXII - SEXO EPISTOLAR

XXIII - INCLUSO EL BUEN SEXO PUEDE DOLER

XXIV - MÁS SEXO LABORAL (QUE NO EN EL TRABAJO)

XXV - CUANDO EL SEXO DUELE DEMASIADO

XXVI - CUANDO EL SEXO ES DEMASIADO

XXVII - SEXO POR PAREJAS

XXVIII - ADIÓS AL SEXO PARA TRES

XXIX - CUANDO EL SEXO ES MULTITUD

XXX - SEXO Y REBELIÓN

XXXI - CUANDO EL SEXO ES DESPIADADO

XXXII - CUANDO EL SEXO PUEDE SER EL FIN

XXXIII - DÍAS SIN SEXO

EPÍLOGO - CUANDO EL SEXO ES EL ORIGEN DE LA VIDA

SEXO EN EL TRABAJO

Acabo de volver de tomar el café de media mañana y en la sala de espera he visto a la señora García Fernández. Qué pocas ganas tengo de atenderla hoy. Ha llegado con adelanto, como siempre, y hablaba por el móvil, también como siempre. Entro en la consulta, dejo el bolso sobre mi escritorio y me dirijo al perchero a ponerme la bata blanca, pero entonces una mano me tapa la boca y otra me inmoviliza los brazos. Las dos son de hombre, del mismo hombre imagino, ése que me arrastra hacia mi escritorio y me hace agachar el cuerpo sobre él, mientras sigue a mi espalda.

—Voy a destaparte la boca, pero que no se te ocurra gritar, ¿de acuerdo? —asiento con la cabeza—. Muy bien, ahora quítate las bragas.

Su mano libre empuja la prenda hacia abajo, haciéndola resbalar por mis muslos. Caen al suelo y yo saco los pies de ellas. Él las aparta de una patada.

—Buena chica. Ahora vamos a divertirnos tú y yo. Me ha soltado pero no me muevo. Estoy inmovilizada entre su cuerpo y el escritorio, con el tronco doblado sobre él, ofreciendo mi trasero. Ése que de repente siento muy desnudo, porque él ha retirado la falda, enrollándola sobre mi espalda. Noto que se desabrocha los pantalones. Oigo el sonido de la hebilla del cinturón, incluso se roza contra mi carne, que se eriza, se me pone la piel de gallina. También me rozan sus manos, manipulando su bragueta. Sus pies dan dos golpes secos en el interior de los míos, para que separe las piernas. Lo hago, y ya no puedo cerrarlas.

Exhalo un gemido ahogado. Me ha penetrado de golpe y tiene un pene enorme, enorme de verdad. Vuelve a hablarme.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño? No... tú te mueres por que te folle —se asegura de que la falda está bien apartada y noto que retira el pene bastante, pero como es evidente que tiene una longitud considerable no llega a salir del todo de mi vagina—. Me encanta ver mi polla entrar y salir de tu coño, nena, y ver cómo se hace más brillante a cada momento, porque te estás inundando, más mojada cada vez, ¿verdad, zorra? —Tira de mi pelo para que levante la cabeza—. Dime cuánto te gusta. Vamos, dímelo.

—Me gusta. —¿Te gusta? —Sí. —¿Qué te gusta? —Que me folles, que metas esa enorme polla en mi coño hasta el fondo —me da una fuerte embestida y me incrusto el borde de la mesa en el estómago.

—¿Así? ¿Así de adentro, puta? Sí, sí que debe de gustarte porque tu coño está chorreando. Voy a comprobar cómo tienes los pezones —mete una mano en el escote de mi suéter y enseguida en el sujetador y me retuerce el pezón hasta hacerme gritar—. ¿Te duele? Pobrecita —su mano abandona mi pecho y se pierde entre mis piernas para entretenerse en mi clítoris. Me voy a correr de un momento a otro.

Lo hago entre gemidos y largos “oh” que me salen de lo más profundo de mi bajo vientre. Ése que está siendo asaltado por un pene enorme y unos dedos tan habilidosos que estoy mojada, sí, mojada de verdad, tanto que temo que empiece a chorrear por mis muslos. Me apoyo más en la mesa, las piernas me flaquean. Ha sido un orgasmo brutal.

—Te ha gustado, ¿eh, puta? ¿Necesitas descansar? Pues yo te diré cómo lo vas a hacer. —Se retira de mi interior y ahora es él el que se apoya en mi escritorio. Contemplo su pene, brillante de verdad, pulimentado por mis secreciones vaginales—. Arrodíllate y métete todo esto en la boca, y ponte a chupar como si te fuera la vida en ello porque me muero por correrme en esa boca de miel.

Lo hago enseguida, mientras él me sujeta la cabeza y marca el ritmo. Yo he puesto una mano en la base, para que no alcance mi garganta con demasiada profundidad, y me dedico a chupar con glotonería. Se comporta como antes: me aparta la cabeza hasta casi retirar su miembro, para asaltar a continuación mi boca hasta el fondo.

—¡Dios! Qué mamada tan estupenda. Estoy dudando si sacarla y correrme en tu cara, zorra. Creo que no lo voy a hacer, porque me gusta más correrme dentro, pero es que te veo tan entregada, tan ansiosa por recibir mi esperma que me apetece fastidiarte. No lo hace. También empieza a gemir de modo exagerado y a proferir expresiones de placer y de satisfacción. Me esfuerzo por tragar todo lo que está cayendo en mi boca: una eyaculación copiosa, a juego con el tamaño del miembro que la está expulsando. La violencia con que da las últimas embestidas me está provocando arcadas, pero las reprimo lo mejor que puedo.

Su orgasmo ha terminado, pero ni se retira ni me suelta la cabeza. Jadea sin control. Yo también, porque me he vuelto a excitar. Estoy tentada de llevar la mano libre a mi clítoris, pero me contengo.

Noto cómo se relaja su polla en mi boca y la recorro con la lengua para asegurarme de que está limpia. Por fin se aparta.

—Lo has hecho muy bien. Levántate y deja que compruebe algo —mete una mano entre mis piernas—. Como me temía. Estás cachonda como una perra. Quítate el suéter y el sujetador.

Lo hago y los dejo sobre la mesa. Ya sólo llevo puesta la falda, que ha vuelto a su sitio y tapa mis muslos y mi trasero. Él se acerca a mis pechos, los coge con ambas manos, como si los sopesara, y se mete un pezón en la boca. Me duele el bajo vientre de lo excitada que estoy.

—Date la vuelta y apoya la espalda en mi pecho, te voy a dar lo que quieres, perra, que te veo muy necesitada.

Mientras con una mano sigue sobándome las tetas, mete la otra entre mis piernas de nuevo y tardo muy pocos minutos en volver a correrme entre espasmos de placer.

—No te quejarás. Te has corrido dos veces. Yo sólo una. Aunque ha sido bestial. ¿Comemos juntos?

Se está recomponiendo la ropa. Yo también. En cuanto termino me agarra la cabeza y me besa introduciéndome la lengua con profundidad. No he contestado. Lo hago en cuanto termina el beso.

—No puedo, tengo pacientes y llevo retraso. Por tu culpa. ¿Cuántas veces tengo que decirte que estos asaltos en mi consulta no están bien?

—¡Vamos! Pero si te lo has pasado genial. Mi amor, no seas hipócrita. Empieza a meterme mano otra vez. —Para, para, Hugo. Vete, por favor. Nos vemos en casa, cuando acabe. Nos arreglamos y salimos a cenar.

II

CUANDO EL SEXO ES UN TRABAJO LEGAL

La señora García Fernández siempre se presenta así. En todas partes. Enarbola sus apellidos como si fueran señoriales. No lo puedo entender.

—Cuénteme. —Creo que mi marido me engaña. Respiro hondo sin que se me note mucho. —Eso es lo que me dice, al menos, una vez al mes. Y después acaba desdiciéndose.

—Pero esta vez es verdad. —Dígame en qué se basa. —Muchas reuniones, muchos viajes... y le ha puesto al móvil un bloqueo de ésos que hay que unir los puntitos en un trazo determinado.

—¿Revisa usted el móvil de su marido? —Bueno... como todo el mundo. ¿Usted no lo hace? —No. Señora, no es la primera vez que se lo digo: en un matrimonio la confianza es fundamental.

—Precisamente, si confiara en mí no bloquearía el móvil para que yo no lo pueda consultar.

—Fíjese que eso tiene otras explicaciones que usted no ha valorado. —¿Otras explicaciones? —Sí, los teléfonos con pantalla táctil se desbloquean sin querer con facilidad: en un bolso, en el bolsillo..., lo que ha hecho su marido puede ser únicamente como precaución porque ya le haya sucedido algún percance al respecto.

—¿Usted cree? —Sí. Su vida sexual, ¿sigue siendo satisfactoria? —¡Oh, sí! Con sus consejos ha mejorado mucho. —Pues eso debe ser su mejor guía. Si su marido sigue “requiriéndola”, como le gusta a usted decir, piense que todo va bien. ¿Qué necesidad tiene de estropear lo que funciona?

—Tiene razón. ¡Menos mal que la tengo a usted! Que me sirva como sexóloga, como psicóloga y como confesor —se ríe como una niña—, por cierto, que quería contarle una cosita.

—¿En secreto de confesión? Vuelve a reírse. —No se burle usted de mí. Es que... el otro día mi marido me propuso una cosa. Me da un poco de vergüenza.

—Entonces es mejor que en lugar de su confesor vuelva a ser su sexóloga y así no debería darle vergüenza.

—Es usted ideal. Bueno, lo que me propuso fue... atarme a la cama y taparme los ojos. ¿Usted qué opina?

—A mí me parece estupendo. —¿Usted lo practica? —Buen intento, pero ya le he dicho muchas veces que no voy a contarle nada de mi vida privada. Usted habla, yo escucho y aconsejo, oriento, lo que haga falta para resolver su duda, su problema, su angustia. Pero nada más. Puedo ser su confidente, pero nunca le haré confidencias. Lo sabe perfectamente.

—Mire que es dura de pelar. Con la de cosas que usted tendrá para contar, con lo guapa que es, el cuerpo que tiene... y ese marido, que parece un actor de cine.

De cine porno, pienso yo, pero no digo nada. —Volvamos a lo suyo. Atar para practicar sexo se llama bondage, es francés. —Suená precioso. —Y es muy gratificante. —¿Ve? Usted lo ha practicado. Me permito suspirar de modo ostensible. —Dígame, ¿le ha dicho que sí? —Quería consultarlo antes con usted, y a él le ha parecido bien. —¿Le ha contado que me consulta las cosas antes de hacerlas? —Claro. —¿Y no se ha enfadado? —¿Conmigo?

—Más bien conmigo. —Oh, no, claro que no, con lo agradecido que le está por haberme convencido con el sexo oral —se pone como la grana.

—Entiendo, bueno, mejor así. ¿Cómo llevamos ese tema? —Muy bien —baja la

vista, pero se le escapa una sonrisa picarona—, desde que me ayudó a resolver el... problemilla con el sabor. Y una alimentación más sana siempre es beneficiosa para la salud en general.

La señora García Fernández acudió por primera vez a mi consulta hace ya casi un año. Venía muerta de vergüenza y le costó un mundo contarme cuál era su problema. Su marido quería practicar sexo oral y ella no se oponía del todo, pero tampoco se decidía, porque no se veía muy habilidosa en el tema. Le di unos cuantos consejos y cuando volvió, en la siguiente consulta, se echó a llorar. Me costó mucho consolarla. Al final conseguí que me contara que había tenido una bronca con su marido porque se negaba a llegar hasta el final y él le reprochaba que a ella sí la llevaba al orgasmo, y él quería llegar también. Recuerdo sus palabras entre hipidos y mohines de niña pequeña. —¡Sí, claro, como si fuera lo mismo! ¿Cómo va a hacer eso en mi boca? —¿Se refiere a eyacular? —Por supuesto. ¿A usted le gusta? Ya era así desde el principio. —Ya le expliqué en su anterior visita que nunca iba a contarle nada de mi vida sexual.

—Claro, se me había olvidado. —¿Le ha propuesto utilizar un preservativo de sabores? —Sí, sí, y se ha negado. Dice que si me parece se plastifica él la lengua. Lloró más. —Señora García... —García Fernández. —Perdón. Señora García Fernández, yo no puedo hacer que usted olvide sus prejuicios. Ya le he explicado que no tiene por qué tragar el esperma. Puede guardarlo en la boca, ir al cuarto de baño y escupirlo. También le he explicado que si lo traga no tiene más riesgos que cuando mantiene relaciones sexuales con él vía vaginal. No es tóxico, ni insalubre. Todo está en su cerebro, y ahí manda usted.

—¿Hay alguna manera, algo especial que hacer para tragarlo? —Bueno, mi consejo es que lo haga deprisa, salivando mucho, así le resultará más fácil.

—¿Y cómo es, qué tacto tiene? —Está caliente, dado que proviene del interior del cuerpo, y más espeso que el agua. Y ya sabe cómo es la eyaculación, intermitente, sincopada, no espere una secreción continua. Si se aparta demasiado pronto se salpicará.

—Usted lo ha tenido que hacer, tanto detalle no puede conocer. Suspiré. —Se sorprendería de lo detalladas que se encuentran las explicaciones cuando se buscan.

Pero la siguiente visita todavía fue peor. El llanto de la señora García Fernández era inconsolable.

—Deje de llorar y cuénteme lo que ha pasado. —No hay solución, no hay solución —consegui entender entre sollozos. —Claro que hay solución, para todo hay solución excepto para la muerte. Al cabo del rato al fin logré una explicación. —Lo hice. E intenté tragármelo, pero es que... tiene un sabor tan asqueroso... Reaccioné deprisa. —Cuénteme lo que come su marido. —¿Lo que come? Pero, ¿es que tiene algo que ver? —¡Por supuesto que tiene que ver! ¿Usted no ha notado que cuando come espárragos la orina le apesta?

—Sí, claro. —Y cuando tuvo hijos, si pensaba amamantarlos, ¿no le explicaron

los alimentos que debía evitar para que la leche no tuviera un mal sabor?

—Es verdad. ¿Es igual con el semen? —Idéntico. Los espárragos, el brócoli, la coliflor, las espinacas, el ajo y la cebolla, mejor evitarlos cuando se tenga previsto practicar sexo oral. Demasiada carne tampoco es aconsejable, ni alimentos grasos en general. Ideales las frutas y el resto de verduras, los tomates, las patatas, dulces, helados, hidratos de carbono, también hierbas y especias como la canela, y en cuanto al alcohol, el vino, por ejemplo, da buen sabor. El tabaco, muy malo. Y es importante beber mucha agua. Un exceso de sal repercutirá en un semen salado, y yo creo que es más agradable que sea dulce.

—¡Vaya! Estoy asombrada. ¿Le importaría dármele por escrito? No quiero que se me olvide nada.

Ya no volvió a echarse a llorar. Y sigue asistiendo a mi consulta al menos una vez al mes. Me usa para todo, como ella bien ha dicho: soy su sexóloga, su psicóloga y su confesor. Pero no me disgusta. Ya veremos cómo le va con el bondage. Si yo le contara...

III

EL SEXO EN LA ADOLESCENCIA

Hugo, mi marido, tiene un hermano gemelo, Bruno. De hecho, yo conocí primero a Bruno. Más que eso, yo empecé a salir con él.

Yo tenía quince años, él veinte. Fue mi primer novio. Nos excitábamos mucho, pero no llegábamos ni a desnudarnos. Cuando creía que iba a suceder, él se retraía.

Yo notaba las miradas de su hermano. De hecho, me sentía desnuda en su presencia.

Una tarde, estaba en casa de Bruno, haciendo los deberes mientras él preparaba un examen de la Facultad, cuando, de repente, tuvo que salir. Quedamos en que lo esperara, mientras seguía con lo que estaba haciendo.

Fui al baño, y al salir, se abalanzó sobre mí y empezó a besarme y a meterme mano.

—Pero, ¿tú no te habías ido? —¡Dios, cuánto me gustas, nena! Ven. Yo ya lo había comprendido, pero aun así me dejé llevar hacia su habitación, aunque me detuve en la puerta.

—Tú no eres Bruno, eres Hugo. —¡Vaya! Yo quería que no te dieras cuenta. Entonces, vamos a mi dormitorio, ya no tiene sentido estar en éste —tiró de mi mano de nuevo. Intenté resistirme, pero me metió en su habitación de mala manera y cerró la puerta con pestillo.

—Deja que me vaya, Hugo. ¿Qué pretendes? Pero no me quedó ninguna duda. Se pegó a mí y me besó, al tiempo que empezaba a sobarme otra vez, por encima de la ropa. Yo intentaba liberarme, aunque no podía negar que me estaba excitando mucho. En realidad, era mi propio novio pero en explosión, como tantas veces yo había deseado que sucediera.

Me acercó a la cama sin dejar de besarme y me hizo caer sobre ella. Él cayó sobre mí y usó entonces las dos manos para desabrocharme los pantalones. Se apartó para quitármelos y yo aproveché para hablar.

—¡No! Hugo, por favor.

—Nena, pero si estás cachonda —metió una mano entre mis piernas. Yo estaba húmeda, es verdad, pero no quería que aquello sucediera, o me parecía que no debía pasar—. ¿Ves? —me enseñó sus dedos húmedos que, enseguida, se metió en la boca—. Qué bien sabes.

Me quedé paralizada y él aprovechó mi desconcierto para quitarme los pantalones y las bragas. Reaccioné demasiado tarde.

—No, no, Hugo, por Dios. Déjame, voy a gritar. —De placer vas a gritar. Vamos, relájate, cariño. Sólo voy a hacerte disfrutar. Además, no hay nadie en casa.

Metió la cabeza entre mis piernas. Nunca nadie me había hecho eso... ni eso ni nada, y me puse como una moto. Hugo me tocaba los pechos a la vez, introduciendo las manos bajo mi sujetador. Pero yo seguía pensando que aquello no debía ocurrir.

—Hugo, para. —Tienes unas tetas estupendas. Deja que las vea. Intenté apartarle las manos, pero era un vendaval. Me encontré desnuda casi sin darme cuenta. Yo estaba muy excitada, hasta me dolía el bajo vientre. Pero es que aquélla era mi primera vez.

De repente tuve que gritar, porque Hugo había metido dos dedos en mi vagina y me hizo daño. Se quedó muy sorprendido.

—Adri, ¿eres virgen? —Sí. —Pero, ¿en qué coño está pensando mi hermano? —se sonrió ante su propia frase—. En el tuyo no, desde luego, y el caso es que lo tienes chorreando. Nena, tú te mueres por que te folle.

Me ruboricé y me entraron ganas de llorar. —Deja que me vaya, por favor. —Pero si no quieres irte. —¿Tú qué sabes? Me has metido aquí por la fuerza. —Es verdad, pero tu cuerpo... yo creo que si ahora paro te va a dar algo. Casi puedo ver las palpitaciones de tu coño, como las yeguas cuando las va a montar el semental.

—No tiene puta gracia. Pero Hugo empezó a besarme otra vez y a recorrer mi cuerpo con las manos y con la boca, y yo en mi mente no podía hacer otra cosa que darle la razón, porque me moría de ganas y me iba a correr si seguía tocándome así.

—Nena —se puso de rodillas sobre la cama y empezó a quitarse la ropa—. No me digas que no, por favor, porque yo tampoco aguanto más.

Cuando se bajó los pantalones y los calzoncillos me quedé asombrada con lo que había entre sus piernas, claramente erecto. Yo había visto penes en fotos y en películas porno, pero aquello era lo más grande con diferencia y, encima, en directo. Me asusté. Hugo se levantó y abrió un cajón de su mesilla de noche.

—Si eres virgen, supongo que no tomas nada. Me voy a poner un preservativo. —Hugo, no... —Shhh, —me pasó un dedo por los labios— tranquila. No te vas a arrepentir. ¿O me vas a negar que tienes muchas ganas?

No dije nada, y él tampoco insistió. Pero no intenté irme. Vi cómo se desnudaba y se ponía el condón y después Hugo volvió a tocarme y yo decidí dejar de pensar. Pero cuando intentó penetrarme volví a gritar, más que antes.

—¿Te duele? —Mucho. —Ya... mira, va a ser inevitable, porque la tengo muy grande, pero voy a hacer que te corras antes. ¿Vale? Así será más fácil, creo yo. O, al menos, te consuelas por el dolor con lo que llevas adelantado. Tú procura relajarte y no hacer fuerza.

Volvió a hundir la cabeza entre mis piernas, al tiempo que volvía a tocarme los pechos y a tirar de mis pezones de un modo que me resultaba delicioso, tan placentero... Me corrí, y Hugo introdujo la lengua en mi vagina, y al sacarla me

dijo aquello de nuevo:

—Sabes muy, muy bien, nena. Eres deliciosa por todos lados. Mírame a los ojos.

Me sorprendió el cambio de tema, pero entonces sentí un dolor inmenso y comprendí lo que ocurría. Hugo me había penetrado de golpe, sin contemplaciones, y me hizo un daño espantoso, pero al mismo tiempo se hundió en mi boca y empezó a besarme de tal manera que deseé que no parara.

Se movía con largas embestidas, haciéndome sentir la enorme longitud de su miembro y pronto dejó de dolerme para pasar a gustarme. Jadeábamos los dos, y él, de repente, empezó a emitir gemidos extraños y sincopados y deduje que estaba eyaculando. Me decepcionó no poder correrme otra vez porque lo estaba deseando. Pero entonces él me miró y con su sonrisa me pareció entender que sabía lo que yo pensaba.

—Ay, nena, te has quedado a medias, ¿verdad? ¿Te quieres correr otra vez? —asentí—. Bueno, te has portado muy bien. Es que no he podido prolongarlo más, porque no sabes cómo me ponen las vírgenes. Pero voy a hacer que te corras otra vez. Espera que me quite el condón y limpie un poco esto, que me parece que hay sangre. Se apartó y yo vi la sangre en el profiláctico. Hugo siguió hablando. —Se ha manchado la cama. Tendré que decirle a la asistenta que me sangraba la nariz. Toma, límpiate.

Me dio un pañuelo de papel. Me sorprendió retirarlo empapado, de sangre pero, sobre todo, de flujos. Y es que yo seguía más que excitada. Él parecía estar leyendo mi pensamiento.

—Qué húmeda estás, ¿eh? ¿Te das cuenta de cómo te pongo? —yo no podía hacer otra cosa que ruborizarme. Me ardían las mejillas. Hugo metió la mano entre mis piernas y empezó a tocarme el clítoris con tanta habilidad que sentí que iba a correrme de un momento a otro—. Tienes el clítoris hinchado y empapado. Te vas a correr enseguida, ¿verdad?

—Sí... —Pues no te reprimas, que antes te has reprimido. Demuéstrame cuánto te gusta lo que te estoy haciendo.

Se abalanzó sobre mis pechos y empezó a succionarme los pezones como un lactante. Me puse a gemir ruidosamente y me corrí en un momento. Él no dejó de tocarme y de chuparme hasta que cesaron mis espasmos. Fue un orgasmo increíble, mejor que el primero. Hugo volvió a hablar. —¡Caray! Te ha gustado, ¿eh? —Sí, pero no tenía que haber sucedido. Eres un cerdo traidor.

—Bueno, tampoco te pongas así. Bruno y yo hemos compartido chicas otras veces, aunque no juntos, porque él no quiere. Es idiota, a mí me encantaría. Pero nos hemos tirado a la misma más de una vez. No sé qué ha ocurrido contigo.

De pronto hizo un claro gesto de sorpresa y a continuación de comprensión, y continuó hablando.

—Claro, tú eres demasiado joven, y quizá le gustes de verdad. Además, todo lo que a mí me ponen las vírgenes... a él no tanto, las prefiere experimentadas. Al fin y al cabo tiene la polla tan grande como yo. Aunque yo la manejo mejor —rió ruidosamente.

—Pues no lo acabo de entender. —No quería hacerte una putada, por si estabas muy colgada de él. —Sigo sin entenderlo. —¿No sabes que nos vamos a Estados Unidos cinco años? —¿Cómo? —debí de poner muy mala cara, pero es que me sentí como si me hubieran dado una puñalada. Me dolió físicamente.

—Pobrecita, no lo sabes. Pues ahí tienes la explicación. Mi hermano es todo un caballero.

—¿Y por qué os vais? —A mi padre le han ofrecido un contrato de millones, muchos millones, y nosotros acabaremos allí la carrera. Y de paso volveremos hablando inglés como nativos. Todo son ventajas.

Me quedé paralizada y sentí un vacío en el estómago. Intenté retener las lágrimas.

—No llores, cariño. Piensa que, por lo menos, has tenido la mejor desfloración que se puede imaginar. Te has corrido dos veces y has tenido el privilegio de tener la polla más gloriosa del mundo en tu coñito.

—Cuánta prepotencia. —Claro que... igual es peor, porque a partir de ahora...

—Eres un cerdo. Me quiero ir, ya puedo hacerlo, ¿no? Ya tienes lo que querías.

—Bueno, me gustaría que me la chuparas, eso tampoco lo has hecho, ¿verdad?

—No, y no quiero. Lo único que quiero es irme.

Ya no retenía las lágrimas. No me podía creer lo que estaba pasando, lo que había pasado.

—Esto me pasa por ser sincero. Pues yo te he comido el coño, y muy bien, por cierto.

Yo ya me estaba vistiendo y él tampoco hizo nada por retenerme. Me miraba desde la cama y tenía su enorme miembro en la mano. Se había vuelto a empalmar y se estaba masturbando mientras me miraba con una media sonrisa descarada en su hermoso rostro, que era el rostro de mi novio pero no lo era, y se pasaba la lengua por los labios. Me fui antes de que me convenciera y acabara chupándosela. Me pareció más digno no hacerlo, dado que no iba a volver a verlo. Aunque me apetecía. Notaba que me subyugaba y todos sus deseos eran órdenes para mí.

IV

UNA HISTORIA FAMILIAR (EL SEXO SE PRESUPONE)

El padre de Hugo y Bruno, Mateo Velarde, es ingeniero informático, un visionario, todo un pionero en su campo. Por eso mismo un privilegiado. En 1974 formó parte de la primera promoción de Técnicos de Sistemas del Instituto de Informática, estudios que posteriormente serían convalidados por la licenciatura en Informática, carrera que comenzó a impartirse en España en 1976.

Mi futuro suegro participó en la creación de todos los organismos que aparecieron para la implantación y progreso de una disciplina tan poco conocida en la época pero tan imprescindible como era la informática. Tanto a él como a sus compañeros de estudios se los disputaban las florecientes empresas.

Además, complementó sus estudios en Francia, Alemania y Gran Bretaña, con alguna incursión en los Estados Unidos de América. Era una verdadera vocación y tenía un verdadero talento. Por supuesto, también participó en la implantación de la Ingeniería Informática en España, título que él mismo ostenta, tras las oportunas convalidaciones de sus múltiples estudios.

Hasta que llegó la oferta para trasladarse durante cinco años, ni más ni menos que a Silicon Valley. Para entonces él ya era un hombre rico. Había participado en la creación de tantas empresas, en las que iba y venía, y facilitado la implantación y desarrollo de tantas multinacionales, que no era el dinero lo que lo movió a marcharse y llevarse a sus hijos, sino el destino, el mítico lugar, y también sus hijos.

Sus hijos gemelos, sus únicos hijos, porque su madre murió cuando ellos tenían diez años y él no volvió a casarse, heredaron su vocación y sus habilidades. Los dos estudiaban Ingeniería Informática cuando yo los conocí, y los dos iban a ser programadores, pero mientras que Bruno se inclinaba por aplicaciones serias, dirigidas al diseño en arquitectura y en algunas ingenierías, Hugo se decidió por un campo mucho más lúdico, aunque no menos lucrativo, quizá más, los videojuegos.

Para Bruno, la Arquitectura era otra de sus pasiones, y sus creaciones en este campo fueron asombrosas desde el principio. La práctica de los videojuegos tampoco tenía secretos para Hugo, como para tantos niños, aunque pocos eran capaces de desentrañar su funcionamiento como él.

Los dos eran muy inteligentes. Y tan guapos. Su padre era rubio y su madre, mientras vivió, tuvo el pelo de un rojo intenso. En los gemelos se mezclaron los dos y tenían una base rubia repleta de reflejos cobrizos, pero se libraron de las pecas que sí invadían a su madre, conservando sólo unas pocas que adornaban su rostro y añadían picardía a su expresión. Sus ojos eran verdes, un verde claro que reflejaba cuanto miraban y se mimetizaban ocultando su verdadero color.

La familia paterna estaba llena de gemelos, al menos un par en cada generación, y en la de su padre hubo dos parejas: él mismo y unos primos hermanos. Era de prever que la cosa continuara en las próximas generaciones, algo que yo llegué a plantearme con preocupación cuando salía con Bruno, de un modo prematuro, es verdad.

Otra de las habilidades de los hermanos era el dibujo. Es cierto que en muchas de estas carreras tecnológicas es casi un requisito, pero la habilidad de los gemelos les hubiera permitido hacer Bellas Artes. Hugo me ha dicho muchas veces: “Nena, tengo que saber dibujar el videojuego para venderlo bien, con unos y ceros los potenciales clientes no se van a hacer una idea”.

De hecho, Bruno, mucho más constante que Hugo en todo, sí hizo sus pinitos artísticos y pintó cuadros. Sigue pintando, pero no es demasiado prolífico, porque no tiene tiempo, y de siempre le ha llovido el trabajo y, en alguna época de su vida, también las mujeres.

OTRA HISTORIA FAMILIAR (CON MÁS SEXO PRESUPUESTO)

Cuando la gente conoce la historia de mi familia se queda impactada y cuando recuperan el habla están de acuerdo en que la vida puede ser tan injusta, tan vil, tan repugnante, que es imposible que exista un Dios. Al menos uno que nos ame, que de verdad nos creara a su imagen y semejanza y nos llamara hijos.

Mi padre era guardia civil, un guardia civil vocacional y demócrata, de familia muy humilde. Mi madre, en cambio, era de buena familia, burgueses, comerciantes de siglos en la capital.

Cuando mi madre les presentó al hombre que había elegido para compartir su vida fue como si un rayo les hubiera caído en la cabeza. Como persona, mi padre no tenía nada de malo: era guapo, alto, fuerte, honrado, amable, simpático y muy valiente. Pero no tenía dónde caerse muerto y su familia era casi analfabeta. No tenían mucho en común.

Aun así los jóvenes amantes, Mauro y Leonor, se querían y no estaban dispuestos a separarse, y como lo de encerrar a la hija díscola en un convento ya no se llevaba, mis abuelos maternos tuvieron que transigir de muy mala gana.

Dados los nulos recursos de mi padre, los recién casados tuvieron que instalarse en casas-cuartel. Tuvieron enseguida un hijo, mi hermano César, y a finales de los ochenta, los tres vivían en la casa-cuartel de Zaragoza.

Cuando tuvo lugar el horrible atentado, la familia entera dormía en su pisito, situado en la parte más alejada del coche-bomba. No les ocurrió nada, pero fue un trauma muy grande. Buenos amigos murieron.

Unos años después, mi madre se quedó embarazada de mí. Seguían necesitando destinos con casas-cuartel. Se marcharon a un pueblo de Barcelona. A Vic. Allí estaban a principios de los noventa. Mi hermano era uno de los niños que jugaban en el patio donde aquellos malnacidos precipitaron el coche-bomba, mi padre uno de los agentes de guardia.

Murieron los dos. Mi madre y yo estábamos en casa, yo era un bebé todavía. No nos pasó nada... físico, todo lo demás quedó destruido.

Mis abuelos nos acogieron enseguida y volvimos a Madrid para quedarnos. Todos se volcaron en nosotras, los padres de mi madre y sus tres hermanas.

Ahora que ya no importaba, llegó el dinero. Éramos dos víctimas del terrorismo, y acarreábamos dos familiares directos fallecidos. Recibimos cuantiosas indemnizaciones. Mi abuelo se encargó de todo, pero en uno de los pocos momentos de lucidez de mi madre, en que él aprovechó para informarla, le dijo que quería que todo el dinero lo ingresara a mi nombre, que era la herencia de mi padre, aquél que no tenía dónde caerse muerto.

Mi madre también recibió una pensión de viudedad, y yo una de orfandad

que, aunque no era gran cosa, tampoco se gastaba, con lo que se iba acumulando con el resto del dinero, aumentando mi ignorada riqueza.

Mi madre tardó mucho en atravesar todas las fases del duelo, porque se hundió en una depresión de la que no parecía ser capaz de salir, se pasaba el día sedada. Era un cuerpo que se alimentaba lo justo y que cuando era consciente de su realidad no podía parar de llorar, y eso cuando tenía un buen día.

A mí no me faltaron las referencias maternas, porque mi abuela y mis tres tías no permitieron que tuviera ninguna carencia. Tampoco me ocultaron la verdad. Me contaron lo sucedido, me explicaron lo que le pasaba a mi madre. No dejaron que olvidara a mi padre y a mi hermano, a los que en realidad no podía recordar. Se portaron de un modo increíble. Incluso fomentaron que tuviera contacto con la familia paterna, que vivía en un pueblo diminuto de Soria.

Mi madre era la mayor de las cuatro hermanas, lo que da una idea de la juventud de las demás, todas vivían con sus padres todavía, y durante mi infancia yo presencié la formación de sus propias familias, pero nunca perdieron el contacto con su primera sobrina. Primera y única, porque las tornas cambiaron en esta generación con el sexo de los vástagos y todo fueron varones, sólo nietos tuvieron mis abuelos maternos. Aparte de mí, claro.

Tras Leonor, mi madre, venían las dos hermanas mellizas, Marta y María, que tuvieron dos hijos cada una. La pequeña era Constanza, y fue madre de tres chicos.

Mi madre se quedó viuda a los veintisiete años, cuando las dos mellizas tenían veintidós y Constanza diecisiete. El cinco parece ser una constante en esta familia.

Aunque no he dicho que entre mi madre y sus hermanas medianas hubo un niño que nació muerto, y tras el nacimiento de las mellizas a mis abuelos no les debieron de quedar ganas de repetir de momento.

Pero todo se cura con el tiempo y, poco a poco, con todo el apoyo familiar que tenía, ayuda profesional, y mi presencia, que fue constante a su alrededor aunque no me hiciera ningún caso, a los cinco años de la tragedia mi madre empezó a recuperarse. Aún tardó en estar preparada para enfrentarse al mundo, por lo que mi primera infancia la pasé en casa de mis abuelos, en un enorme piso de la calle Serrano, con servicio doméstico interno incluido.

Cuando estaba a punto de acabar la educación primaria, mi madre se replanteó su vida. Ella tenía una carrera, filología clásica, que estudiaba cuando se casó con mi padre y que terminó en Zaragoza. Mi madre era una enamorada de Roma, por eso mi hermano se llamaba César y yo Adriana.

Refrescó sus conocimientos y, con la oportuna intervención de mi abuelo, la contrataron como profesora de latín en el colegio privado al que yo misma asistía.

Pero ella no quería ser una enchufada, sino tener una verdadera carrera

profesional, y decidió reciclarse y preparar la oposición docente, para llegar a ser profesora de latín en la enseñanza pública, con su plaza en propiedad.

Poco después, en el verano de mis trece años y con la excusa de paliar el disgusto de mi primera menstruación, mi madre me hizo un regalo inmenso: un viaje a Roma las dos solas. Estuvimos dos semanas enteras y recorrimos la ciudad eterna de cabo a rabo. Roma y El Vaticano, por supuesto. Ella me lo explicaba todo tan bien, con tanta pasión, con tanta devoción.

No era la primera vez que mi madre visitaba la ciudad eterna, ya había estado siendo muy joven, pero hacía muchos años y no fueron tantos días, aunque los suficientes para enamorarse de ella, por supuesto. Ahora, juntas recorrimos todas las iglesias, todos los museos, las catacumbas, los foros, absolutamente todo. Pasamos dos semanas sin separarnos un minuto, compartiendo la habitación. Fue entonces cuando conocí a mi madre de verdad, y me atrevería a decir que, dadas nuestras circunstancias, también ella me conoció entonces.

Probamos todas las pizzas, todas las pastas, incluso algo de vino me permitió beber. Todo fue felicidad, cultura, historia, arte... Allí estaba mi madre, con sus treinta y nueve años recién cumplidos, demasiado joven para renunciar a la vida, demasiado mayor para volver a empezar. Pero allí estaba.

Llegué a pensar que quizá la solución para todo sería que nos instaláramos en aquella hermosa ciudad, ella y yo solas. Mi madre hablaba italiano a la perfección. También francés, como buena señorita de casa bien. Pero estas ideas se me pasaban enseguida. La recordaba hundida en casa de sus padres y entonces pensaba que si tuviera una recaída, ¿qué íbamos a hacer ella y yo solas en aquella ciudad, por hermosa que fuera? No, estábamos mejor en casa.

Pero hubo una idea que me surgió en aquel viaje que sí mantuve: decidí que quería estudiar Psicología, para ayudar a personas que lo necesitaran como mi madre. Lo hice, sí, aunque mi vida laboral ha ido por derroteros tan diferentes... Si me lo hubieran dicho entonces no me lo hubiera creído.

Aqué era mi primer viaje fuera de España. Yo conocía casi todas las capitales de provincia del país, porque mis abuelos y mis tías eran mucho de hacer viajes cortos, y cómodos, siempre con chófer si era posible. Y veraneábamos en San Sebastián, como correspondía a nuestra clase social.

Pero ninguno de ellos se atrevía a salir de España. Habían estudiado francés, pero sólo mi madre lo hablaba con fluidez. Por eso, el viaje a Roma fue tan importante en muchos sentidos.

Años después volví con Hugo. Con él he recorrido Italia, Francia, Alemania y gran parte de la Europa central, los países bálticos, Grecia... Y al otro lado del charco, visitamos Nueva York y, por supuesto, me llevó a San Francisco, donde él vivió cinco años, me mostró los lugares que frecuentaba y me contó cómo pasó ese tiempo pensando en mí con frecuencia, planeando nuestra vida juntos. Yo me

derretía de amor cuando lo oía recordar todo aquello.

Sí, he viajado mucho con mi marido, pero aquel viaje con mi madre, no lo cambio por nada.

A propósito de la trágica historia de mi familia, se me quedó grabada la primera conversación que mantuve al respecto con mi futuro marido:

—Mi hermano me contó la historia de tu familia, pero me gustaría que lo hicieras tú, porque me parece demasiado increíble para ser real.

Se lo conté, tal y como sucedió, y cuando acabé no se le ocurrió otra cosa que decirme:

—¿Y tu madre no se planteó que quizá era gafe? Allá a donde iba... Lo interrumpí. —Ese comentario ha sido de muy mal gusto. —Tienes razón soy un imbécil. —Profundamente imbécil.

Cuando he estado enfadada con él, que han sido muchas veces, a menudo he recordado esta desafortunada conversación, preguntándome si mi elección había sido la correcta.

O quizá Hugo fue más sincero que otros. Poco delicado, eso sí, pero sincero.

VI

CUANDO EL SEXO ES UNA BÚSQUEDA

Durante el primer año desde que los gemelos se fueron a Estados Unidos no tuve muchas ganas de tontear con chicos, aunque me asediaron y salí con alguno. Pero no pasé de besos y caricias, ni siquiera dejé que llegaran a desnudarme. Sin embargo, cuando estaba a punto de cumplirse el primer aniversario me decidí a tener mi segunda experiencia sexual. Fue con Tomás, el chico de mi clase con el que llevaba tres meses saliendo y dejándolo salido en cada una de nuestras citas.

Fue un completo desastre. Ni su polla era la de Hugo (o la de Bruno a juzgar por lo que me contó Hugo) ni sabía tocarme. Y no acercó su boca a mi entrepierna, por supuesto que no. Aunque sí intentó acercar mi cabeza a la suya, cosa a la que me negué. No volvimos a quedar. De hecho, él se quedó muy decepcionado al comprobar que yo no era virgen, ¿se puede ser más idiota?

Al curso siguiente evité a los compañeros de clase y estuve frecuentando amigos del barrio, que en realidad era casi lo mismo, al ser un barrio rico. Porque cuando mi madre se recuperó del todo, mis tías ya se habían independizado y mis abuelos le suplicaron que no nos marcháramos nosotras también, y como mi madre no tenía ninguna intención de rehacer su vida sentimental, nos quedamos.

A lo que iba, llevaba cinco meses tonteando con un chico del barrio, y de nuevo sentí una extraña necesidad de consumir nuestras relaciones sexuales cuando se acercó la fecha del segundo aniversario de mi desfloración, como Hugo la había llamado, y de nuevo resultó un completo desastre.

No quería que volviera a suceder, pero volví a hacerlo al año siguiente. Esta vez, con el hermano de una amiga, que tenía cuatro años más que yo y pensé que la cosa mejoraría. No lo hizo. Los únicos orgasmos que tuve durante aquellos cinco años me los provocaba masturbándome, cosa que hacía con mucha frecuencia, porque mi libido estaba en un punto álgido, punto que, al contrario de lo que debería suceder, se encargaban de fastidiar mis anuales compañeros de cama, porque hubo otros dos, en cada uno de los dos restantes aniversarios, superada ya mi mayoría de edad, pero el guión no cambió: cinco años, cinco chicos, cinco fracasos frustrantes.

Ya pensé que nunca tendría una vida sexual medianamente normal cuando sucedió.

VII

CUANDO EL SEXO APARECE

Los gemelos se marcharon a San Francisco al acabar el curso, y lo hicieron enseguida, para pasar el verano allí, con el objeto de instalarse con tiempo.

Con Bruno tuve una breve charla de despedida. Él no llegó a enterarse de lo sucedido con su hermano. A mí me costaba afrontarlo y aproveché su viaje y que me lo hubiera ocultado para cortar nuestra relación. Y ya habían pasado cinco años. Estábamos casi en julio, aquel día yo había hecho mi último examen del curso. Salí de la Facultad y al empezar a bajar las escaleras no daba crédito a lo que estaba viendo, no podía creer que fuera real la persona que había abajo, mirándome con una media sonrisa encantadora. Claro que... también había un problema. Bajé despacio los escalones mientras intentaba discernir si era Bruno o Hugo el hombre alto y guapo que me miraba de pies a cabeza.

—Adriana, qué guapa estás. No pude contestar, me abrazó y me besó y yo me abandoné entre sus brazos a aquella lengua que acariciaba el interior de mi boca y, sin embargo, a mí me daba la impresión de que la estaba sintiendo en mi bajo vientre. Ya no tenía dudas de que era Hugo. Cuando liberó mi boca una sonrisa se instaló en ella mientras notaba acelerarse mi corazón rozando la taquicardia. No lo solté, lo agarraba de los brazos por miedo a que se desvaneciera.

—¿Qué haces aquí? —Volvimos ayer, he estado haciendo averiguaciones y aquí estoy. Ya no aguantaba un día más sin verte. Ven, vamos a un hotel.

Se liberó de mis manos para asir una de ellas y tirar de mí, como aquel día en su casa, cinco años atrás. Me quedé parada.

—¿Qué? —¿No quieres? —Sí quiero. Eché a andar agarrando su mano con fuerza, y Hugo esbozó una amplia sonrisa que inundó mi corazón de alegría. De repente el sol brillaba más.

Me llevó al Ritz. Me detuve en la entrada. —Hugo, ¿a qué hemos venido aquí? —¿A qué crees tú? —Pero, ¿no crees que coger una habitación en el Ritz para echar un polvo es excesivo? Nos van a mirar mal.

—Nena, primero: tú te mereces lo mejor; y segundo: no nos van a mirar mal, cuanto más caro el hotel más servil el personal.

Entramos, yo flotando en una nube por lo que me había dicho, y al mismo tiempo sin quererlo pensar mucho porque no quería hacerme ilusiones con lo que pudiera significar lo que estaba pasando. Me sentía como una adolescente enamorada y me veía un poco ridícula. También temblaba de pies a cabeza, por varias razones.

En cuanto entramos en la habitación, Hugo no me dejó inspeccionar nada: me abrazó, me besó y sin soltar el beso empezó a desabrocharme los

pantalones.

—Este vicio de ponerte pantalones se va a acabar. ¿Sabes lo que me gusta meter la mano debajo de una falda?

Nos desnudamos con apremio, no pude evitar desviar la mirada hacia su pene en cuanto se quitó los pantalones, porque debajo de los calzoncillos abultaba que era una barbaridad, y cuando se los quitó... ¡Dios! Ya no recordaba la enormidad que era, pensé que debía de ser un esfuerzo físico mantener aquello en erección.

Me hizo caer sobre la cama con rapidez, mientras recorría mi cuerpo con las manos.

—Nena, ¿tomas algo? —No, lo siento, tendrás que ponerte un condón. ¿Tienes?

—¿Y tú? —Yo no. —Pero... deja que lo adivine, ¿no sales con nadie? —No.

—¿Has salido con alguien? —Sí —estaba un poco horrorizada, ¿me estaba preguntando si había estado con otros?

—Noto una vacilación extraña. Adri, ¿te has acostado con otros, no? —Sí. Ya te lo he dicho. —¿Con cuántos? Respondí en un volumen apenas audible. —Cinco.

—¡Mira! Uno al año —debí de poner una cara extraña, porque él también lo hizo—. ¿No sería uno al año?

—Pues sí, y ya vale. —Qué poco comunicativa estás. Mira, lo vamos a dejar para luego porque me muero por echarte un polvo, pero después me lo cuentas con detalle, porque me da que tu vida sexual en estos cinco años... claro, que ya te lo advertí.

Hugo ya tenía el condón puesto, yo abrí la boca para replicar con un claro gesto de “serás prepotente”, pero no pude hablar, porque me encontré su lengua de nuevo, y sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo de tal modo que la humedad en mi bajo vientre ya era una catarata y yo me moría por tenerlo dentro, cosa que satisfizo enseguida, diciéndome a la vez:

—Adri, te la meto ya porque estoy seguro de que no te hacen falta más preliminares, pero te vas a correr, te lo juro.

Y claro que me corrí. En un momento. Cuando se libró del preservativo nos metimos en la cama y nos abrazamos. Había llegado la hora de las confesiones. Me puse nerviosa otra vez. Él no perdió el tiempo.

—Venga, cuéntame tu vida sexual con detalle. Lo hice. Y, al acabar, para mi vergüenza, él hizo un resumen. —¿Cinco veces? ¿Cinco tíos? ¿Una sola vez con cada uno? ¡Una vez al año! Y cinco polvos de mierda. Joder, Adri, menudo ojo tienes para elegir amante.

Yo había estado asintiendo, aunque me parecían preguntas retóricas, y me estaba cabreando.

—Bueno ya vale de burlarte de mí. —Ya te lo advertí. —Eso ya lo has dicho, deja de restregarme por la cara que eres el supermacho de mi vida.

—Es que lo soy —le di un empujón cariñoso, él siguió hablando—. Adri...
—¿Qué? —¿Me quieres? Me ruboricé, intenté esquivar su mirada, pero no me lo permitió. Respondí con un hilo de voz.

—Creo que sí. —Yo también te quiero. —¡Eso no puede ser! —¿Por qué?
—parecía ofendido—. Tú me quieres a mí. —Pero yo tengo veinte años y soy tonta. —Puede ser, pero también eres la mujer de mi vida. Me besó con tanta fuerza y tanta pasión que lo creí. Tenía otra erección, me penetró de nuevo y yo di un respingo, me debatí para liberar mi boca y poder hablar.

—Hugo, no te has puesto un condón. —Mierda, es verdad —se apartó de mala gana y se lo puso—. Mañana vas al ginecólogo. Quiero que tomes la píldora pero ya.

Después de aquel segundo polvo yo ya estaba segura de que Hugo era el hombre de mi vida, ¿de verdad él me quería también? Si era mentira no podría soportarlo. Nos habíamos quedado abrazados en silencio.

Su mano recorriendo mi pelo era para mí el paraíso... pero, al mismo tiempo, entre mis piernas latía algo que no se apagaba a pesar de los dos coitos. Pensé que había química entre nosotros y me sentí una privilegiada.

Hugo interrumpió mis ensoñaciones. Y de qué modo. —Adri, ¿le has comido la polla a alguien? —Mira que puedes llegar a ser fino. —¿Lo has hecho o no? —Pues no. —Estupendo, porque ya sabes cómo me gusta ser el primero en todo. —Lo sé.

—Quiero que me la chupes, mira cómo me he puesto otra vez. Otro al que el fuego no se le apagaba. Empezó a latirme el corazón con tanta fuerza que me dolía. Él se daba cuenta de todo.

—Tranquila, que yo te guío y te voy diciendo lo que tienes que hacer. —Pero no quiero que... —¿No quieres que eyacule en tu boca? Lo siento pero no es negociable, odio correrme fuera, y tú estás en el mundo para complacerme. Pero no te asustes, te voy a dar unos minutos para que te hagas a la idea, y mientras tanto te pongo a tono. Túmbate boca arriba.

Por supuesto lo hice, a mí todo lo que fuera retrasar el momento me parecía bien. Hugo se desplazó hacia abajo. Lo tenía entre mis piernas, hurgando entre mis labios.

—Me encanta tu coñito. —¿Sí? ¿Por qué? —Porque tienes un clítoris descarado y me encantan los clítoris descarados. —No lo entiendo, ¿cómo es? —Destaca, se yergue retador, parece estar diciéndome «aquí estoy y si me tocas bien me pondré húmedo, caliente y duro y haré que el cuerpo entero se estremezca de placer. Vamos, dame caña».

Reí. —¿Todo eso te dice? —Y más. Lo único que me sobra es el vello. Pero lo eliminaremos pronto. —¡Oh! Se trasladó a mis pechos. —Y estas tetas... me encantan también. —Cuéntame por qué. —Son redondas, rotundas sin ser exageradas, firmes y duras, y los pezones también son descarados.

—¿Sí? —Pasó un dedo, del uno al otro. —¿Ves? Ya se yerguen. Éstos dicen: «chúpanos, muerde, tira de nosotros, retuércenos. Nosotros también somos capaces de dar mucho placer si nos manipulas bien».

—¡Dios! Cómo me gusta oírte hablar. Y cómo me pones. —¿Y tú a mí? Ya has visto mi polla —levanté la cabeza para admirar aquella erección tremenda—. Date la vuelta, que te voy a cantar las excelencias de tu culo —lo hice enseguida, claro, y Hugo puso una mano en cada nalga presionando con fuerza—. Redondo, respingón... hecho para ser azotado.

—¿Qué? —Calla. Hecho para ser follado —me separó las nalgas y me dio un beso en el ano, un beso simple, sólo con los labios, pero me impresionó.

—Eres guarro, Hugo. —Pero a ti te encanta —se desplazó para tumbarse sobre mí, con su enorme erección entre mis nalgas—. Mmm, qué calentito se está aquí —se restregó un poco—. Podría correrme en un momento sólo frotando mi polla entre tus nalgas, aunque de imaginarme dentro de tu culito... Mmm —se frotó más fuerte.

—Hugo, abusas de mí. —Ni te imaginas lo que voy a abusar de ti. —Me estás asustando. —Pero te voy a hacer muy feliz, no vas a dar abasto a digerir todo el placer que te haré sentir.

Se apartó y me dio la vuelta. Se recostó sobre almohadones. —Venga, chúpamela ya, que voy a durar poco. —Tengo miedo. —¿De qué? No te va a doler. —Pero... —¿No te dará asco? —me miraba frunciendo el ceño, me dio

más miedo. —No, bueno, quizá la eyaculación. No me lo puedo imaginar. Por favor, deja que me aparte antes.

—Ya te he dicho que no es negociable. Y no te vas a poder apartar, porque te voy a estar sujetando la cabeza, moviéndotela en realidad. Incluso cuando acabe de eyacular voy a esperar un poco antes de soltarte. Me gusta asegurarme de que la polla se queda limpia, incluso me gusta empezar a perder la erección todavía dentro de la boca.

—Hugo... —Venga, colócate. Puedes sujetarla para controlar la profundidad de la penetración, pero es lo único que te voy a permitir. Y sigue mis instrucciones. Mira, me gusta sacarla bastante, para volverla a meter hasta el fondo. Bueno, ya lo has visto con el coito —sonreía y mi miedo aumentaba.

»Cuando sólo tengas el glande en la boca asegúrate de recorrerlo bien con la lengua, chúpalo como si fuera un polo, bien lamido, no lo olvides, no te quedes quieta esperando a que te la vuelva a meter, y cuando la tengas metida succiona, succiona como si quisieras extraer... lo que vas a extraer al final. Lo notarás a chorros intermitentes. Traga entonces deprisa, no intentes llenarte la boca, porque te la llenarás demasiado. Traga sin parar.

—No voy a poder. —Es posible que te den arcadas, pero eso es normal, no me voy a enfadar. —Sólo faltaría. —Venga, empieza —puse las dos manos en su pene, una a continuación de la otra—. ¿Qué haces? Te he dicho una mano. —Pero si me caben las dos. —Sí, pero no quiero meterte tan poco trozo. No me cabrees, Adriana, pórtate bien.

Aparté una mano un poco enfurruñada. Hugo me sonreía ahora de tal modo que me resultaba difícil seguir enfadada. Acercó su mano a mi cara para deshacer mi mohín y me acarició ambas mejillas. Después me agarró la cabeza con ambas manos y me dirigió a su pene. Abrí la boca para recibirlo. Entró y salió un par de veces despacio. Volvió a hablar, y me sonó enfadado.

—No estás haciendo nada, Adriana. Saca la lengua y pásala por el glande, que yo la vea, hazlo como si quisieras sacarle brillo —rió mientras yo lo iba haciendo—. Ahora baja hacia la base así, sin metértela en la boca, recorre mi polla entera con la lengua y con los labios. ¡Oh! Es genial, pero necesito más, necesito sentir que la abrazas, que la exprimes, necesito follarte la boca.

La expresión me hizo estremecer. Empezó con un ritmo constante de entrar y casi salir de mi boca, como hacía con mi vagina, yo me esforzaba por recorrer su glande siguiendo las instrucciones. Era tan ancho... un capullo tremendo. Y tan caliente... tan suave. Cuando se internaba en mi boca, en algún momento me provocaba náuseas, porque se acercaba demasiado a mi garganta. Yo intentaba evitarlo subiendo más la mano que sujetaba la base, pero no me resultaba fácil.

De repente empezó a decir: «Ya, ya, oh... ya». Y yo empecé a notar cómo impactaban contra mi garganta los chorros de semen, caliente y espeso, y no pude evitarlo, me dieron náuseas, muchas náuseas que no podía reprimir. Pero me lo tragué todo, y cuando dejó de moverme la cabeza, sin soltármela todavía,

mientras él seguía jadeando y respirando con agitación, me di cuenta de que algunas lágrimas escapaban de mis ojos, y los cerré, como si al no verlo, él tampoco me viera a mí.

Me apartó al fin, yo seguía con la mirada baja. —¿Quieres ir a enjuagarte la boca? —Sí, por favor —pero antes de hacerlo me puso una mano en la nuca y me besó, introduciéndome la lengua con profundidad. Me sorprendí. Y más con lo que dijo.

—No está malo, no dirás que tiene mal sabor, ¿eh? Como mucha fruta. No contesté. Me levanté y me fui al baño. Cuando volví, Hugo había sacado una Coca-Cola del minibar. —¿Te apetece? —Sí, muchas gracias. Él cogió una cerveza. Me miraba con detenimiento. —¿Por qué te has puesto a llorar? —No me he dado cuenta hasta que he notado las lágrimas. Lo siento, no te enfades.

—¡Eh! No irás a tenerme miedo ahora. Volvía a estar recostado en la cama, tomándose la cerveza. Me hizo un gesto para que me acercara.

—Bueno, a veces me dices unas cosas... —¿Como qué? —Como lo de abusar de mí.

—Bueno, creo que esta felación te ha parecido un abuso, si hasta te has puesto a llorar.

—Era la primera vez, no tendrías que haberme obligado a tragármelo. Volvía a llorar. Hugo me cogió en brazos, sobre su regazo, como si fuera una niña.

—Pues no sé lo que va a pasar cuando te folle el culo. —No tiene gracia. —No es broma. —Dijiste que me ibas a dar mucho placer. —Y te he dado mucho, y dentro de poco, chupármela también será un placer para ti, te pondrás a mil, ya lo verás. Y te lo tragarás con tanta facilidad que no podrás creer que alguna vez te provocara arcadas. Adriana, confía en mí.

Me lo decía con tanta seguridad que no me atreví a oponer nada. Empezó a besarme otra vez, y mientras con una mano me aguantaba la cabeza, la otra se perdió entre mis piernas y yo me humedecí una barbaridad. Se incorporó para dejarme sobre la cama, y abandonó mi boca para descender por mis pechos, hasta mi vientre y más abajo, más adentro. El cunnilingus fue genial y me quedé pensando que quizá yo había sido un poco egoísta con lo de la mamada, y me sorprendí al descubrir que me apetecía tenerlo otra vez en la boca, aunque no tanto el esperma, que me había parecido además de una abundancia exagerada, claro que a la vista del conjunto... porque lo de Hugo era exagerado, un miembro viril enorme de verdad, debía de rozar la anormalidad, si no entraba de lleno en ella.

Asaltamos de nuevo el minibar, porque teníamos hambre, y consumimos todo lo que había, que era mucho dada la categoría del hotel.

Su sonrisa me embargaba, como se suele decir en plan cursi, pero así era. De repente me dijo:

—Adri, cástate conmigo. —¿Me lo estás pidiendo en serio? —Por supuesto, hace

cinco años que lo tengo claro. Y tú también deberías tenerlo claro: te hago feliz en la cama y gano mucha pasta. Soy el mejor partido que vas a encontrar. Es más, soy el mejor partido para cualquiera, deberías sentirte halagada de que te haya elegido.

—Veo que incluso has vuelto más prepotente de lo que te fuiste. —¿Acaso he dicho algo que no sea verdad? —Aparté la vista. En realidad, tenía razón—. Nena, mírame a la cara. Te lo voy a repetir y quiero una respuesta ahora mismo: ¿quieres casarte conmigo?

—Sí.

VIII

CUATRO BODAS (EL SEXO SE PRESUPONE DE NUEVO)

Mi madre no rehízo su vida. No se volvió a casar, no tuvo más hijos. Con lo joven que era cuando sucedió la tragedia. «No me fío de la vida», la oí decir alguna vez hablando con sus hermanas. No quería acumular felicidad para no volver a perderla.

Conmigo era cariñosa, pero sin agobiar. De aquel trauma tan grande se le quedó el corazón algo cerrado. Muy perjudicado. Mis tías se empeñaban en compensármelo, y eran tan agobiantes y pegajosas que agradecía estar sola con mi madre y recibir un cariño sereno, un tanto distante.

Cuando empecé a salir con Bruno, un día me sorprendió sometiéndome a un interrogatorio.

—Adriana, ¿tú eres virgen? —¡Mamá! —¿Qué? ¿No me lo puedes decir? ¿Por qué te has puesto tan colorada? ¿Porque sí o porque no?

—No vas a parar ¿verdad? —¿Tanto te importa decírmelo? —Sí, lo soy. ¿Contenta? —Y ese chico, ¿no es un poco mayor para ti? —¿Me vas a prohibir que salga con él? —No te voy a prohibir nada. Bruno me cae bien. —Es muy buena persona y de muy buena familia. —Lo sé, una familia buenísima. ¿Estás enamorada? —Me gusta mucho. —¿Y te gustaría acostarte con él? —¡Mamá! ¿Qué obsesión te ha dado con el tema? —Me preocupo por ti. —Pues no te preocupes. Sé cuidar de mí misma, tengo sentido común y si ocurre no lo haré sin condón. ¿Te parece suficiente?

—Qué remedio. Te quiero mucho, hija, aunque quizá no te lo demuestro como debiera. Y estoy muy orgullosa de ti, de tus notas, de tu carácter. Y lo que no quiero es que sufras, sobre todo eso, hija. Quiero que seas feliz.

Afortunadamente el teléfono la interrumpió, porque yo ya estaba a punto de echarme a llorar. En aquella época no llegamos a hablar de Hugo. ¿Qué hubiera dicho si se hubiera enterado de lo sucedido con el otro hermano gemelo?

Desde luego, cuando le conté que me casaba con Hugo no era capaz de entenderlo, pero no me hizo muchas preguntas. La debí de pillar en un día tonto.

Antes de hablar con el padre de Hugo, él quiso que fuera su hermano el primero en enterarse de nuestro compromiso. Quedamos los tres en la terraza de un bar.

Hugo y yo llegamos primero. Nos sentamos, pedimos las bebidas y en cuanto el camarero se fue, mi novio me dijo:

—Por ahí viene Bruno. Veremos lo que ocurre. Hay alguna cosita que no te he contado.

—¿Alguna cosita? Bruno llegó a nuestra altura y al mirarme vi que se quedaba de piedra. Se sentó sin quitarme la vista de encima. Sólo entonces miró a su

hermano. —¿Qué significa esto? ¿No ibas a presentarme a tu novia? —Adriana es mi novia. —¿Qué? ¿Desde cuándo? —Dos días. Parece poco, pero hace cinco años que lo tengo claro, así que... —¿Cinco años? —su rostro reflejaba un asombro inmenso y algo más. También indignación—. Me dijiste que era una zorra, que se había colado en tu cama, después de... no podías imaginarte cuántas a juzgar por el vicio que tenía a los quince años. No lo entiendo.

—Te mentí. Era todo lo contrario. Adriana era virgen. Fuiste su primer novio, tal y como tú mismo me dijiste. Ella no te había mentado en nada. Yo fui el primero y casi tuve que violarla —hizo una pausa, parecía arrepentirse de lo que acababa de decir—. He dicho casi, ¿eh?

—Pero, no lo entiendo. ¿Por qué me dijiste todo aquello?

—Para que te olvidaras de ella. Para que no sufrieras. Necesitaba que la odiaras, que no quisieras saber nada de ella, porque yo tenía claro que, a la vuelta, Adri iba a ser mi mujer.

Bruno miraba a su hermano como el que mira a un engendro, a un bicho extraño y repugnante. De pronto se levantó al tiempo que levantaba a Hugo tirando de una de sus mangas y en cuanto estuvieron los dos de pie le dio un puñetazo que lo tiró al suelo. Hugo se llevó una mano a la cara, Bruno lo miraba con el puño contraído todavía y la rabia a flor de piel.

—Eres el mayor cabrón hijo de puta que me he cruzado en la vida. Hugo seguía en el suelo. —Bruno, lo hice por tu bien, te lo juro. Tío, perdóname, pero en el amor y en la guerra todo vale.

Bruno no contestó. Me dirigió una larga e indescifrable mirada y se marchó. Me di cuenta entonces de que no había llegado a decirme una sola palabra. Y yo tampoco.

Hugo y yo nos casamos enseguida. Por las circunstancias de nuestras respectivas familias nadie se opuso a nada. Apenas se extrañaron de la precipitación. Mis tías me preguntaron si estaba embarazada. Les dije que no.

Bruno no asistió a nuestra boda. Se marchó a Barcelona, donde una empresa, filial de la suya en Madrid, lo acogió con gusto.

A los dos años, Bruno volvió con una mujer con la que anunció que se casaba en tres meses. Nosotros sí asistimos a la boda, claro. El matrimonio duró un año y medio.

Nueve meses después de su divorcio, nos presentó a su nueva novia. Se casaron, esta vez por lo civil. El matrimonio duró un año.

Su próxima novia apareció más rápido esta vez. También el divorcio llegó más deprisa: sólo siete meses tras la boda.

Y entonces, seis años después de mi boda con Hugo, sucedió algo fundamental en la relación entre los dos hermanos gemelos... y yo.

IX

TEORÍA Y PRÁCTICA SEXUAL

Pero antes de eso ocurrieron muchas cosas. Durante la carrera, Psicología, yo me había puesto en contacto con el sexo como ciencia. Cursé las asignaturas que pude sobre el tema, siempre optativas, breves y decepcionantes.

Asistí a cursos de sexología fuera de la Facultad, a todos los que pude. También fueron decepcionantes. El alumnado era una pena, lo peor era que el profesorado también solía serlo.

Lo normal era que fuéramos todo chicas, salvo algún despistado poco agraciado en lo físico y que apestaba a timidez extrema, inexperiencia, frustración o todo a la vez.

Las risitas nerviosas eran habituales. Parecían clases de educación sexual en un colegio de primaria. Pero aun así, yo asistí a todos los cursos que encontré.

A Hugo le encantó mi interés por el tema y se ofreció a darme clases prácticas, por supuesto. De hecho, él era el origen de todo. Lo que él me hacía sentir y nadie más era capaz de provocar en mí.

Acabé la carrera con matrícula de honor y recibí un Premio Extraordinario. Entonces me sumergí en la sexología en serio, porque ya estaba segura de que era en lo que quería trabajar. Hice un curso posgrado y un máster, a la vez que el doctorado, que obtuve Cum Laude, con una tesis sobre trastornos y delitos sexuales. Completé así una exquisita preparación académica y me encontré preparada para iniciar mi vida laboral. La práctica también la había superado con nota, ya que tenía el mejor maestro. Siempre he pensado que un buen sexólogo es aquél que sabe de qué habla. Y yo, gracias a Hugo, lo sabía, vaya si lo sabía.

Hugo me montó una consulta a todo tren, cerca de casa, en un edificio enorme, repleto de viviendas y de oficinas, y de negocios y bares en los bajos; lleno de vecinos, trabajadores y clientes, potenciales pacientes todos ellos de mi consulta sexológica.

Colgamos mis títulos en la sala de espera y la verdad era que impresionaban. Contraté a una chica de mi edad como ayudante, recepcionista, secretaria... lo que se terciara.

Me hicieron batas blancas a medida, con mi nombre bordado en el bolsillo superior: Dra. Adriana Herranz.

Contacté con empresas del sector, por si les interesaba hacerse publicidad en mi consultorio. Les interesaba. Me regalaban muestras y me pagaban por la publicidad. A cambio decoré las distintas dependencias con carteles suyos e instalé un expositor en la sala de espera con multitud de folletos.

Recibí a mis primeros pacientes. Sólo con la primera, que fue una mujer,

estaba nerviosa, porque enseguida me di cuenta de que no me había equivocado y que estaba hecha para aquello.

Me gustaba escucharlos, sabía transmitirles confianza y me sobraban los consejos y las soluciones. Les prestaba libros, les regalaba muestras, les recomendaba juegos, les explicaba de forma didáctica el origen de sus problemas y el método para solucionarlos, les redactaba notas e informes para sus médicos cuando el problema requería medicación o intervenciones quirúrgicas.

Ellos a veces querían que los examinara físicamente. Recuerdo una de mis primeras pacientes, ya entrada en años y soltera, que no estaba segura de tener clítoris. Muy pocos días después, uno de mis pacientes masculinos quiso saber, muerto de vergüenza, si lo suyo era un micropene.

Pospuse ambas consultas. Me di cuenta de que el consultorio no estaba completo, aunque había suficiente espacio, así que encargué de urgencia una camilla y un biombo, y compré guantes de látex y material desechable para cubrir la camilla y los cuerpos de los pacientes.

La primera vez que tuve a una de ellos desnuda de cintura para abajo sobre la camilla me sentí muy extraña. Sobre mi pecho ponía que era doctora, pero no en Medicina. Me sentí extraña, pero no incómoda. Aquella mujer, la que ignoraba si tenía clítoris, necesitaba mi ayuda de verdad y no sólo psíquicamente. Me puse los guantes. Ella separó las piernas con docilidad. Me resultaba extraño contemplar vello púbico, porque yo hacía tiempo que no tenía. Le separé los labios mayores con la mano izquierda y pasé el índice de mi mano derecha sobre su clítoris, que estaba en su sitio.

—Es esto, ¿siente algo? —¡Vaya! Me avergüenza profundamente, pero sí. —No se avergüence. Si deslizo mi dedo sobre él siente placer, ¿verdad? —Sí. —Deme su mano. Se va a tocar usted y nunca va a volver a tener dudas. Y, por cierto, tóquese a menudo.

Sonreímos las dos, ella se ruborizó. Pasé sus dedos índice y corazón sobre su clítoris, que se estaba hinchando y percibí cómo se estremecía ella.

—Pues ya está claro, esto es su clítoris, es perfectamente normal y, por lo que veo, funciona. Ésta es la principal fuente de placer sexual en el cuerpo de una mujer. Manipulándolo tendrá orgasmos intensos, pero es mejor que esté lubricado. Cuando nos excitamos se lubrica solo, pero si empieza de cero es mejor usar algo... jabón, si está en la ducha, una loción corporal... aunque lo mejor es el lubricante artificial. Le daré una muestra.

El hombre del presunto micropene me esperaba tumbado con las manos sobre su entrepierna. Yo llevaba guantes, por supuesto. Y una regla. Apartó las manos, vi un pene flácido pero no vi un micropene, porque si lo fuera no lo vería. Lo estiré cogiéndolo por la punta con cuidado, medía cinco centímetros. Le pregunté:

—Cuando tiene una erección, ¿el pene aumenta de tamaño? —Sí, señora, pero no sé si llega a doblar su tamaño actual. —Seguramente sí. Mire, no es un micropene. No le voy a negar que es pequeño, pero no un micropene. Puede vestirse.

Me volví a mi mesa intentando controlar el temblor de mis manos, porque aquello me había incomodado. Y no pude dejar de compararlo con mi dotadísimo marido, que alcanzaba los veinticuatro centímetros en erección y un grosor de casi cinco centímetros de diámetro.

Al hombre le di una completa explicación sobre lo que debía hacer para aprovechar al máximo la longitud de su miembro, posturas idóneas sobre todo. Y le recordé que había muchas cosas que añadir a la penetración y que lo más importante era conocer el cuerpo de su pareja. Y sus gustos. La comunicación, le dije, es fundamental.

X

SEXO CONYUGAL

Durante los años en que Bruno se dedicó a encontrar a su media naranja sin demasiado éxito aparente, Hugo y yo nos dedicamos a disfrutar del matrimonio, muchísimo.

Bueno, también nos dedicamos, él a trabajar y a amasar dinero, porque era increíble la cantidad de pasta que ganaba, y yo a terminar la carrera, hacer el curso posgrado, el máster y el doctorado.

Lo hice en un tiempo récord, porque podía dedicar muchas horas a ello y la inteligencia de mi marido me estimulaba. Él me animaba y me ayudaba, sobre todo tratándose de la temática que más le gustaba. «A ver si aprendo algo nuevo», me decía, pero como mucho era el término técnico, porque el contenido nunca le venía de nuevas, y la mayor parte de las cosas las había practicado, hasta las más escabrosas. Yo tenía veinticinco años cuando montamos la consulta sexológica.

Las habilidades de Hugo en una cama o similar eran incontables, y su potencia y apetito sexual, impresionantes.

Él me había dicho que le encantaba mi físico, pero se dedicó a perfeccionarme a su gusto. Me obligó a hacerme una depilación integral con láser y, a cambio, a dejarme crecer el pelo, que cada semana me cuidaban en una peluquería cerca de casa, poniéndome tratamientos, reflejos y recortando las puntas o poniendo productos que potenciaban mis ondas naturales manteniendo un pelo sedoso y, tengo que reconocer, espectacular. Nunca me había parecido mi pelo nada destacable: un grosor medio, un color castaño oscuro bastante habitual entre las españolas, ni liso ni rizado, pero con los tratamientos mejoró tanto que al pasar frente a un espejo no podía evitar detenerme a mirarme.

A Hugo le encantaba agarrar mi pelo enrollándolo sobre su mano como si cogiera una cuerda, para atraerme hacia su boca. Era un gesto muy erótico que a mí también me encantaba.

En mi boca no encontró defectos, menos mal. Mis labios son más que carnosos —Hugo me decía varias veces al día lo mucho que le gustaban y se reprimía para no morder demasiado fuerte— y en su día llevé brackets, con lo que mis dientes también son muy correctos.

El color de mis ojos es indefinido, una mezcla entre verde, azul y gris, y Hugo tampoco puso nunca pegas a esta parte de mi cuerpo.

Quería que estuviera bronceada sin marcas, y me obligaba a tomar el sol desnuda. Nuestro dúplex remataba el edificio, así que allí no era difícil hacerlo, aunque cabía la posibilidad de que nos observaran con prismáticos desde otros edificios. Y en verano visitábamos playas nudistas.

También teníamos un preparador personal, que nos entrenaba tres días por semana. Yo estaba delgada y con toda la actividad sexual que desplegábamos, cada día más. Pero él quería que estuviera en buena forma para aguantar sesiones... más agotadoras. Todo esto empezó antes de convertirme en sexóloga, pero yo ya sabía mucho de sexo y la definición no me sonaba bien, aunque también sabía que no iba a decirle que no.

Un día volví a casa y vi que habían instalado unas poleas en el techo del dormitorio. Me imaginé a quién estaban destinadas. Me eché a temblar. Y no sólo de miedo.

Tal y como Hugo me pronosticó, no tardé en superar con matrícula de honor las prácticas de sexo oral. Le cogí el gusto a las felaciones. Las dimensiones del miembro viril de mi marido eran un reto para mí. Como en el chiste de aquel tipo al que le gusta que sus compañeras de cama sean mujeres gordas porque «siempre hay algún rincón donde no has estado», así era el pene de Hugo para mi boca y para mi lengua, porque la introducción completa era imposible, pero con la lengua y los labios llegaba a todas partes. Hugo enloquecía de placer aunque, por supuesto, lo que más le gustaba era follarme la boca, como él decía, y con sus manos firmemente colocadas a ambos lados de mi cabeza marcando el ritmo y la profundidad.

El semen, que ya no me producía arcadas, acababa casi siempre en el interior de mi boca, aunque de vez en cuando le gustaba correrse en mi cara o en mis pechos, marranada donde las haya que no deja de ser excitante en grado sumo, para los dos.

El sabor del esperma, que nunca fue desagradable, no hizo otra cosa sino mejorar, puesto que yo sabía muy bien qué alimentos debía ingerir y cuáles no, pero Hugo, como me demostró el primer día, también tenía nociones al respecto.

Estábamos en el jacuzzi, a la vuelta de nuestra luna de miel, yo recostada sobre su pecho, de espaldas, él rodeándome con los brazos, las manos vagando erráticas por mi cuerpo.

—El sexo es fundamental para mí, Adri, nunca te niegues a nada. Al menos sin haberlo probado antes. Ya sabes lo que me gusta ser el primero en todo.

—Ya, ya lo sé. —Tengo ganas de empezar con el sexo anal —pasó un dedo alrededor de mi ano. Me sobresalté.

—Hugo, la tienes muy grande, yo no sé si... —Shhh, tranquila, lo vamos a hacer bien, muy bien. —¿Eso qué quiere decir? —Vamos a dilatar el ano poco a poco y no te va a doler nada, te lo prometo. —Eso me parece imposible. —Pero no lo es. Adriana, a mí me encanta el sexo anal. —¿Te gusta que te den por el culo? Rió. —No. Dar. —Ya me lo temía. ¿No crees que eres un poco injusto? —¿Quieres darme por el culo? —No, pero tampoco quiero... Me interrumpió con firmeza. —Sí, Adriana. Te sodomizaré, cuando estés preparada te sodomizaré y te garantizo que no te va a doler. Como no te duele vía vaginal.

—Pero me dolió la primera vez. —Eso es inevitable, pero con el sexo anal no es lo mismo. Es más, si te doliera mucho sería mala señal. Y ya verás cómo te gusta ver lo que yo disfruto, porque nena, la presión de un ano sobre una polla es algo... Es más estrecho que la vagina, y al ser un esfínter se contrae y... ¡Dios! Es una locura.

—¿Y yo? —Ya me encargaré de ti, no te preocupes. —¿Y no te da un poco de asco meterla ahí donde está la...? —¿La mierda? —Exacto. —Bueno, por eso te pondrás enemas. Y yo, preservativo. —O sea que, con la poca gracia que me hace, encima tengo que provocarme diarreas para que tu polla esté a gusto.

—Pues sí. Yo no me daba por vencida. —El ano no es como la vagina, no se lubrica, no tiene punto G. —Pero tiene muchas terminaciones nerviosas y venden unos lubricantes estupendos. Y deja de preocuparte, porque va a ser genial. Y es imprescindible para mí.

—O sea que no tengo derecho a opinar. —Tienes derecho a opinar, pero no a oponerte. Y reconoce que te produce curiosidad. Eso sí, recuerda que lo de las lavativas es imprescindible.

—Pues vaya gracia. —No te enfurruñes —su dedo volvía a recorrer mi ano—. Ponte a cuatro patas que quiero meterte un dedo ahora mismo y éste es un lugar ideal.

—Hugo... —Obedece. Lo hice poniendo mala cara, y él me dio un azote, lo que me humilló más. —¡Dios, qué culo más bonito tienes! Por más que lo mire no deja de asombrarme —noté cómo me separaba las nalgas—. Qué bonito es, con todas sus arruguitas —me metió el dedo sin perder tiempo. No me dolió pero sí me impresionó. Empezó a hacer movimientos circulares como había hecho antes por fuera, recorriéndolo por dentro sin profundizar en el recto—. Es flexible. Aquí hay buen material. Me he excitado tanto de pensarlo que me he empalmado, Adri, necesito follarte ahora mismo.

—¿Por dónde? —yo misma noté un punto de histeria en mi voz. —El coñito, cariño, no te asustes —noté que sacaba el dedo—. Vuelve a sentarte, quiero follarte así, de espaldas, para hacerme la ilusión de que te estoy enculando.

Me coloqué con cuidado sobre su pene. En esta posición la penetración era tan profunda que a ratos me resultaba dolorosa. Notaba cómo me golpeaba el cuello del útero, cómo me rozaba a través de la vagina los órganos vecinos, e incidía sobre mi punto G con tanta fuerza que no podía dejar de estremecerme. También me daba la impresión de no poder retener el pis, de ir a hacérmelo encima de un momento a otro, aunque nunca ocurría. Me sujetó por las caderas con fuerza para deslizarme por toda la longitud de su miembro y empecé a gemir enseguida. Hugo también. Y nos corrimos los dos entre sonoros jadeos y largos oooos de todos los colores.

Ni me planteé negarme a nada de lo que había dicho y unos días después empecé a dejarme introducir por el ano todo tipo de objetos, que Hugo siempre acompañaba de perfectas manipulaciones de mi clítoris que me provocaban

orgasmos tan rápidos y tan intensos que me avergonzaban. También introducía sus dedos en mi vagina y rozaba el juguete sexual alojado en mi ano a través de la pared que separa mi vagina de mi recto.

—No sabes las ganas que tengo de tocar así mi propia polla. Yo no contestaba, porque me daba miedo. Y curiosidad. Y me excitaba. Mucho. Así fue, desde el principio, Hugo me impuso toda clase de prácticas sexuales. Intenté negociar.

—Hugo, no voy a tener relaciones con otra mujer. —Pruébalo una sola vez. Te juro que si no te gusta no te obligaré a repetir.

Una semana después, al llegar a casa, Hugo estaba en el salón tomando una copa con una mujer. A mí me pareció una profesional, pero de lujo. Guapa y limpia. Hasta parecía tener conversación.

—Ésta es Tatiana. Tatiana, ésta es Adriana, mi mujer. Intenté darle dos besos, pero ella me besó en la boca. Me aparté con rapidez y Hugo se acercó a nosotras.

—No, no, cariño. Así no. Habíamos hecho un trato. Puso una mano en la nuca de cada una de nosotras y nos fue acercando. Ella no se resistía, claro, pero yo tampoco. Sentí su lengua en la mía y cerré los ojos. Fui incapaz de corresponderle y, por supuesto, no me excité.

Me golpeaba el corazón en el pecho. Hugo nos cogió de la mano y nos llevó a una de las habitaciones de invitados. Cuando entré estuve a punto de caerme al suelo. No reconocí la habitación, forrada de espejos hasta en el techo, salvo donde estaban las poleas, que allí también había. Y una cama redonda. Y un jacuzzi. Hugo nos acercó a la cama y nos soltó. Me cogió la cabeza con las manos y me besó. Su beso sí me gustó. Después empezó a desnudarme. Tatiana también se estaba desnudando. Era guapa, pero no me atraía tocarla. Vi que también estaba completamente depilada.

Cuando estuve desnuda, ella se acercó a mí, me cogió las manos y las acercó a sus pechos. Enseguida puso las suyas sobre los míos y empezó a tocarme y a tirar de mis pezones. Fui incapaz de hacer lo mismo. Y tampoco me excitó lo que ella me hacía. Hugo la apartó, me cogió en brazos y me depositó sobre la cama. Empezó a tocarme él, con las manos y la boca y sí que me excité. La miré un momento y vi que se estaba masturbando, me dio un poco de asco.

Hugo se desnudó, y mientras lo hacía, ella se acercó a mí y empezó a lamerme el clítoris. Me puse rígida, hasta me dio la impresión de que su lengua raspaba.

Hugo sacó un antifaz y me lo puso. —Relájate, Adriana. Va a ser mejor que no veas nada. No me acababa de creer que pensara que aquello podía resultar. Yo distinguía sus manos perfectamente. Es más, Tatiana llevaba las uñas largas y me quejé de ello. Además, me tocaban diferente: con fuerza mi marido, con languidez Tatiana, y el roce de sus uñas, que ella no podía evitar, la delataba continuamente.

Quizá fuera psicológico, pero yo distinguía a la perfección ambas lenguas y la de Tatiana no me excitaba. Hugo se daba cuenta de que retrocedía mi excitación cuando ella intervenía. Y cuando ella se acercaba a mi boca yo notaba su olor, agradable, eso sí, y la esquivaba.

Hugo me quitó el antifaz mientras suspiraba con resignación.

—Bueno, al menos vamos a comprobar si te excita mirar. Con tu permiso, Tatiana me va a hacer una mamada.

No contesté. Él se recostó sobre la cama y ella se abalanzó sobre su polla, erecta por completo. Se afanaba, se la metía más adentro que yo. La verdad es que me puse cachonda. Me hizo un gesto, para que me acercara a él y metió una mano entre mis piernas. Me corrí enseguida, y él en la boca de Tatiana. Cuando dejó de jadear me dijo:

—Bueno, por lo menos podemos hacer una cama redonda entre heterosexuales. Un cambio de pareja, vaya.

—¿No lo dirás en serio? No contestó. Se dirigió a la puta. —Tatiana, vístete y vete. Gracias por todo.

En cuanto se hubo ido, pregunté: —¿No le has pagado? —Ya le había pagado antes. ¿Te gusta el dormitorio? —Muy bonito. ¿Ya te has convencido con lo de las mujeres? —Sí. ¿De verdad no te excitaba nada? —Me estaba dando asco. ¿Tú has estado con hombres? —¡No! —también lo dijo con una expresión de asco. —Entonces, ¿de qué te extrañas? —¿Y un trío con otro hombre? —¿A ti eso te gustaría? —Claro que sí. La verdad es que con dos mujeres faltan pollas y sobran agujeros.

—¡Que fino y delicado! —Cuando tu culito esté preparado quiero que te sometas a una doble penetración.

—¿De verdad no te provocará celos? —No, si soy yo quien elige y quien dirige. ¿Te gustaría que fuera mi hermano? Me quedé atónita. Claro que me gustaría. Pero nuestras relaciones fraternales no estaban precisamente boyantes.

—Será en este dormitorio, ¿verdad? —Sí, va a ser testigo de cosas increíbles. —Perversas... podríamos bautizar la habitación. —¿Y cómo te gustaría llamarla? —El dormitorio prohibido. —Es bonito. Me parece bien. Tú y yo también jugaremos aquí, ¿vale? —Sí. ¿Puedo cotillear? —Debes y puedes probar todo lo que te apetezca, y lo que no también lo probarás, tarde o temprano.

—¿Eso quiere decir que has comprado artilugios? La verdad es que me ha sorprendido lo rápido que ha aparecido el antifaz.

—Pues no has visto nada. —Con el antifaz puesto, desde luego que no. —Estabas preciosa. Cuando todo esto ocurrió, el primer divorcio de Bruno ya era inminente, aunque no lo sabíamos aún. Y tenía por delante otros dos, de los que no sabían nada ni los propios protagonistas, claro.

Con el sexo anal, Hugo se esmeró, desde luego. Dilatadores, un tamaño

tras otro, lubricante de los que provocan sensaciones... todo lo necesario para compensar lo poco colaborador que es este esfínter, lo cual no es extraño, dado que está concebido para expulsar, no para recibir. Pero no podía librarme de los enemas. Cuando estuve preparada para que me penetrara Hugo me puse el primero, hasta entonces, con una limpieza superficial y el uso de condones en los dedos y en los juguetes nos apañábamos.

Él también se puso un condón, por supuesto. Ya había soportado dildos y vibradores bastante grandes, pero nada como aquello. Me corrí con la ayuda de sus dedos y su satisfacción, que era tanta que me compensaba, pero me faltó y a la vez me sobró algo.

Pronto la práctica mejoró la cosa, pero seguía faltándome algo. Hugo disfrutaba muchísimo, eso sí.

Otro día intenté compensar utilizando un vibrador vaginal, pero también necesité sus manos para correrme. Además, resultaba muy incómodo manejar aquello a cuatro patas. La verdad es que prefería mil veces que utilizara vibradores anales mientras me follaba de manera tradicional. Y era más fácil de controlar todo, aunque no podía dejar de reconocer que la sensación de plenitud me gustaba. Me lo imaginé con Bruno y me pareció genial.

Pero él seguía a lo suyo, a punto de divorciarse de su segunda esposa, y nosotros a lo nuestro, disfrutando del dormitorio prohibido y del sexo en todas sus variantes.

Cuando el sexo anal estuvo ya integrado con normalidad en nuestros juegos sexuales del fin de semana, a Hugo empezó a gustarle encularme sentados en el suelo. Él se sentaba primero, con el preservativo en su sitio y bien untado de lubricante, la espalda apoyada en una de las paredes, en la que había hecho sustituir el espejo por un acolchado, y yo me sentaba con cuidado de espaldas a él al tiempo que su miembro se introducía en mi ano acompañado de manifestaciones de placer por su parte y, a aquellas alturas, también por la mía, y movía mis caderas para deslizarme más despacio o más deprisa, según el momento.

A veces me tocaba yo, estimulaba mi clítoris. Otras experimentábamos con diferentes juguetes. Teníamos un vibrador pequeñito con un cordel para tirar de él, porque se introducía en la vagina por completo y lo poníamos en marcha con el mando a distancia, incrementando poco a poco la potencia, que tenía mucha, y no tardábamos en correr los dos.

Otras veces usaba un vibrador doble, tipo conejito rampante. Un día, Hugo, que además de penetrarme analmente tenía las manos en mis pechos mientras yo manejaba el conejito, me dijo:

—¿No te sientes absolutamente plena?

—Sí, la verdad es que sí. Ya no se puede pedir más. —Estamos estimulando a la vez tu ano, tu punto G, tu clítoris y tus pezones. —Lo estoy retrasando pero

podría haberme corrido hace rato. —Y yo —presionó mis pechos con fuerza y los exprimí como si los estuviera ordeñando. Me estremecí—. ¿Te he hecho daño?

—No, no ha sido desagradable. —Es que, ¿sabes lo que estaba pensando?

—¿Me tengo que asustar? —Tú ya no te asustas de nada. —Eso no es verdad, pero sigue. —Pensaba en cuánto me gustaría que tuvieras leche... leche materna. Me encantaría mamar. Además, he leído que el sabor es delicioso.

—Eres un depravado. —No digas tonterías. Aunque es verdad que lo soy. Pero escucha, si la subida de la leche la provoca una hormona, ¿por qué no se sintetiza y se vende? Yo la compraría para que te la tomaras y estas tetitas deliciosas —volvió a simular un ordeño— lo serían más todavía.

—Sí que eres un depravado, sí. Pero vamos a concentrarnos en esto, que ya llevo demasiado rato con tu polla en el culo y me está empezando a avisar de que va a dejar de ser placentero.

Empecé a manejar el vibrador con intención y Hugo volvió a deslizarme por su enorme pene y no tardamos nada en estallar de placer.

A mí ya me gustaba el sexo anal, pero no era algo de lo que pudiera abusar, como el sexo oral o vaginal. Me irritaba, a pesar de toda la lubricación, y teníamos que practicarlo con mesura. Y es que el miembro viril de Hugo no era para nada normal. Ya lo he dicho.

XI

SEXO ORAL LABORAL

Con tanta práctica y tanta experimentación, nada de lo que mis pacientes pudieran plantearme me era ajeno o problemático y disfrutaba mucho de mi trabajo. —Dígame, señor Gómez. Hábleme con libertad y sin avergonzarse de nada. —Me sentiría más cómodo si nos tuteásemos. —No, eso no es posible. —Pero estas cosas tan delicadas se le cuentan a un amigo, se tratan como de broma... así es más fácil.

—Ni somos amigos ni vamos a hacer bromas. Se supone que usted tiene un problema.

—¡Mujer! Problema... —O una duda. Una mínima preocupación. Y yo soy una experta y le voy a aconsejar.

—¡Cómo ha sonado eso! Tratándose de sexo. —Soy una experta en resolver problemas, en aconsejar. En lo otro también, pero no se lo iba a decir. —Es usted tan joven... Está casada, ¿verdad? Lleva usted un anillo. —Así es, hace más de cinco años. —¿Tanto? —Pues sí, ¿le parece que puedo tener suficiente experiencia? —No, si las chicas de ahora nacen enseñadas. El problema son las de antes, como la mía.

—Tampoco crea usted. Si naciesen enseñadas habría menos embarazos no deseados, menos violencia de género... Pero nos estamos dispersando. Cuénteme en qué puedo ayudarlo.

—Bueno, tengo cincuenta y siete años, y mi mujer cincuenta y cinco. El sexo entre nosotros... es normal, ella nunca me dice que no al acto.

—Entiendo. —Pero yo querría... en fin, yo querría practicar sexo oral y ella se niega en redondo. Y oiga, no quiero parecer machista o impertinente.

—Por ahora no me lo está pareciendo. Continúe, por favor. —He pagado para que me lo hagan, porque me gusta mucho, y querría que me lo hiciera mi mujer, ¿es mucho pedir?

—Veamos. ¿Usted a ella...? —Lo he intentado, pero me aparta diciendo que no piensa hacer lo mismo por mí.

—¿Lo intenta usted sólo por eso? —Bueno, yo me muero por que ella me lo haga, y pienso que tomar la iniciativa es mi única oportunidad de conseguirlo. Aunque le digo que me deje hacer, que no le pediré nada. Pero se niega.

—Usted no le está siendo sincero del todo. —Pero nunca la obligaría. No le voy a negar que tengo la esperanza de que, si le gustara lo suyo, se conmoviera con lo mío y nacería de ella.

—Entiendo. —¿A usted le gusta? No contesté, me quedé mirándolo con fijeza. Al final decidí ponerlo a prueba. —¿Hacerlo o que me lo hagan? —Las dos cosas. Pero perdóneme, he sido muy impertinente. Me ha salido del alma, no conteste,

por favor.

No lo hice. —Bueno, vamos a lo suyo. ¿Le ha preguntado a su mujer qué es lo que rechaza de esta práctica sexual?

—Sí, pero se niega a ser clara. Me lavo, le prometo que me conformo con un minuto, que no se me va a ocurrir terminar... bueno, ya me entiende.

—Con la esperanza de que con el tiempo... debe ser sincero conmigo. —Sí, claro. Pero si usted lo sabe antes de que yo se lo diga. Es que yo entiendo que todo cuesta, que hay cosas que tienen que ir poco a poco. Y se lo digo a ella. Entendería que nunca me dejara acabar.

Se quedó en silencio. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Yo estaba segura de que quería preguntarme si yo dejaba a mi marido acabar, como él decía.

—No haga la pregunta. No estamos intercambiando confidencias. ¿Qué responde su mujer?

—Que no y que no, y que soy un guarro. Yo creo que es superior a ella, y que aunque le picara la curiosidad no lo admitiría nunca.

—¿Ella sabe que usted paga por que se lo hagan? —Sí, alguna vez se me ha escapado en un ataque de rabia. Lo del ataque de rabia me sonó preocupante.

—¿Seguro que no lo ha intentado por la fuerza alguna vez? —De broma, pero la he soltado enseguida, porque se pone... —¿Conoce usted los preservativos de sabores? Se quedó asombrado, quizá un poco mosqueado. —No, pero hacer esto con condón... —Estos preservativos están diseñados para garantizar la sensibilidad del pene, señor Gómez. No se preocupe porque lo sentiría. ¿Nunca ha realizado penetraciones con un condón puesto?

—Sí —sonó avergonzado. Supuse que también con putas. —¿Y no lo sintió?

—Sí, claro, pero no es lo mismo. —Es lo mismo, se lo aseguro. Notará usted la succión, el movimiento de la lengua... todo.

Se removió en el asiento. Yo abrí un cajón y saqué una tira de condones enlazados, a modo de caramelos. Una asociación de ideas muy apropiada en este caso.

—¿No estará cerca por casualidad alguna fecha señalada? Su aniversario de boda, su cumpleaños...

—La semana que viene es mi cumpleaños. —Pues mire, hemos tenido suerte. Es muy importante cómo lo plantee y cómo consiga llevársela a su terreno. Debe saber engatusarla. Dígame, en el sexo que comparten, ¿ella se queda satisfecha?

—Eso dice. —Bueno, esmérese esa noche. Tóquela mucho y bien, recuerde que su clítoris es su mayor fuente de placer, sin olvidar sus pezones, su cuello... Hablando mal y rápido: póngala cachonda, señor Gómez. Hágala beber y dedíquese a su cuerpo, al de ella, más de lo normal. Y cuando la tenga de su parte, enséñele uno de estos condones. Elija el sabor que más le guste a ella y

plantéesele con calma.

»Haga hincapié en que con esto eliminan dos de los principales obstáculos que, seguramente, ella tiene en su mente: los escrúpulos que pueda producirle meterse en la boca el miembro que, no lo olvide, usted utiliza para mear, y la posibilidad de una eyaculación en su boca o cualquier secreción previa que a ella pueda resultarle desagradable.

—¡Qué bien lo ha explicado usted! No sé si seré capaz de hacerlo igual. —Pues de ello depende el éxito de la operación. También puede traerla aquí, si quiere.

—¡Ojalá! Pero se va a negar. —Usted sabrá —le di los condones—. Por cierto, aparte de los intentos fallidos con su esposa, ¿ha hecho usted un cunnilingus alguna vez?

—¿Un qué? —Sexo oral practicado sobre los genitales de una mujer. —¡Ah! Que si le he comido... Perdón —se ruborizó y dudó—. La verdad es que no. No me apetece hacérselo a una puta. Me tendría que pagar ella a mí entonces. Pero he leído cosas, he visto... y me lo han explicado los amigos. Pero no me importaría que me lo contara usted. Seguro que lo que me diga es lo más fiable.

—Seguro. Está bien, escuche...

XII

PRIMER ANIVERSARIO DE SEXO LABORAL

Cuando se cumplió un año de la apertura de mi consultorio sexológico y el éxito seguía siendo rotundo, para celebrarlo Hugo me regaló un coche.

Yo hasta entonces no lo había necesitado, porque estaba con él desde los veinte años y me llevaba y me traía a todas partes. Pero hacía unos meses que mi madre, la profesora de latín, había dado un vuelco a su vida.

Después de más de doce años en el mismo instituto de Madrid, se había trasladado a un pueblo de la sierra de Guadarrama, donde pensaba acabar su trayectoria profesional viviendo tranquila y pasando frío en invierno, porque nevaba, a menudo de forma copiosa.

Mis abuelos habían muerto los dos y mi madre ya se había convencido de que yo había encarrilado mi vida, tras seis años de feliz matrimonio y, como tampoco parecía inminente que fuera a convertirse en abuela, había decidido cambiar de vida, segura de que su única hija ya no la necesitaba.

Pero yo seguía necesitándola en realidad, así que había decidido cerrar la consulta los lunes, día desagradable donde los haya, y desplazarme a Guadarrama cada semana para comer con ella y charlar. Siempre que las condiciones meteorológicas me lo permitieran. Y por eso mi atento marido me regaló el coche.

Yo podía reorganizarme la agenda de la consulta y trabajar sólo cuatro días a la semana y, en cambio, para Hugo el lunes era un día de gran actividad.

Mi madre tenía un par de horas de clase nada más. Yo la recogía en el instituto y pasábamos todo el día juntas. Era muy gratificante para las dos.

El coche elegido por Hugo para mí fue un Volkswagen New Beetle en color titanio. Decía que este coche era como yo: un clásico renovado, menudo, manejable, con atractivas redondeces. Y eligió un color oscuro, como a mí me gustaba vestir muchas veces, oscuro también como los rincones de mis apetitos sexuales, cuya inquietante oscuridad todavía no había querido descubrir.

Me atemorizaba oírlo describirme así, pero el coche me gustó y, por dentro, lo equipó con la última tecnología.

Todo fue estupendo al principio, pero no iba a tardar en ocurrir algo que hizo que empezara a costarme más sobrellevar con naturalidad aquellos lunes. Pero para cuando sucedió ya era tarde, los lunes madre-hija ya eran una tradición asentada.

XIII

SEXO A TRES BANDAS (MÉNAGE À TROIS)

Habían pasado algo más de seis años desde nuestra boda y, por fin, un día llegué a casa y me encontré a los dos hermanos gemelos tomando una copa en el salón. Dudé un momento, y no porque no los distinguiera, que ya hacía años que no dudaba, me acerqué a Bruno y él se levantó y me dio dos fraternales besos. Vi una sonrisa de satisfacción en la cara de Hugo, pero no dijo nada.

Me dieron una copa a mí también. No me atrevía a preguntar para no meter la pata. Mi marido empezó la conversación.

—He hecho venir a Bruno para que hablemos los tres. Él y yo ya hablamos ayer y me ha perdonado de corazón. Así que ahora podemos avanzar juntos. Vi extrañeza en la cara de Bruno, pero no preguntó nada. —Pues me alegro mucho, porque los hermanos deben llevarse bien, y si son gemelos todavía más. Entre vosotros hay un vínculo fuera de lo normal.

—Sí —dijo Hugo—, y quiero que ese vínculo se fortalezca, así que voy a ir al grano. Bruno, ¿a ti te sigue atrayendo Adriana?

Se quedó callado, pero me miró inmediatamente. —¿Cuál es el truco? —No hay truco. Adriana, bésalo. Lo hice enseguida. Estábamos sentados los tres en el sofá, Bruno en medio. Me coloqué a horcajadas sobre él y lo besé en la boca. Él no me esquivó, ni me apartó, pero tampoco me tocó, aunque correspondió a mi beso. Mi marido volvió a hablar.

—Bruno, abrázala, que parece nuevo. ¿Cuántas veces la besaste mientras salíais juntos?

Me rodeó la cintura con un brazo mientras la otra mano ascendía a mi nuca, bajo mi pelo y se perdía en mi frondosa melena, el único pelo de mi cuerpo, aparte de cejas y pestañas. El beso se tornó demasiado tórrido y Bruno empezó a agitarse y a removerse debajo de mí. Sus manos se desplazaron hacia mi trasero, que comenzó a manosear sin pudor y una de ellas volvió a ascender, pero por delante, hacia mis pechos. Yo me estaba excitando mucho y, de repente, oí a Hugo:

—¡Dios! Cómo me estáis poniendo. Vámonos al dormitorio. Por supuesto se refería al prohibido. Bruno se quedó alucinado, pero más cuando Hugo habló de nuevo:

—Quitaos la ropa, por favor —él ya había empezado. Yo obedecí de inmediato. Bruno seguía paralizado—. Tío, venga, que hay confianza, pero si nos hemos hecho pajas juntos...

—No es lo mismo. —Claro que es lo mismo. —¿Estás seguro de esto? —la pregunta era para su hermano, pero también se volvió hacia mí—. ¿Y tú, Adri?

—Los dos estamos seguros —dijo Hugo—, así que venga, despelótate. Lo hizo.

Sin dejar de mirarme a mí. Vi en sus ojos admiración, y deseo, mucho deseo.

De repente estaba en el paraíso, porque dos bocas y cuatro manos sobre mi cuerpo, todo ello idéntico entre sí, era increíble. No pude resistirme a coger sus penes uno con cada mano. ¡Dios! Sí que eran idénticos, completamente iguales, gemelos, claro. Mi marido elevado al cuadrado, dos veces el hombre que me ponía a cien, era un sueño inimaginable.

Me corrí una vez, dos... en cuestión de cinco minutos. Sus bocas en mis pechos, sus bocas en mi vulva, sus bocas en mi boca, sus penes en mi boca. Lo intentaron a la vez, pero no podía separar tanto los labios, tenía que alternarme.

—Nena, satisfácenos a los dos a la vez usando sólo las manos y la boca. Lo otro lo dejamos para luego —dijo Hugo—. Pero tenemos que corrernos los dos en tu boca, a ninguno nos gusta corrernos fuera. Aunque lo haremos, por supuesto, te someteremos a un bukkake de vez en cuando, ¿eh?

Yo estaba excitada de continuo, no me saciaba, y me había corrido ya tantas veces que estaba dispuesta a lo que fuera. Se recostaron los dos sobre grandes almohadones en la cama redonda y yo me puse de rodillas entre ambos. Tenía sus pollas en las manos, acerqué la boca a una y la chupé durante un par de minutos mientras masturbaba al otro. Después, al contrario. Ninguno de los dos me sujetaba la cabeza, pero yo me lo sabía de sobra y pensé que a Bruno le gustaría exactamente igual que a su hermano, y no creo que me equivocara. Después de unas cuantas alternancias fue Bruno quien dijo:

—Me voy a correr ya. —Adelante, hermano, yo me espero al siguiente turno. Me metí el pene de Bruno tan profundamente como pude y succioné con fuerza. Al momento sentí su esperma a chorros. Él jadeaba y se convulsionaba. Debí de distraerme con Hugo, porque de repente noté su mano sobre la mía apremiándome y seguí masturbándolo más deprisa, hasta que le oí decir.

—Suelta esa polla, que ya ha terminado y aquí tienes algo urgente que resolver. Me dirigió la cabeza y no me la soltó hasta que acabó de eyacular y un poco más.

Me levanté a beber agua. Ellos me miraban con fijeza, sonrientes los dos. Hugo satisfecho, creo, Bruno impresionado, me atrevería a decir. Hablé yo.

—Entonces, cuando os recuperéis, ¿me vais a regalar la doble penetración? Bruno se giró hacia su hermano. Hugo habló. —No pongas esa cara, tío. A ella le apetece y a mí también. ¿No nos irás a dejar tirados? Puedes elegir orificio, a mí me gustan los dos.

Me miró a mí entonces, tragó saliva y dijo: —No suelo practicar sexo anal, no encuentro a una que le guste. Y contigo... no quiero liarla. Preferiría la entrada tradicional, al menos esta vez.

—Como tú quieras. Al fin vamos a estrenar la banqueta. La banqueta es un mueble bastante más grande que una banqueta, acolchado y con la altura perfecta para esto porque, aunque en la cama se puede hacer, a Hugo le gusta así también. Hacia allá fuimos, porque se habían vuelto a empalmar. Hizo sentar

a Bruno y tumbarse de espaldas, yo me senté sobre él. Ni me planteé que se pusiera un preservativo, Hugo tampoco se lo pidió. Me metí su pene despacio, recreándome, él suspiró y me agarró para besarme, comenzamos a movernos despacio. Mientras tanto, Hugo se puso un preservativo y cogió el lubricante. No me lo puso a mí, así que deduje que se lo había puesto sobre el preservativo. Al momento sentí sus manos en mis nalgas. Me quedé quieta, Hugo, que estaba de pie, empezó a penetrarme despacio, mientras jadeaba, mi ano le quedaba a la altura perfecta. Yo también empecé a jadear, y Bruno se contagió. Debí de poner una cara rara, porque preguntó:

—¿Te duele? Yo sonreí. —No, ya no. Es una sensación tan extraña... parece que os estéis peleando por el espacio. Os noto muchísimo a los dos.

—Sí, vamos a tener que establecer una cadencia o nos vamos a chocar —dijo Hugo—. ¿Notas mi polla, Bruno?

—Sí, la noto. Qué sensación tan extraña... —Bien, pues cuando yo entre, tú sales y viceversa, ¿te parece? —A ver qué tal va. Yo asistía a la planificación expectante. Jadeante también. Miré a Bruno a los ojos y no quise pararme a pensar lo que veía en ellos. Sus manos se posaron en mi cadera y tuvieron que hacerse sitio con Hugo también, había superpoblación por todas partes.

Empezaron a moverse, despacio al principio, ambos acercando y alejando mi cadera sucesivamente, en perfecto orden. Dentro y fuera, dentro y fuera. Mi vagina inundada de lubricación natural. Mi recto inundado de lubricación artificial. Mis pezones erectos acercándose y alejándose de Bruno, mi primer novio, el hermano gemelo de mi marido. Me incliné para que su boca accediera a ellos y se aplicó con fruición a la labor.

No sé el tiempo que pasó, me corrí entre espasmos y algo parecido a escalofríos. Ellos se corrieron al mismo tiempo. Hugo se inclinó y se apoyó en mí, un sándwich de cuerpos perfectos y placer exacerbado. Sentí miedo.

Al cabo de unos minutos, habló Bruno. Estaba mirando al techo. —Esas poleas, ¿son para colgar cuerpos? —Exacto, para colgar a Adriana en concreto. ¿Os imagináis esto con ella suspendida y nosotros de pie delante y detrás de ella?

—¡Vaya! —exclamó Bruno. —No lo hemos estrenado —dije yo. Sólo habíamos usado el del dormitorio. —¿Quieres estrenarlo ahora? —preguntó Hugo—. Vamos a colgarte de las muñecas, para que no puedas tocarnos. Podemos hacerle cosquillas, o darle azotes.

—Hugo, para, pegar no. —Un poco, no seas aguafiestas. No lo olvides: nosotros te daremos mucho placer pero, no te equivoques, eres nuestra esclava. Nosotros somos tus amos y tú nos has de complacer en todo lo que te pidamos.

—No sé si quiero jugar —dije. —Claro que quieres. ¿Y tú, Bruno? —También.

Me colgaron, había todo un entramado de cuerdas y poleas, pero ese primer día usamos la parte más sencilla: enlazaron mis muñecas con unas cómodas correas acolchadas sujetas a una de las cuerdas y me suspendieron.

Rozaba el suelo con la punta de los pies y me daba vueltas sin querer con lo que veía a uno u otro hermano que siempre parecía el mismo, sobre todo así, en pelota picada.

—Estás preciosa, Adri —dijo mi marido. —¿No parezco un jamón? —De pata negra por lo menos. Bruno me miraba un poco extasiado. Vi que se le estaba poniendo dura otra vez. —Bruno, ¿me echabas de menos? —¿Por qué lo dices? —Porque eso que tienes entre las piernas te delata. —La verdad es que me he corrido dos veces y parece que haga meses que no follo. Yo creo que esta habitación tiene algo.

—¿Y cómo quieres correrte ahora? —¿Te puedo follar otra vez? —Vaginalmente sí, tan seguido por el culo no me sienta bien, dentro de un rato. También te la puedo chupar, si quieres. —¿Tú qué dices, Hugo? —Te dejo elegir. Yo no había dejado de dar vueltas. Me encontré a mi marido de frente, que me sujetó la cabeza con las dos manos y me besó como si quisiera alcanzar mi campanilla. Al mismo tiempo noté la erección de Bruno entre mis nalgas y cómo manipulaba un poco entre mis piernas. Me acarició el clítoris, me introdujo dos dedos en la vagina y los retiró enseguida para introducir su pene de un solo golpe seco. Gemí en la boca de mi marido, que abandonó la mía para asaltar mis pechos, que sujetaba con las manos, mientras mi cuñado me embestía desde atrás más deprisa cada vez y yo seguía rozando el cielo al que elevé la vista para encontrarme con el techo de espejos y mis muñecas atadas que me ponían a cien, y aquellos dos hombres iguales y espléndidos ocupándose de mi cuerpo por todas partes. Me sentí enloquecer de placer.

XIV

EL SEXO A VECES DUELE

Después de ese primer día vinieron más, muchos más. Y Hugo se fue animando e inventando cosas. Había dos arneses. Uno me lo ponían como si fuera una especie de sujetador, alrededor de mis hombros y de mis pechos, aunque no los cubría, claro, porque eran sólo tiras de tejido. El otro era el típico en el que se introducen las piernas y se abrocha a la cintura, como unas bragas, pero también sin tela. Y llenos de mosquetones para sujetar las cuerdas que colgaban de las poleas y se manejaban con otra cuerda para elevar y bajar mi cuerpo. Me colgaban en todas las direcciones, en todas las posturas. Normalmente con las manos atadas a la espalda con unas esposas. Expuesta por completo, indefensa del todo, en sus manos, ligada al azar de sus caprichos. Sobre todo del capricho de mi marido, que se fue metiendo demasiado en el papel y hasta me exigía que lo llamara Amo. Y entonces fue cuando los juegos empezaron a volverse peligrosos.

Un día estaba colgada sin arneses, pero con las manos atadas con las cintas de cuero, unos centímetros sobre el nivel del suelo, como casi siempre en esta posición, apenas rozándolo con la punta de los dedos, cuando vi a Hugo con un cinturón en la mano.

—Hugo, suelta eso. No quiero que me pegues. —Vamos, Adriana, sólo unos cuantos golpes. Seguro que te excitas. —Hugo, si Adri no quiere no lo hagas. —Bruno, tú cállate. Es mi mujer y yo mando aquí. —¿Yo no tengo derecho a opinar? Creo que soy una parte importante de esta relación.

—Tú eres un blando, pero bien que te gusta follártela por todas partes, así que no me vengas ahora con mojigaterías. No le voy a hacer daño, es sólo un experimento.

Me dio un golpe en las nalgas que apenas me dolió... de momento, porque empezó a arderme de repente. El problema fue que con aquel retardo, Hugo no se lo creyó. Ya me había dado un segundo latigazo cuando empecé a quejarme del primero.

—Vamos, Adri, que no cuela. —Te lo juro. ¡Ah! —recibí el tercero—. Para, para, me arde, te lo aseguro. Recién hecho no parece nada —me dio un cuarto, y un quinto, se me saltaron las lágrimas, al sexto grité.

Bruno no aguantó más, se interpuso entre los dos y agarró la correa en el aire antes de que volviera a impactar, esta vez contra sí mismo. —¡Basta, Hugo! ¿No la estás viendo llorar? Hugo había soltado la correa y estaba mirando los verdugones que ya “adornaban” mi piel. Yo no podía parar de llorar. Mi marido se apresuró a bajarme y desatarme las manos. Me derrumbé en sus brazos. Él me cogió y me llevó a la cama, me puso boca abajo sobre ella.

—Perdóname, mi amor, no quería hacerte tanto daño, de verdad. Como

estabas tan negativa pensé que mentías.

Bruno me soplabas las nalgas. La situación era bastante extraña. En aquella habitación había un frigorífico pequeño. Hugo sacó una lata de cerveza y empezó a pasearla con suavidad por mi magullado trasero. De repente, a pesar de todo, me sentí feliz por recibir tantas atenciones.

CUANDO EL SEXO SÓLO ES DOLOR

La mujer se retorció las manos y parecía hundida en el sillón. Me senté frente a ella y me miró con sorpresa.

—¡Vaya! Qué joven es usted. —¿Le supone eso un problema? —No, no, perdóneme. Lo que ocurre es que yo me siento mayor a veces. —No la encuentro a usted mayor. Pero no se preocupe porque estoy acostumbrada a que me lo digan. No sé si se ha fijado, pero tengo una preparación académica muy buena.

—Ya. Sí, académica. —También estoy casada, y me casé con veinte años. —¿Su marido es el de la foto? —Así es. —Es muy guapo. Le va a extrañar, pero no sabe lo que me gustaría que me contara usted cómo es su vida sexual matrimonial.

—Como comprenderá, no lo voy a hacer. E intuyo que de eso se trata: de su vida sexual con su marido. Puede contarme cualquier cosa. Le aseguro que no me voy a escandalizar.

Tardó un poco en empezar a hablar. —Mi marido... siempre ha sido muy activo sexualmente, y también es... un poco autoritario en el trato. Nunca me da opción a... negarme a nada.

A mí todo aquello me resultaba muy familiar, pero procuré mostrarme profesional.

—¿Tiene usted sexo que no le apetece? —¿Y quién no? En un matrimonio, quiero decir. —A ver si nos entendemos. Puede suceder que algo que de momento rechazamos o nos resulta difícil de asumir, resulta que nos gusta. Puede incluso hacernos sentir avergonzados, incómodos con nosotros mismos, pero mientras nos proporcione placer, no hay nada de malo en ello. Otra cosa es que aquello que no le gusta o le resulta difícil de poner en práctica, además no le guste en el sentido de que no le proporciona placer o incluso le provoca dolor o humillación. Eso sí es un problema, ¿cuál es su caso?

—Lamentablemente el segundo. —¿Y qué práctica sexual le resulta insoportable? La noté dudar. Seguí hablando yo. —Es más de una. Ella seguía callada. —¿Nada del sexo que comparte con su marido la satisface? Esperé que lo negara, incluso me dio la impresión de que iba a hacerlo, pero se echó a llorar. Yo le acerqué la caja de pañuelos de papel. La dejé llorar un poco antes de seguir, una vez más, hablando yo.

—¿Debo entender por su reacción que es así? La informo de que ya hace muchos años que en el seno del matrimonio se reconoce la existencia de delitos sexuales y se castigan. No tiene por qué soportarlo. Pero lo primero que necesito es que me lo cuente, porque quizá pueda ayudarla mucho más de lo que cree, y lograr que algunas de las prácticas que no la satisfacen, pasen a hacerlo. Le

aseguro que el sexo está repleto de placer. Deje de llorar, por favor. Y cuénteme. Se levantó del sillón. —Disculpe, acabo de recordar que tengo algo muy urgente que hacer. Lo siento muchísimo. Tengo que pagarle a su ayudante, ¿verdad? —Sí, pero... —Concertaré otra cita. Ahora tengo que marcharme. Y se fue sin llegar a contarme nada. Documenté la extraña visita en mi ordenador y aproveché para poner en orden algunos papeles antes de la entrada del próximo paciente.

Cuando esta mujer apareció en mi consulta llevaba más de dos años abierta y hacía ya un año que los gemelos y yo vivíamos aquella extraña y, a ratos, insana relación a tres. Mi experiencia sexual estaba pues en un punto álgido y, en principio, nada de lo que ésta u otros pacientes pudieran contarme podía sorprenderme.

Incluso para perversiones y parafilias me sentía preparada, tras haber sufrido en mis propias carnes algún que otro episodio desagradable. Pero la realidad siempre supera a la ficción, y lo que Elena Gilabert iba a traer a mi vida no me lo podía imaginar.

XVI

SEXO AL CUBO

Nuestra actividad sexual a tres era tan intensa que a veces nos agotaba, no sólo física, sino también mentalmente. Sobre todo porque cada vez iba a más. Hugo cambiaba su lenguaje al entrar allí y me llamaba “puta”, “perra” o “zorra” y me trataba cada vez con más brusquedad.

Por ejemplo, se sentaba en un sillón, desnudo por completo, enarbolando una erección temible, y me decía:

—Ven aquí que estás muy lejos de mí. Cuando estaba a su lado se enredaba mi pelo en una mano y tiraba para que me agachara, en teoría hacia su boca. Pero cuando estábamos a punto de rozar nuestros labios, se apartaba y me preguntaba, señalando a su hermano:

—¿Se la has estado chupando, puta? —ni siquiera esperaba mi contestación—. Sí, ¿verdad? Pues ya no me apetece besarte, come más que te has quedado con hambre.

Y me lanzaba contra su polla sin medida, moviendo mi cabeza con tanta violencia y tan deprisa que me hacía daño de verdad por varios sitios a la vez. Llegó a quedarse con mechones de mi pelo en las manos en alguna de estas maniobras, y a mí me asustaba. Aunque también me excitaba, lo que me asustaba más. Era una especie de bucle.

Bruno se horrorizaba a veces del comportamiento de su hermano, pero tenía erecciones sin parar e intensos orgasmos que le producían un placer que era adictivo, pero también lo dejaban agotado, y con cargos de conciencia, porque pensaba que aquello se estaba convirtiendo en una perversión sexual, y él era un hombre demasiado íntegro.

¿Y yo? A veces sentía que había perdido la dignidad, pero es que era un volcán en continua erupción, capaz de tener orgasmos múltiples que me dejaban sin fuerza y, si no estaba atada o suspendida, me caía al suelo como un fardo. Y mi marido me preguntaba, «te gusta, puta, contéstame si no quieres que te pegue» y yo le decía, «sí, Amo, me gusta mucho», y me sentía más húmeda cada vez y más sucia también.

Pero cuando salíamos de aquella habitación, del dormitorio prohibido, que olía a sexo y a depravación, mi marido recuperaba la compostura y sus manos se volvían caricias y su boca besos y piropos. Y yo, a veces, pensaba que se había vuelto loco y le tenía miedo.

Bruno debía de tener miedo de los dos, porque de forma periódica y normalmente tras una sesión de sexo más violento o más intenso de lo normal, o las dos cosas a la vez, se marchaba de Madrid y estaba fuera al menos una semana. Y ni siquiera nos cogía el teléfono. Pero cuando volvía se apresuraba a venir a vernos, y acabábamos en nuestro cuarto privado y ese día todo era

estupendo para los tres. Hasta que Hugo empezaba a desbarrar de nuevo.

Recuerdo un día que estábamos los tres tumbados en la cama, jadeantes y satisfechos y a mí se me ocurrió algo.

—¿Os imagináis que me quedara embarazada? No sabríamos quién es el padre del niño. Dos hermanos gemelos, vuestros genes deben de ser idénticos también.

—Estaría bien —dijo Bruno enseguida—, un hijo de los tres. Hugo nos miraba como si estuviéramos locos. —Una puta mierda es lo que sería. Adriana, ten cuidado, no descuides los anovulatorios, porque como te quedes embarazada te hago abortar, aunque tenga que hacerlo yo dándote una paliza.

Me miraba de un modo tan fiero que no me atrevía a replicar. Bruno sí. —Hugo, ya estás desbarrando. ¿Qué tendría de malo? —Basta, hermano, comparto muchas cosas contigo, pero te voy a decir dos que no voy a compartir nunca: el amor de mi mujer y un hijo. Recuérdalo bien.

Porque ésa era otra de las obsesiones de mi marido. —Tenlo en cuenta, Adri, con mi hermano es sólo sexo, a mí es a quien tú amas y así va a seguir siendo. Que no se te ocurra verte a solas con él, porque soy capaz de mataros a los dos.

Esto me lo dejó claro desde el principio. Por eso, la primera vez que recibí una de aquellas notas me dio un vuelco el corazón.

«Adri, mi amor, necesito que nos veamos a solas. Voy a estar esta tarde a las siete en el hall del hotel Plaza Castilla. No me falles. Tendré una habitación reservada.

Bruno»

Los dos hermanos se parecían en multitud de cosas y la letra era una de ellas. Además, al ser tan buenos dibujantes eran capaces de imitar cualquier cosa. Por eso, lo primero que pensé fue que la nota no era de Bruno sino de Hugo y que me estaba poniendo a prueba. Luego pensé que era absurdo. Más tarde volví a mi primera idea. No fui. Bruno no llamó. Mi marido se comportó de un modo natural. Aunque yo a las siete de la tarde estaba en casa y él no.

La próxima vez que Bruno estuvo jugando con nosotros lo analicé con detenimiento y no vi ningún comportamiento extraño y cuando, unos días más tarde, me quedé a solas con él un momento, le pregunté en susurros:

—¿Tú me enviaste una nota hace unas semanas? Su cara de extrañeza me confirmó lo que sospechaba. —¿Una nota? —No digas nada más. Es cosa de Hugo, me está poniendo a prueba.

Un mes después me llegó otra nota.

«Adri, mi amor, no me falles esta vez. Te juro que necesito que nos veamos a solas. Voy a estar de nuevo a las siete en el hall del hotel Plaza Castilla. No me falles, por favor.

Bruno»

Tampoco fui. Ni le volví a preguntar a Bruno. Y seguí recibiendo notas, sobre todo tras alguna de sus espantadas, pero nunca acudí a las falsas citas.

Llegó el día en que, por trabajo, Hugo tuvo que salir no sólo de Madrid, sino del país. Yo lo llevé al aeropuerto. Bruno tampoco estaba en Madrid, aunque él sí estaba en España, en Sevilla. Hugo lo sabía y por eso se iba más tranquilo. Lo que ignoraba era que yo conocía el nombre del hotel donde mi cuñado se hospedaba en Sevilla. Cogí el AVE y me planté en la capital del Guadalquivir.

Necesitaba hablar con Bruno, mi amante, mi primer novio, el hermano gemelo de mi marido, lo necesitaba desde hacía mucho tiempo, desde que era aquella niña de quince años en realidad.

Él no daba crédito cuando abrió la puerta de su habitación y me encontró en el umbral.

—¿Adri? ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha pasado algo malo? Le puse una mano en el pecho para que entrara y cerré la puerta. —Tú siempre pensando lo peor. Tenía que hablar contigo, desde hace muchos años.

Él pareció entenderlo y estar de acuerdo conmigo. Asintió con la cabeza y se acercó al minibar. Yo me senté en el sofá.

—¿Quieres una copa de vino? —Claro. Cuando tuvimos las copas en la mano volvió a hablar. —Tú dirás. Aunque no olvides contarme lo de la nota, me dejaste preocupado y han pasado meses.

—Sí, y he recibido muchas más, ahora estoy segura de que son de Hugo. —Pero, ¿qué es lo que dicen? —Me citas en un hotel, y me llamas mi amor. Y que necesitas verme a solas. Siempre lo mismo, ligeras variaciones. Más apremiantes cada vez. ¿Por qué no quisiste acostarte conmigo cuando salíamos juntos? —le solté de sopetón.

Se quedó callado, pero sólo un momento. —Eras muy joven y yo me iba muy lejos para mucho tiempo. Me pareció una cabronada.

—Podrías habérmelo contado y habérmelo pedido después. —¿Lo hubieras hecho? —Sí. Te quería mucho. Me gustabas mucho. Me hubiera gustado que fueras el primero.

—Pero lo fue mi hermano. Y se debió de enamorar de ti aquel día, hizo planes para los dos a largo plazo y sorprendentemente los mantuvo.

—Sí, es sorprendente. ¿Me querías, Bruno? —Claro que te quería. —¿Y ahora? —Ni me permito planteármelo, eres la mujer de mi hermano. —Bueno, pero nuestra relación no es precisamente la típica entre cuñados. —¿Cómo que no? De vez en cuando te doy por el culo... sólo que no es en sentido figurado como en el resto de familias.

Nos miramos en silencio, al principio sonreíamos, una sonrisa un poco triste, pero enseguida nos quedamos serios. Hablé yo.

—¿Qué haces cuando te marchas? —Estar solo, emborracharme, pensar en ti,

pensar en mi hermano. Pensar en mi puta vida.

—¿Y en tus tres matrimonios fracasados? —Adri, déjalo, por favor. Deberías irte.

—¿Y si huimos juntos del país? —¿Seríamos felices sin Hugo? —No lo sé. Pero a veces no somos felices con él. Nos quedamos en silencio unos minutos. Nos bebimos el vino. Hablé yo de nuevo.

—No vamos a acostarnos, ¿verdad? —No. Si Hugo se enterara... —¿Tenemos miedo de Hugo o de nosotros mismos? —No lo sé, pero da igual. —Me vuelvo a Madrid. —Se te va a hacer tardísimo. Seguro que el hotel tiene habitaciones libres.

—Lo sé, pero da igual.

XVII

CUANDO EL SEXO ES DOLOR, PLACER Y ENFERMEDAD

Las sesiones con aquella torturada mujer, Elena Gilabert, continuaron un tiempo. Solía venir una vez al mes o mes y medio.

En la primera tras su espantada inicial, me sorprendí de verdad al volver a ver su nombre en la agenda, y mucho más cuando la tuve sentada delante. Empezó a hablar enseguida.

—Me casé a los veintidós años, completamente enamorada de mi marido. Y creo que él también lo estaba de mí. Los primeros años fueron bien. Llevábamos una vida conyugal normal. Samuel es un hombre religioso y su objetivo era formar una familia conmigo. Yo quería lo mismo y lo quería a él, así que vivía feliz. ¿Satisfecha con mi vida sexual? —Yo no le había preguntado nada—. No conocía nada más, mi marido me trataba bien. En la cama... era apasionado. Si lo analizo con perspectiva yo a veces tenía orgasmos, a veces no. No era su objetivo principal, pero tampoco me negaba las caricias, los besos... Se quedó callada. —Considera el suyo un matrimonio normal, imagino que incluso habló con sus amigas.

—Sí. Ya le he dicho que mi marido es muy religioso, yo también soy creyente. Me casé virgen, nunca he estado con otro hombre. El sexo nunca fue lo más importante para mí. Era el conjunto, los planes de futuro.

Hizo otra pausa. —¿Quiere un vaso de agua? —Se lo agradecería. Cuando hubo bebido siguió hablando. —A los seis años de matrimonio empezamos a preocuparnos porque no llegaran los hijos. No usábamos métodos anticonceptivos. Teníamos relaciones varias veces a la semana. Era extraño. Yo propuse que nos hiciésemos pruebas médicas. Samuel me dijo que empezaríamos por mí. Fuimos a un ginecólogo, los dos, por supuesto.

»La búsqueda acabó pronto: yo no podía tener hijos. Mis ovarios funcionaban al ralentí y mi útero tenía malformaciones, era incapaz de albergar un feto. Nunca podría llevar adelante una gestación aun en el supuesto de que pudiera concebir, lo que eliminaba la posibilidad de una inseminación artificial o de una fecundación in vitro. Sólo cabía la adopción.

»Samuel se negaba a adoptar al hijo de otro. Él sólo quería carne de su carne. Le ofrecí el divorcio enseguida, pero él lo desechó al instante. La iglesia católica no lo permitía. Sólo cabía la anulación canónica. Le dije que lo hiciera, por supuesto. Se informó. No era motivo de anulación, sólo lo hubiera sido en el supuesto de concurrir engaño, si yo lo hubiera sabido y se lo hubiese ocultado. «Esto también es la voluntad de Dios», le dijo el obispo al que consultó el tema.

La voluntad de Dios, pensé yo. Pues menuda voluntad tiene ése. Pero no dije nada. Ella siguió hablando.

—Durante una semana entera no me dirigió la palabra. Apenas lo veía.

Llegaba tarde a casa y se marchaba temprano. Un día me dijo que había tomado una decisión. Me eché a temblar, había algo en el modo en que lo dijo. Me di cuenta de que ya no lo conocía, quizá no lo había conocido nunca. Samuel no era un hombre cariñoso, pero sí caballeroso. A muchos hombres les cuesta expresar sus sentimientos. En cualquier caso, no estaba preparada para el nuevo Samuel que estaba a punto de revelarse ante mí.

»Me dijo que ya que no le servía para uno de los fines del matrimonio, del principal, lo iba a complacer en otro... lo iba a complacer mucho. No me atrevía a preguntar, pero lo hice, y entonces me confesó que siempre había tenido fantasías sexuales y que las iba a hacer realidad conmigo. Que las cosas iban a cambiar, que iba a transformar una de las habitaciones de la casa, la que estaba destinada al bebé que nunca llegaría.

Elena se echó a llorar con desconsuelo. A mí lo de la habitación empezó a resultarme familiar. Me tranquilicé, pensé que tendría argumentos, recursos para ayudarla. Me equivoqué.

Aquella sesión acabó ahí. Con la transformación de la habitación en marcha. Por supuesto, él le prohibió entrar allí. Estaba cerrada con llave y sólo él la tenía. Ella lo vio traer cajas, grandes paquetes... no le contaba lo que había dentro.

No pude evitar recordar lo mío. Yo no vi a Hugo transformar el dormitorio prohibido. Lo hicieron mientras yo estaba trabajando. No sospeché nada, yo nunca entraba en las habitaciones que no usábamos, la asistenta se encargaba de su limpieza y no había nada más que hacer allí.

En posteriores sesiones, Elena me fue contando lo sucedido. El primer día que entraron en la habitación, Samuel le fue describiendo para qué servía cada cosa. Le enseñó una silla con brazos, de aspecto monacal o de sillería de coro, pero sin ningún adorno. En el asiento, dos apéndices, dos penes artificiales situados para penetrar en ano y vagina. La silla tenía además ligaduras en los reposabrazos.

Le mostró una mesa con los bordes acolchados y ligaduras en uno de los lados largos, nada más encima ni debajo de aquella extraña mesa.

Había más muebles y artilugios, como una silla baja que no le explicó para qué servía. Colgados de las paredes vio látigos, correas, fustas. Aquí y allá muebles con cajones que no abrió, y en el centro de la habitación unas cuerdas rematadas en muñequeras de cuero, que ella supuso iban destinadas a su propia tortura, pero tampoco preguntó.

Su marido le explicaba todo aquello como si de un nuevo electrodoméstico se tratara y a ella le resultaba inconcebible, porque el sexo entre ellos hasta el momento se había limitado a lo más tradicional. Ni siquiera habían practicado sexo oral, y escuchar a su marido hablar de sodomizarla con aquellas prótesis le parecía ciencia ficción.

Ella le preguntó si era algún tipo de broma o de cámara oculta y él le pegó una bofetada. Le dijo que a partir de ese momento no volviera a preguntar nada en esa habitación, se limitaría a seguir sus instrucciones y dejarse hacer, y que iban a empezar enseguida, que la había estado tratando entre algodones y ya era hora de que sirviera para algo. Le ordenó que se desnudara. Ella se quitó la ropa sin acabar de entenderlo, mientras tanto él se desabrochó los pantalones y se sacó el pene, ella vio que tenía una erección.

«Ponte de rodillas, puta y utiliza la boca para lo que debes, en lugar de ir haciendo preguntas estúpidas». Y le agarró la cabeza con fuerza e introdujo su polla en ella con brusquedad, la misma brusquedad con que empujaba su cabeza adelante y atrás. Pero no se corrió en su boca, ese día no.

La hizo levantar y acercarse a la mesa, inclinarse sobre ella y extender los brazos para atarle las muñecas. Ya no podía moverse, se quedó en esa posición exponiendo el trasero con ostentación. Él abrió un cajón y sacó algo. Más adelante se enteraría de que aquel artilugio metálico con forma cónica se llamaba tapón anal. Le separó las piernas con sus pies y con una mano tanteó entre sus nalgas mientras sostenía el tapón con la otra. Se lo introdujo de golpe. No era muy grande, pero tampoco la había lubricado. Ella gritó, él le dijo «calla, puta» y acto seguido la penetró vaginalmente y estuvo dándole fuertes embestidas sin sacarle el tapón hasta que se corrió. Él, por supuesto. A ella lo único que se le ocurrió mientras lloraba en silencio, fue pensar en que era todo un detalle que la mesa estuviera acolchada en los bordes, porque de lo contrario ya tendría alguna costilla rota.

Cuando la soltó le dijo que se quitara ella el tapón y lo limpiara. Él se marchó y la dejó allí, llorando y temblando, sin acabar de creer que hubiera sucedido de verdad.

En realidad, aquel primer día fue muy indulgente con ella. En los días sucesivos siguió dilatando su ano, pero con prisa, con artilugios cada vez más grandes y sin molestarse en lubricarla. Él no veía, como ella, los restos de sangre que limpiaba cuando se lo quitaba.

En la silla monacal la sentaba para que fuera penetrada a la vez anal y vaginalmente por medios artificiales, mientras él la obligaba a practicarle una felación. Las manos de ella atadas a los reposabrazos, las de él agarrando su cabeza con fuerza, embistiendo con su miembro la boca de ella sin piedad, produciéndole náuseas e incluso pequeños traumatismos que no podía ver pero que notaba en su garganta.

Se corría en su boca y le decía: «toma, puta, la simiente sagrada que llevas tantos años desperdiciando, aquí tienes todos esos hijos que no me has dado, zorra, todas esas criaturas que ya no perpetuarán mi apellido, mi recuerdo, mi linaje».

Pronto introdujo una variación que consistió en aplicarle en cuanto se desnudaba, unas pinzas en los pezones. «Esta es tu penitencia por unos pechos

inútiles que nunca cumplirán la función para la que Dios los creó: amamantar a nuestros hijos», fue la cruel sentencia que se le ocurrió el primer día y que de vez en cuando le repetía.

En la silla baja se sentaba él desnudo y a su mujer la hacía colocarse a cuatro patas. Su pene le quedaba a la altura de la boca de ella. La aferraba con una mano en la nuca, mientras en la otra sostenía una fusta, un látigo o una correa, con la que iba azotando las nalgas de su mujer y sus genitales, mientras le decía cosas como «chupa perra, chupa con ganas, porque por cada mamada te daré un azote. De ti depende los que recibirás. Cuando me corra dejaré de azotarte. Cuanto mejor me la chupes, más pronto acabaremos».

A medida que transcurrían las sesiones de sexo, de forma habitual una vez por semana —me estremecí cuando lo mencionó, una similitud más—, éstas se hacían más largas. Él tenía más erecciones, se animaba a sí mismo. Entonces empezó con las palizas. Consideró que las prácticas sexuales a su mujer cada vez le resultaban más sencillas de soportar y aunque se comportaba con mucha brusquedad, mucho desprecio y cubriéndola de humillaciones, terminó por decir que ella disfrutaba, que su cuerpo pecador se llenaba de goce y que debía purgar sus pecados con el dolor, con el verdadero dolor.

Empezó a colgarla de las cuerdas, las muñecas atadas por encima de la cabeza y amordazada, unas mordazas, que por lo que me contó deduje que eran fálicas, que llevaban también un falo o dildo incorporado para introducirse en la boca y hacerla más incómoda, también más erótica.

La mención de ese tipo de mordaza unido al ambiente un tanto medieval que desprendía aquella habitación, me hizo pensar en cierta trilogía literaria sado, revisión de un cuento infantil. Quizá Samuel la conocía.

Una vez colgada comenzaban los latigazos, en espalda y nalgas sobre todo, que Samuel Valera acompañaba de arengas y letanías del tipo «Arrepiéntete, pecadora, de tu concupiscencia. Purifica en el dolor las debilidades de tu cuerpo pecador, propio de las mujeres, sí, sois el sexo débil, pero corrompéis a los hombres con vuestras malas artes». Y cosas por el estilo.

Así, en aquellas sesiones conmigo, Elena consiguió superar sus propios tabús y me contó las prácticas sexuales a las que la sometía su marido y que yo documenté para conservarlo en mi archivo, como hacía con todos los pacientes.

Para mí eran sesiones dobles, porque cuando ella se marchaba, tras vomitar toda su mierda vital y derramar litros de lágrimas, yo desarrollaba mis notas en el ordenador, detallando todo cuanto me había contado con minuciosidad. Volvía a vivirlo y volvía a horrorizarme. Y no podía evitar compararlo con mi vida sexual, tan intensa, a veces tan extrema; de vez en cuando humillante, casi siempre llena de placer. Y cómo la curiosidad insaciable de un hombre como mi marido, su imaginación malsana a menudo, podía ser tan diferente cuando nacía del amor, como era su caso, a cuando nacía del odio, como era el caso de Samuel Valera.

Fueron tres sesiones en las que ella describió con evidente horror todo cuanto sucedía en aquella habitación prohibida de su casa, de la que sólo su marido seguía teniendo la llave. Pero en la cuarta sesión, la quinta en total, algo cambió. Consideré que después de haberla dejado hablar tanto, debía ser yo la que hablara, como profesional del tema.

—Elena, ¿le importa que la llame por su nombre? —No, claro que no. Lo prefiero.

—Llevamos ya varias sesiones en las que me ha contado tantas cosas que yo he podido llegar a algunas conclusiones. La primera es que, seguramente, la ayuda que usted más necesita es la de la policía, porque está siendo sometida a vejaciones, malos tratos, humillaciones y violaciones sistemáticas, que no debe seguir soportando, porque no existe ningún motivo para ello. En el siglo XXI no.

Hice una pausa. Miraba la cara de mi paciente y no sabía lo que veía, pero me descolocaba. Esperé a que ella dijera algo, pero no lo hizo. Continué.

—Su marido debería ser mi paciente, porque él es el que tiene un problema. No sé si es un sádico de verdad o si sufre algún tipo de trastorno, pero el modo de manifestar su sexualidad es patológico. Él sí necesita ayuda. ¿Cree usted que habría algún modo de plantearle...?

—No. Me quedé callada esperando a que continuara, pero no lo hizo. —Si su única opción es huir, hágalo, pero no puede volver a entrar en esa habitación. Él probablemente esté loco, y la va a volver loca a usted.

—Yo quiero entrar. Lo dijo mirando al suelo y en voz tan baja, que no estuve segura de haberlo oído.

—¿Cómo dice? Levantó los ojos hacia mí y vi que las lágrimas caían de sus bellos y tristes ojos.

—Digo que yo quiero entrar. Y me merezco que me pegue y que me castigue, porque yo soy un monstruo. Mucho peor que él —pensé que ya se había trastornado, abrí la boca, pero ella siguió hablando—. A veces tengo orgasmos. Y si no los tengo, en cuanto él se va tengo que... tocarme.

—¿Quiere decir que las prácticas sexuales a las que la somete su marido le gustan?

—Al principio no, pero... desde que se las cuento a usted, cada vez más. Ha sido como si las interiorizara y algo hubiera ocurrido.

De repente se echó hacia atrás para separarse de la mesa y se dobló sobre sí misma, escondiendo la cara en sus manos, y empezó a llorar cada vez más fuerte, entre sollozos y convulsiones, y siguió hablando, y tuve que esforzarme para entender lo que decía.

—Soy un monstruo, un ser repugnante y anormal y me merezco que me azote hasta desollarme porque sólo el dolor físico puede mitigar el dolor de mi alma, mi vergüenza, mi deshonor. Soy la peor de las rameritas, una puta insaciable, un desecho de mujer, basura repugnante.

—No diga eso, por Dios. —Si mis amigas supieran lo que ocurre en esa habitación y cómo me gusta... Y mi hermana. Si lo supiera mi marido. A veces ha sospechado algo y me ha dado más latigazos, sí, yo me los merecía, muchos más, pero si él lo supiera sería capaz de matarme... matarme.

—Elena. —¡Matarme! Yo misma debería matarme y acabar con esto, y permitir que Samuel rehiciera su vida con una mujer que le diera hijos y no lo obligara a comportarse así.

Elena Gilabert estaba fuera de sí, tenía la mirada de una loca de película. Me levanté de la mesa y la rodeé para acercarme a ella. Le cogí las manos y me agaché a su altura.

—¡Elena, míreme! —¿No le doy asco? ¿No le da asco todo lo que le he contado? Usted me decía hace un momento que el único enfermo es Samuel, pero no es verdad, ahora ya lo sabe, soy yo.

—Elena, usted no es un monstruo. —Pero, esa habitación... yo... —Yo tengo una habitación parecida. Se me quedó mirando, atónita, paralizada, me dio la impresión de que hasta las lágrimas se habían detenido en sus mejillas.

—¿Usted? —Sí. Tengo un dormitorio... especial, y un marido dominante con mucha imaginación.

—¿La ata? —Sí. Y yo no tengo tanto mobiliario como usted, pero a cambio... tengo un cuñado.

—No lo entiendo. —Mi marido tiene un hermano gemelo. —¿Y usted está con los dos a la vez? —Sí. Y me encanta. Pero, por favor, no me pregunte nada más. No debería haberle contado esto, pero no podía consentir que siguiera usted pensando esas barbaridades, que no son ciertas en absoluto.

Me incorporé, volví a rodear la mesa y me senté en mi sillón. Elena me miraba sin pestañear.

—¿Seguro que no se lo ha inventado para que no me suicide?

—Elena, nunca se me ocurriría tal cosa. De hecho, ahora que me lo ha confesado todo las cosas pueden ser más fáciles. Mire, aunque fue lo primero que pensé, a estas alturas yo pensaba que la reconducción del problema a través de su integración de buen grado en los juegos no era posible, ¡y ahora resulta que sí! Es maravilloso.

—¿Y lo de los gemelos también es verdad? Cogí mi móvil y busqué una foto. —Mire, aquí estamos los tres. Se la enseñé. Era una foto inocente, nada escabrosa. Estábamos vestidos y sonrientes, yo entre los dos hombres de mi vida, mirando a la cámara. Ellos mirándome a mí. Elena contemplaba la foto y una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Quizá sea por lo que me ha dicho, pero me da la impresión de que la miran igual de enamorados los dos.

—Bueno, de ese tema no vamos a hablar. —¡Vaya! —me miraba ahora con una

mezcla de pena y esperanza que me conmovió. Hizo una pausa antes de seguir hablando, como si reordenara sus pensamientos—. Cómo ha cambiado todo en un momento. Es como si me hubiera quitado un enorme peso de encima. ¿Sabe las veces que he pensado que sólo con que mi marido fuera un pelín más cariñoso en esas... sesiones, yo sería inmensamente feliz? Si pudiera manifestar lo que siento... Si sus manos me tocaran un poco. Si pudiera dar rienda suelta a lo que llevo dentro.

Yo la comprendía a la perfección, claro. Dar rienda suelta a su sensualidad y, por qué no decirlo, a su perversidad también, pero para lograr juntos el éxtasis. De esto hablaba Elena sin llegar a decirlo, sin saber expresarlo del todo.

Acordamos que intentaría disfrutar más, ahora que no se veía a sí misma como un monstruo, que analizaría sus sensaciones, y hablaríamos en la próxima cita de cómo planteárselo a él, si ella finalmente decidía que valía la pena afrontar su verdadera sexualidad.

No habría próxima cita, pero yo todavía no lo sabía. Por cierto, aquella última sesión en mi consulta la documenté exhaustivamente en mi ordenador, como siempre, pero omití mi propia confesión. Me limité a hacer constar que pude hacerla entrar en razón y conseguí que asumiera su sexualidad, diferente a otras, pero igual de válida.

Medité mucho sobre si era grave lo que había hecho, si había sido lo correcto o me había dejado llevar por la intensidad emocional. Tampoco encontré alternativa, algo que pudiera haber dicho o hecho para calmarla, en lugar de ponerme a su altura.

No estaba segura de nada, pero afrontaba el caso con optimismo. Desde luego, éste podía ser el mejor de mi carrera si tenía éxito. Menudo caso, a diferencia de la cantidad de reprimidos, frígidas, impotentes y eyaculadores precoces que se contaban entre mi clientela. Todos muy respetables, claro, pero demasiado tópico, semejante a los resfriados y las gastroenteritis de los doctores en Medicina.

XVIII

SEXO, SEXO Y SEXO (MÁS SEXO PARA TRES)

Al margen de mi consulta, nuestra extraña vida continuaba con la calenturienta mente de mi marido en completa ebullición y, cuando estábamos juntos los tres, las dos pollas gemelas en constante erección.

Un día me ataron de pies y manos a la cama redonda, boca arriba. Las piernas ampliamente separadas, mi cuerpo desnudo, por supuesto. Hugo empezó a hablar.

—Hoy eres un botín de guerra, una esclava sexual. Lo interrumpí. —Eso lo soy siempre. —No me cabrees, Adri, que te pongo boca abajo. Como iba diciendo, nosotros somos tus captores. Imagínate que somos un montón de rudos soldados hambrientos de sexo, y aunque sólo seamos dos, como nos vamos a ir alternando la cosa va a ir para largo, no lo dudes, ya nos conoces.

—No lo dudo. —Te vamos a ir follando... vía vaginal. Quiero ver cuánto aguantas. Mientras uno te folla, el otro se vuelve a empalmar. Te veo sonreír, ¿piensas que vas a ganar?

—No sé, pero la cosa suena bien. —No sonrías tanto o te prohibiré que te corras. —No, no, por favor, Amo. Y el que sonrió fue él. Se giró hacia su hermano, que tenía la mano derecha en torno a su pene, erecto del todo, por cierto.

—Caramba, hermano, te veo preparado. ¿Quieres hacer los honores? ¿Quieres ser el primero en follarte a esta zorra?

—Encantado. Empezó a acercarse a mí, pero de repente Hugo pareció recordar algo y lo detuvo.

—Espera, se me olvidaba una cosa. Van a ser muchos polvos y entre secreciones vaginales y esperma... no puede levantarse de la cama, levantarse equivale a rendirse. Vamos a usar condones, ¿te parece?

—Tú pones las reglas. Hugo sacó una caja y, en un momento, Bruno tenía puesto el preservativo. Me penetró con brusquedad, pero yo tenía tantas ganas que nada importaba, ni siquiera que se estuviera metiendo tanto en el papel que también me llamara puta y zorra y retorciera mis pezones con verdadera saña. Me corrí y él tardó un poco más de lo normal a causa de la barrera profiláctica y mientras lo hacía me provocó un chupetón en el cuello que me hizo daño.

—¡Qué buena idea! —dijo Hugo—, vamos a dejarle marcas también. Aparta. Él ya llevaba puesto el condón y me penetró también con toda la rudeza que pudo, pero yo seguía muy excitada y deseaba más, Hugo me hizo el chupetón cerca del pezón izquierdo y me hizo más daño todavía.

Así fueron pasando los minutos, los polvos y los chupetones. La contemplación del sexo en directo resulta muy excitante y ellos, que no necesitaban gran cosa para empalmarse, se iban dando cuerda el uno al otro. A

mí también me excitaba ver al otro hermano gemelo mirar mientras el uno me follaba. El que esperaba se acercaba a la cama y me besaba de vez en cuando, o subía y me paseaba la polla por la cara y a mí me excitaba más.

Perdí la cuenta, según Hugo llevaban cinco cada uno cuando llegado el turno de Bruno dijo que no podía más, que ya no se le levantaba.

—¿Nos vamos a dar por vencidos, Bruno? ¿Va a ganar esta puta insaciable? Pues vamos a hacerle un regalo de despedida. —Abrió un cajón, del que sacó el vibrador más grande que teníamos y me lo metió sin contemplaciones, y mirándome a los ojos dijo—: Adri, no voy a parar hasta que me ruegues que te lo saque, éste no eyacula y creo que la batería dura dos o tres horas sin parar.

Empezó a retorcerme los pezones con la mano libre y con algo más que saña. —Está bien, me rindo, pero habéis hecho trampa, y tú tienes muy mal perder. —¿Mal perder? Cariño, se me acaba de ocurrir algo para el próximo día. Me eché a temblar, porque la cara que puso cuando lo dijo tenía tela.

Cuando llegó la próxima sesión yo temblaba, desde luego. Mi marido sonreía de manera inquietante y la expresión de mi cuñado no la acababa de entender.

Volvieron a atarme a la cama. —Vuelves a ser una perra en celo, nena, pero hoy vas a suplicar que dejemos tu coñito en paz, porque vamos a aguantar mínimo el doble del otro día.

Y me enseñó un par de pildoritas azules. Supuse que era Viagra. Se las tomaron con un poco de agua.

—¿Eso no es peligroso a vuestra edad? —Una no pasa nada, sólo que se nos va a poner la polla dura durante horas y no vamos a dar abasto en relevarnos del calentón que llevaremos.

La previsión me produjo excitación y preocupación a partes iguales. —Hoy empiezo yo —dijo Hugo, que ya se había puesto el condón.

Cuando mi marido me anunció que ya llevaba dieciséis polvos, ocho por cabeza, saqué la bandera blanca.

—Me rindo, no puedo más. Por favor, dejad que me levante, necesito hacer pis. —Pero cuando vuelvas seguimos, mira cómo estamos nosotros... Se me fue el alma a los pies cuando los vi uno a cada lado de la cama, quitándome las ligaduras y enarbolando entre las piernas un par de penes tan erectos como si no hubieran follado en semanas.

—Depende, a ver qué pasa cuando me levante. En cuanto puse los pies en el suelo supe que no iba a poder continuar con la pseudo-violación masiva aunque perpetrada sólo por dos. Sentía un peso en mi entrepierna y, al moverme, algo de escozor.

—No voy a poder, por favor, no me obliguéis. Cuando salí del baño caminaba de un modo muy extraño. Los dos me miraban desde la cama, con sus erecciones

intactas y una expresión de pitorreo en sus atractivos rostros iguales.

—¿Estas escaldada, nena? —dijo Bruno. —¿Te hemos dejado fuera de combate, Adri? Hubieras hecho el ridículo con Mesalina —añadió Hugo.

—Dejadme en paz que os habéis pasado tres pueblos. Me gustaría meterme en el jacuzzi. Y no quiero más pastillitas azules. Nunca más, os lo advierto.

Hugo suspiró ruidosamente. —Qué aguafiestas eres. Vamos a tener que buscar otra chica, porque con una sola y defectuosa, no hacemos nada.

—Pues si tan defectuosa soy igual renuncio. —No me hubiera imaginado nunca que esto fuera a tener un efecto tan prolongado. ¿La tumbamos y le damos una tregua, Bruno? Una tregua de penetraciones, porque la vamos a poner en órbita igual.

—A mí me parece perfecto. Me tumbé en la cama y mi marido y mi cuñado se dedicaron a recorrer mi cuerpo con las manos y con la boca y volví a perder la cuenta, pero de los orgasmos que experimenté. Yo también les hice algún que otro servicio. Al final estábamos tan placenteramente agotados los tres que nos quedamos dormidos en la cama redonda.

XIX

CUANDO EL SEXO PUEDE SER LETAL

Se abrió la puerta con mucha brusquedad y un hombre entró y volvió a cerrarla de un portazo. Era alto y fuerte, oscuro podía ser su mejor definición, porque vestía con un traje gris marengo, tenía el pelo y los ojos muy negros, y emanaba algo malo, siniestro, fúnebre. Era guapo, pero la expresión de odio y de desprecio que mostraba le restaba belleza.

Me asusté. Yo estaba sentada en mi sillón, frente a mi escritorio, escribiendo en mi ordenador. No me levanté, pero fui la primera en hablar.

—¿Quién es usted? —Soy el marido de Elena Gilabert. —¿Y qué es lo que quiere? —Aléjate de mi mujer. Ella no va a volver, pero que no se te ocurra intentar contactar con ella. Deja de llenarle la cabeza de pájaros. ¿Quién te ha dicho que puedes meterte en lo que ocurre en un matrimonio?

—Soy una profesional y cuando una parte del matrimonio acude a mí yo la trato y...

—Una profesional... sí, una puta es lo que eres —rodeó la mesa y me obligó a levantarme agarrándome del pelo con violencia, seguía tirando mientras me hablaba a escasos centímetros de mi cara, acorralándome contra la mesa, su cuerpo pegado al mío—. ¿Quieres que te dé lo tuyo también, puta? Claro que a ti igual te gustaba demasiado.

No esperé más, empecé a gritar. —¡Sandra! ¡Sandra! Sandra abrió la puerta y no lo dudó un momento. —Voy a llamar a la policía. Samuel me soltó. Aunque no me había dicho su nombre, yo lo conocía, claro, su mujer lo había nombrado infinidad de veces.

—No es necesario, ya me voy. Pero no te olvides de lo que te he dicho. Deja de meter las narices en lo que sólo me incumbe a mí.

Y se fue sin mirar a nadie, mostrando su desprecio más absoluto.

Mi marido se enteró enseguida del incidente, porque Sandra se precipitó a contárselo en cuanto apareció por la consulta. Se mosqueó conmigo. Me obligó a detallarle lo sucedido.

—¿Por qué no me lo habías contado? —Son gajes del oficio. —¿Te ocurre esto a menudo? —La verdad es que es la primera vez. —¿Quieres que le dé una paliza? —Más bien iba a ser al contrario. Por favor, no la lées más, ese hombre es muy peligroso y está desequilibrado. Prométeme que no se te ocurrirá acercarte a él.

—Dime al menos cómo se llama. —Ni pensarlo, que nos conocemos. —Pero... —Basta, abrázame —lo hizo, y no sólo eso. Nos excitamos—. Voy a decirle a Sandra que vamos a estar un ratito ocupados.

Cuando volví a su lado Hugo me enlazó por la cintura. —¿Te llamó puta? —Dos

veces. —Eso es privilegio exclusivo mío. ¿Qué se habrá creído? —Qué cruz tengo contigo también. —¡Huy, sí! Una cruz... crucificarte no, pero te voy a empalar ahora mismo. ¿Cómo tienes el coño? —Chorreando. —Deja que lo compruebe.

Pasó un mes sin que tuviera noticias de aquel energúmeno. Ni de Elena, por supuesto. Tampoco intenté hablar con ella, no era procedente.

Pero cumplido el mes, a los pocos días sucedió. De nuevo se abrió la puerta y apareció en el umbral, más iracundo que la otra vez, con peor aspecto en todos los sentidos. Me levanté, pero me quedé tras la mesa aguardando sus movimientos.

—Ya lo has conseguido, puta. Mi mujer se ha cortado las venas. —¿Qué? ¿Está muerta? —Sí, y lo vas a pagar. —Si hay algún culpable es usted. Estaba frente a mí, al otro lado de la mesa, haciendo amagos de ir a rodearla por un lado o por el otro. Yo haciendo lo mismo. Sandra se asomó.

—La policía llegará enseguida, debería irse. Se giró, avanzó hacia ella y la derribó de una bofetada. Yo había cogido un jarrón, muy bonito por cierto, y me acerqué a él con la intención de rompérselo en la cabeza, pero volvió a darse la vuelta. Lo intenté, ya sin saber muy bien dónde iba a impactar. Interpuso su brazo izquierdo y le hice daño, pero nada grave. Me dio a mí una bofetada con el dorso de la mano derecha y también me caí al suelo, el jarrón rodó, intenté rodar yo también, pero él me agarró, me puso boca arriba y se sentó a horcajadas sobre mí. Vi a Sandra con el jarrón, ella sí se lo estampó en la cabeza.

Se quedó aturdido, paralizado unos momentos, pero no fue suficiente, no perdió el conocimiento. Me rodeó el cuello con las manos. Oía a Sandra gritar “suéltala, suéltala”, la veía tirar de sus brazos para que me soltara el cuello, pero sus manos me aferraban como grilletes. Me empezaba a faltar el aire cuando vi a un policía en el umbral, después a otro. Se precipitaron sobre él y ellos sí que me lo quitaron de encima. Me quedé en el suelo, tosiendo, paralizada de terror. Un tercer policía me ayudó a levantarme.

Sandra tenía un hematoma en la cara e imaginé que yo también. Nos sentamos las dos en el sofá. Ella lloraba y temblaba, yo también temblaba, no era capaz de articular palabra y ni siquiera oía al policía con claridad porque me zumbaban los oídos. Me pareció entender que había una ambulancia en camino y vi que me tendía un vaso de agua. Lo cogí.

Cuando llegaron los sanitarios ya me encontraba mejor. Me había mirado en un espejo y tenía un enorme hematoma en la parte izquierda de mi cara, sobre la mandíbula y la mejilla. También había otros moretones más pequeños rodeando mi cuello.

Nos examinaron a las dos y descartaron más lesiones, pero tomaron notas para hacer el informe para la policía. Los agentes nos hicieron fotografías. Me dijeron que mi marido llegaría enseguida.

—¿Mi marido? —el que faltaba, pensé. —Le hemos preguntado a su secretaria a quién debíamos avisar y ella nos lo ha dicho. También está su novio de camino.

Hugo apareció a los cinco minutos y estuvo presente en la declaración, que nos tomó otro policía de paisano. También el novio de Sandra estaba allí. Menudo espectáculo. Aquello se iba a extender por el barrio y yo no sabía si era bueno o malo para el negocio, pero me inclinaba por pensar que era malo.

Pronto peores consecuencias borraron estos negros pensamientos, en cuanto oí hablar al policía de paisano.

—Lamentándolo mucho, por las amenazas y las agresiones no podremos retenerlo mucho, incluso con el intento de homicidio. No sé cuánto tiempo podremos mantenerlo en prisión. Él alegará locura transitoria por el suicidio de su mujer.

—¿Cuándo ha sido? —Ayer. Anoche, cuando él volvió a casa a cenar se la encontré desangrada en la bañera. Aún tenemos que comprobarlo todo, pero...

—Háganle la autopsia. —Es obligatorio en estos casos, pero ¿por qué lo dice? —Busquen lesiones, antiguas o nuevas, que de todo habrá. Ese hombre es una mala bestia.

—¿Me está hablando de malos tratos? —Sí. Les daré una copia de su historial psicológico, de todo el material sobre ella que tengo en la consulta. Ella era mi paciente hasta que él le prohibió volver. Ni siquiera aseguraría que de verdad haya sido un suicidio.

—¿Cree que ha podido matarla él? —Es una mala bestia, es una mala bestia. Yo cabeceaba y no era capaz de coordinar del todo mis pensamientos. —Bueno, creo que ahora debería descansar. Necesito poner en marcha la investigación a la luz de todo lo que me ha contado. Mañana volveré. ¿Me tendrá preparada la documentación?

Dejé encargada a Sandra con las fotocopias y su novio pegado a su espalda, anulamos todas las citas y me fui a casa con Hugo.

Menos mal que se había contenido con el policía, temí que soltara algo como «si es que tendría que haberle dado una paliza».

Se lo comenté mientras me inspeccionaba los hematomas. —¡Qué hijo de puta! ¿Te duele? —Pues sí, voy a tomar un analgésico. Mientras lo hacía se puso demasiado cariñoso. Temí que en realidad le excitara mi aspecto. Con la de veces que había intentado pegarme, e incluso lo había hecho, mezclado con bromas para disimular.

—Nena, yo que pensaba proponer que introdujéramos un poco de estrangulamiento en nuestros juegos, asfixiofilia, se llama.

—Espero que eso sea una broma —sabía que no lo era. —Pues no. —Hugo, sé perfectamente lo que es el estrangulamiento erótico, que también se llama asfixia sexual, y es una parafilia muy peligrosa. Ni se te ocurra.

—Vale, perdona. Ya veo que no tengo que proponerlo. ¿Qué se siente? —Es espantoso y no quiero hablar más del tema, que no sé quién de los dos es más hijo de puta.

—Nena, no te enfades, que te quiero con locura y me muero por echarte un polvo.

Mi marido tenía el don de desconcertarme. —¿Y este polvo a deshora? —Nena, si te hubiera perdido —ya no bromeaba, ya no frivolisaba las cosas, veía con claridad la preocupación en su rostro—, si te hubiera pasado algo malo... Me siento feliz y ya sabes dónde me gusta celebrarlo todo, en el mejor sitio.

—Pero nos quedamos aquí, en este dormitorio. —Claro, mi amor.

Después, todavía en la cama, la conversación volvió a ponerse difícil. —Adri, deberíamos replantearnos lo de tu trabajo. No nos hace falta el dinero. —Para, ni se te ocurra pedirme que deje de trabajar. —Pero es peligroso. —¡Vamos! Esto ha sido algo excepcional, no volverá a ocurrir. —La policía no sabe cuánto tiempo lo podrán retener. —Hugo, según lo que ocurra ya iremos tomando decisiones, pero ahora no voy a tomar ninguna.

—Contrataré un guardia de seguridad. —¿Para mi consulta? Pues será un guardaespaldas. —Lo que sea. —Eso es excesivo, al menos por ahora. —Y no volverás a aceptar pacientes potencialmente peligrosos. —Tú no vas a decirme a quién puedo tratar y a quién no. —No me pongas a prueba, Adriana, te lo advierto. Soy tu marido. —Hugo, eres mi marido en una época y en un país de igualdad entre hombres y mujeres, no sé si te has dado cuenta.

—También soy tu Amo. Me tomé unos segundos para dilucidar si iba en serio o bromeaba. No llegué a ninguna conclusión.

—En nuestra intimidad, y sólo porque me da la gana. No desbarres. —No, soy tu Amo en todos los sentidos. Desde que tenías quince años. —No sé si te das cuenta de lo inoportunos que son tus comentarios en un día como hoy. Cada vez me recuerdas más a él.

—No. Tu placer es lo más importante para mí. —Dejémoslo en que es importante, pero estamos hablando de mi vida entera, de mi felicidad en otros sentidos.

—Creía que tu felicidad era la mía. —Por favor, vamos a dejarlo porque no nos va a llevar a ninguna parte, y me siento más cansada por momentos. Me gustaría dormir un poco.

—Duerme, mi amor. Y no olvides que te quiero muchísimo —me sonreía, pero su sonrisa no me tranquilizaba, y menos lo que dijo a continuación—. Voy a aprovechar para llamar a Bruno.

Éste sí que era el que faltaba. Tuve suerte, porque estaba de viaje de trabajo y no volvería hasta el viernes, pero las sesiones de este fin de semana sí que iban a tener tela.

XX

SEXO Y DELITO

Al día siguiente, el policía que la víspera se había presentado como inspector Márquez, acudió a mi consulta a recoger la documentación que le había prometido.

Estuvo hojeando el historial delante de mí, y yo veía cómo fruncía el ceño o hacía muecas de asco con la boca por lo que leía, deprisa y de manera fragmentada. Por fin, levantó la vista hacia mí.

—Estudiaré esto con detenimiento. También vamos a registrar la casa, por lo que puedo adivinar, aparecerán artilugios inesperados.

—De tortura, más bien. —Espero que no le importe si necesito hacerle preguntas sobre el tema o la fallecida, incluso sobre él. Ya me he informado y sé que es usted una verdadera experta.

—Así es, y no, claro que no me importa, estoy a su disposición en cualquier momento.

El fin de semana llegó demasiado pronto. Bruno entró en tromba y creí que él sí me asfixiaba, pero de un abrazo.

—Bruno, afloja, que no puedo respirar. Soltó un poco el abrazo, no del todo, y entonces empezó a besarme por toda la cara.

—¿Seguro que estás bien, Adri? Tienes unos hematomas tremendos, y eso que ya han pasado tres días.

Y me volvió a abrazar y pasó a besarme el cuello. La verdad era que se estaba poniendo demasiado cariñoso, yo esperaba que Hugo saltara de un momento a otro, al fin y al cabo le había prohibido enamorarse de mí.

—Pues sí que has venido tú moñas. Anda, suéltala de una vez, que me estoy poniendo celoso.

—¿Te pone más celoso que la abraza que que me la folle? —Pues sí, tampoco es tan raro, ¿no? Adri, tú que eres la experta, ¿qué opinas?

¿No tengo razón?

—Vamos a dejarlo, Hugo, porque tú, como paciente, también serías demasiado complicado.

—Cuéntame lo sucedido, Adri. —¿No te lo ha contado Hugo? —Sí, pero quiero oír la historia de tu boca. Lo de hace un mes no me lo contó, yo no sabía nada de esta paciente.

—Bueno, es que no hablo de mis pacientes. Tampoco con Hugo, lo que pasa es que, después de lo sucedido el mes pasado, tuve que contarle de qué iba la cosa, o no me hubiera dejado salir de casa.

—Y estoy dudando ahora si permitir que lo hagas —añadió el aludido. —Hugo,

no empecemos otra vez —me quejé. —La conversación del otro día no terminó. Seguro que Bruno está de acuerdo conmigo.

—Os lo advierto: si seguís con esto no voy a follar con vosotros en todo el fin de semana. Ya os lo podéis montar solos.

—Pues igual llamo a Tatiana. —Pues llámala. —¿Quién es Tatiana? —Una puta —dije yo. —Bueno —dudó un momento, supuse que sobre preguntar o no por la puta—, pero cuéntamelo, Adri.

—¡Qué cruz! Le conté lo sucedido tres días atrás, lo de hacía un mes y algunas de las cosas que me contó la difunta. Incluso aproveché para “chivarme” de la propuesta de su hermano sobre el estrangulamiento erótico. Bruno estuvo de acuerdo conmigo en que era una práctica demasiado peligrosa, por los riesgos, no sólo de muerte, sino de daños cerebrales irreversibles a causa de la hipoxia. Hugo se limitó a decir que éramos un par de sosos, y no entramos al trapo, lo que debió de dejarlo decepcionado.

Después, tengo que reconocer que el sexo del fin de semana fue más sentimental

que nunca, en el sentido de que los dos hermanos me transmitieron cariño junto al deseo sexual y me hicieron sentir valiosa y necesaria. Fue muy satisfactorio, yo creo que para los tres, aunque respecto a Hugo, yo sabía que era provisional, un inciso, un break que me haría recuperar otro día como el tirano capitalista del sexo que era.

HABLANDO DE SEXO CON UN INSPECTOR DE POLICÍA

La semana siguiente recibí otra visita del inspector Márquez. Pensé que venía a consultarme algo, pero me dejó de piedra.

—El caso está prácticamente cerrado y Samuel Valera no va a salir de la cárcel de momento.

—¿Qué quiere decir? ¿No se suicidó, la mató él? —No, no. Sí se suicidó, lamentablemente no hay duda, la autopsia lo ha confirmado, pero hay nuevos cargos contra el marido. No va a salir de la cárcel hasta el juicio, y después espero que lo condenen.

—¿Puede explicármelo mejor o es secreto de sumario? —No, si a eso he venido, a contárselo. Verá, al hacerle la autopsia... ¡Dios! Ahí afloró todo el sufrimiento soportado por esa mujer durante años.

—Tenía secuelas, ¿verdad? —¿Que si las tenía? Huesos rotos ya soldados, hematomas por todos lados, laceraciones de latigazos, huellas de desgarros anales, vaginales, incluso en la garganta había tenido desgarros y conservaba cicatrices y arañazos. Le faltaban varias piezas dentales y seguro que también ocurrió a golpes.

—Dios, qué horror. Pobre mujer. En lugar de intentar cambiar su vida sexual debería haberla convencido para que lo denunciara.

—Por lo que he leído en el historial lo intentó. —No fue suficiente, yo misma lo deseché —las lágrimas corrían por mi rostro—. No lo hice bien. Fui una estúpida.

—¿Por qué dice eso? ¿No irá a hacer caso de lo que le dijo el cabrón de Valera? No puede culparse de lo sucedido.

—No puedo evitar sentirme culpable. —Pues es absurdo. —No. Yo no podía ayudarla, me equivoqué por completo. Y crucé todos los límites.

—¿A qué se refiere?

—Hay... normas fundamentales. No hay que empatizar con los pacientes, no hay que intimar con ellos. Por eso yo me empeño en que ni siquiera nos tuteemos. Usted no sabe la de veces que los pacientes me han preguntado directamente: ¿esto lo hace usted?, o ¿esto cómo lo hace?, o ¿le gusta a usted esto? Y yo nunca respondo.

—Me lo puedo imaginar, tratándose del tema de que se trata, comprendo que podría convertirse en un intercambio de confidencias adolescentes nada conveniente.

—Exacto. No puede ser. Y yo comprendo que a veces a ellos pudiera venirles bien, que mi experiencia personal los tranquilizaría más que mil explicaciones teóricas, que mil definiciones científicas, pero no es posible, no lo hago nunca.

—¿Y lo hizo con Elena Gilabert? —Sí. Tras unas cuantas sesiones. Era tan curioso... ella y yo teníamos tantas cosas en común que a la vez eran diametralmente opuestas. Su vida y la mía eran como el positivo y el negativo de la misma fotografía. Y un día se puso al límite, la vi al borde del suicidio. No me pude resistir.

El inspector estaba muy sorprendido. —Pues no sé si lo entiendo. Y no aparece ninguna referencia en la documentación que tengo. Bueno, lo del suicidio sí, pero nada más.

—Ya, no lo he puesto por escrito y lo negaré sobre la Biblia, pero muchas de las prácticas sexuales eran las mismas, aunque no así el desarrollo y el resultado —me sorprendió a mí misma oírme decir lo que dije a continuación—. En realidad, ese cabrón y mi marido tienen más cosas en común de las que se imagina.

—La verdad es que me cuesta de creer. Y más habiéndolos conocido a los dos. —No se fíe de la cara de ángel de mi marido —me perdí en mis pensamientos y de pronto me volví a sorprender a mí misma, era como si no controlara lo que decía—. ¿Sabe? En cualquier práctica sexual, pero sobre todo en las más intensas, el miembro más activo de la pareja, el dominante, puede actuar de tres formas diferentes: buscando el propio placer, buscando el placer del otro, y el ideal: buscando el placer de los dos. »El dominante puede sentirse más preocupado por que el dominado obtenga placer que por obtenerlo él. O al menos buscar que suceda en primer lugar para asegurarse el éxito.

»Como he dicho, la opción ideal es cuando el que dirige desea que los dos miembros de la pareja obtengan placer de la práctica sexual.

»El primero de los supuestos es la peor opción, claro. Pero incluso en el comportamiento del que persigue sólo su propio placer puede haber dos variantes: aquél al que le resulta indiferente que su pareja también obtenga placer, y aquél que desea que no lo obtenga. Éste era el terrible caso de Samuel Valera, con todas las posibilidades que había tuvo que ser éste —de repente me pareció una estupidez haber soltado toda esta perorata—. Menudo rollo le acabo de meter.

—No me lo ha parecido así. Imagino que su marido pertenece al tercer grupo, al ideal.

—Casi siempre. —¿A veces al segundo? Sonreí con tristeza. —Ya le he dicho que no lo haga usted tan bueno. No, al primero. —¿Al primero? —Sí, a veces le dan ramalazos de egoísmo, pero se arrepiente enseguida y me compensa. A Elena nunca la compensaba. Yo me empeñé en explicarle cómo podía ser de otro modo, le hice concebir esperanzas. Teníamos planes y ni siquiera sé qué pasó, qué le hizo ese hombre para que al final acabara suicidándose, aunque me lo puedo imaginar.

—Usted hizo su trabajo, si ella hubiera buscado algo diferente a lo que usted le ofreció no hubiera venido aquí, sino a la policía. Deje de echarse la

culpa, porque me consta que no la tiene.

Me esforcé por dejar de llorar, por recuperar la profesionalidad. —En realidad, el paciente debería haber sido él. Todo era absurdo desde el principio.

—Pues de eso sí que no puede culparse, porque usted no la llamó, fue ella la que vino. No se enfade pero... al oírla hablar me he quedado con una duda tremenda: usted, con su dominante marido, en su casa, ¿también tiene una cámara de los horrores? —me quedé mirándolo en silencio, esbozando una sonrisa de incredulidad. Él la interpretó bien—. Yo no soy paciente suyo, a mí me lo puede contar.

—Sabe que no lo voy a hacer.

—Pues me quedo intrigado de verdad, porque estoy seguro de que algo hay. No repliqué nada. ¿Cámara de los horrores? No, pero sí un dormitorio prohibido y un hermano gemelo. Demasiado hasta para un policía. El inspector siguió hablando.

—Tengo que confesarle que me impresionó mucho el cuartito de la depravación que tenía montado en casa. Aunque ya había leído sus informes, verlo en directo, contemplar los artilugios, los instrumentos de tortura que tiene allí, esos aparatos para poder simular que su mujer mantenía relaciones con él y hasta con otros dos hombres a la vez, son espantosos, verdaderos instrumentos de tortura de la Inquisición.

»Y las mordazas fálicas de diferentes tamaños... Busqué los libros que usted cita, en los que se podría haber inspirado el marido, y me parecieron un poco desagradables. No los leí enteros, tampoco he tenido tiempo, pero hay cada escena... También me pareció científicamente imposible lo que cuentan, ¿no?

—Eso creo yo, como aquél de pintar como querer, pero en literatura, ¿no le parece?

—Sí, desde luego. ¿Ya está más tranquila? —Lo intento, no debo dejar que esto me afecte tanto, pero es difícil. —Hay algo más, ha aparecido lo que podríamos llamar la carta que el suicida deja antes de morir. Elena se la envió a su hermana el mismo día de su muerte, para asegurarse de que le llegaba pronto, pero no antes de tiempo. Carmen Gilabert vino a comisaría en cuanto leyó la carta.

Yo no sabía si alegrarme o echarme a temblar. Vi que el policía sacaba un papel del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Y qué dice la carta? —Le he traído una copia. —¿Una copia, para que la lea? —Para que la lea y para que la guarde en el expediente de la víctima. Es una manera de cerrar su caso también.

—¿Y no es ilegal o algo así? —La carta es propiedad de la hermana de la difunta y ella me ha autorizado a darle una copia. Si no me equivoco, en ella encontrará las respuestas que le faltan.

La cogí. —¡Vaya! No sé qué decir. Y no sé si me atrevo a leerla. —Elena Gilabert dice que se suicida porque ya no aguanta más lo que su marido le hace, porque

todo empeoró exponencialmente en las últimas semanas. Ya se ha convencido de que no puede cambiarlo a él y ha agotado todas sus vías de posible ayuda. Habla de él, lo describe a grandes rasgos como un monstruo. Le cuenta a su hermana el origen de todo, lo que yo ya había leído en el historial que usted me facilitó, y cómo ha ido degenerando su relación conyugal hasta llegar a un punto insostenible. La menciona a usted.

—¿A mí? —Sí, dice que es una gran mujer y una gran profesional en su campo, y que intentó ayudarla, aunque era imposible. Le agradece sus intentos.

De nuevo no podía retener las lágrimas. —Prefiero leerla después. —Lo comprendo. Y llore cuanto quiera, le hará bien. Claro que la psicóloga es usted. Me siento un poco estúpido dándole consejos.

—¿Ha estado mirando los diplomas que tengo colgados en la sala de espera? —Más que eso. La he investigado un poco. Era necesario, usted es un personaje clave en el caso. Tiene una trayectoria profesional impecable.

—Pues no sé cómo repercutirá en mi carrera este incidente. —A mí no me importaría que me diera algún consejo. Me he dado cuenta de que mi vida sexual es tremendamente convencional.

—Lo importante es que sea satisfactoria. —La verdad es que me dan ganas de venir a hacerle alguna consultilla. —Hágalo. A usted no le cobraría. —Mujer, ¿por qué no? Dar privilegios a la policía parece más propio de otros tiempos.

—Pero si usted me ha salvado la vida. —Eso lo hicieron mis compañeros, cuando yo llegué usted ya estaba a salvo. —Pero ha sido su investigación la que ha evitado que ese hombre pueda salir mañana libre y venir a rematar la faena.

—Visto así... —Usted no se imagina en el plan que se puso mi marido. No me extrañaría que me hubiera contratado protección, aunque le prohibí que lo hiciera. Hasta quería que dejara de trabajar, y yo no trabajo por dinero.

—Ya. Su entorno también lo he investigado, como se podrá imaginar. Pero yo no le reprocho su preocupación a su marido. Es usted una de las mujeres más guapas y encantadoras que conozco. Y lista. Y luego están esas cosas que sólo él sabe.

No pude evitar volver a sonreír. Por varias razones, una de ellas al pensar que no era Hugo el único que lo sabía, como afirmaba el policía.

El inspector Márquez debía de acercarse a los treinta años y era muy atractivo. No pude evitar que aflorara mi coquetería más femenina.

—¿Me está usted tirando los tejos, inspector? —Perdone si la he ofendido. —No me ha ofendido. —Es que desde que vi a la doctora Ochoa en televisión siempre me he preguntado cómo debe de ser eso de estar casado con una sexóloga.

—Pues puede ser una tortura, según se mire. Pero fíjese que le voy a hacer una confidencia de ésas que tanto desea. —Me tiene en ascuas. —Mi interés por la sexología no es previo a mis satisfactorias relaciones conyugales, ni

la razón de ellas, sino muy al contrario. Primero fue Hugo, después mi interés por la sexología. Él fue quien provocó ese interés. Nunca he tenido nada que enseñarle a mi marido, siempre ha sido al revés.

—Entiendo. La sexología es la teoría. Su marido la práctica. Y llegaron en orden inverso.

—Justo. Sí que nos ha investigado, ¿no? —Sí. Se casó usted muy joven.

—Mucho. Y ya hacía más de cinco años que nos conocíamos. —Entiendo. —Es la segunda vez casi seguida que lo dice. —Es que me deja usted sin palabras.

—Nos hemos metido en camisa de once varas. —Es verdad, permítame que recupere la profesionalidad. Lea esa carta, cierre el caso de Elena Gilabert y siga con su carrera. Y quizá algún día me anime a venir, pero siempre y cuando me cobre.

—Está bien. Gracias por todo.

XXII

SEXO EPISTOLAR

Mi querida hermana: Cuando leas esta carta estaré muerta. Te imagino con la mano en el corazón después de dar un respingo y sé que las lágrimas están a punto de desbordar tus ojos. Supongo que será inevitable que lo hagas. Pero si lloras no lo hagas por mi muerte, hazlo por mi vida, porque la muerte habrá sido una completa liberación.

¿Recuerdas lo enamorada que me casé? No sé si Samuel era un monstruo o se transformó por el trauma que le provocó saber que no podíamos tener hijos, porque mi cuerpo era incapaz de gestar una vida humana.

Ése fue el principio del fin, un fin que ha tardado casi tres años en llegar. Tres años en los que he pasado de la incredulidad al estupor, de la sorpresa al horror, de la desesperación a la esperanza, y al vacío, a la nada, de tanto como tuve que soportar. Pero basta, hoy he dicho basta.

En estos casi tres años, mi marido me ha sometido a toda clase de vejaciones y torturas de carácter sexual. No voy a darte detalles, Carmen, pero si tienes ocasión de venir a mi casa y ver la habitación "especial" que Samuel preparó para ello lo comprenderás.

Hace seis meses decidí visitar a una sexóloga, una mujer encantadora que también es psicóloga, Adriana Herranz, se llama. Habrás visto que acompaño a esta carta una tarjeta de su consulta, por si quieres preguntarle algo... sobre mí o sobre lo que quieras, porque te aseguro que es muy buena en lo suyo.

Sin ella me hubiera suicidado antes... y el caso es que probablemente hubiera sido lo mejor, porque temo haberla perjudicado, temo que mi marido le haya hecho daño, o pueda hacérselo cuando descubra mi cadáver. En cuanto leas esta carta debes ir a la policía a enseñársela, Samuel debe recibir un castigo. Es cierto que me voy a suicidar, que ya me habré suicidado cuando leas esto, que Dios me perdone, pero no dudes de que Samuel es el culpable. Es como si lo hiciera él con sus propias manos.

Con sus propias manos y muchos artilugios mecánicos me ha hecho mucho daño durante estos años, verdaderas violaciones, horrendas violaciones y peores palizas. Si la policía viene a mi casa y, como hacen en la tele, echan el producto ése que saca a la luz la sangre y otros fluidos corporales, lo que encontrarán en el cuartito del que te hablaba puede ser alucinante.

Te lo estoy explicando todo a saltos y te imagino perdida y descolocada. A ver si consigo centrarme. Tras la confirmación de que nunca seríamos padres, Samuel dio rienda suelta a una imaginación depravada y cruel. Tú sabes que yo era virgen cuando me casé con él y nunca he estado con otro hombre, incluso nuestro sexo matrimonial era tradicional en exceso. Pero todo eso cambió de la noche a la mañana y comenzó a someterme a todo tipo de prácticas sexuales,

incluido el sadomasoquismo.

Yo, al principio, pensé que no podría soportarlo, pero es cierto aquello de que nunca te dé Dios a probar lo que eres capaz de soportar. Cuando empecé a visitar a la doctora Herranz y conseguí contarle lo que ocurría en mi matrimonio, me di cuenta con sorpresa de que hablar de ello me ayudaba a sobrellevarlo, más que eso, empezó a gustarme.

Ahora te imagino horrorizada conmigo, pero es la verdad. La pasión es intensa y a veces sucia. Supongo que también el propio paso del tiempo y el adiestramiento de mi cuerpo contribuyeron a que empezara a gustarme, algo así como la evolución para sobrevivir.

Pero al mismo tiempo que mi cuerpo sentía cosas que no eran desagradables, mi mente se desquiciaba más. En la última sesión con Adriana me desbordé, estaba decidida a acabar con mi vida y así se lo dije. Pero ella me convenció, consiguió que superara los tabús que sólo estaban en mi mente y empecé a ver las cosas de otra manera. Pensé que había una solución para mi matrimonio, una salida. Que Samuel y yo podíamos ser felices precisamente a través de lo que al principio eran vicios inasumibles para mí.

Él sólo tenía que poner un granito de arena de voluntad, un mínimo cambio, una sonrisa, una caricia, una palabra cariñosa, en medio de todo lo demás. Me equivoqué por completo.

El día que se dio cuenta de que para mí ya no era una tortura, al menos todo el tiempo, sino que en algún momento yo obtenía placer, estuvo a punto de matarme. Me dio una paliza como consecuencia de la cual acabé sangrando por varios sitios y me dejó la espalda en carne viva a latigazos.

Tuve que contarle la existencia de Adriana y temo que le haya hecho algo, porque me dijo que le había hecho una visita y que no esperara ninguna ayuda por su parte.

Yo no podía ponerme en contacto con ella, me había amenazado muy en serio, me había quitado el móvil y desconectado el teléfono fijo, y no tenía dinero ni para coger el autobús. Si no hubiera tenido sobres y sellos en casa, no hubiera podido enviarte esta carta. Bajar al buzón ya me ha costado un mundo, porque me tiene aterrorizada y hace semanas que cojeo a consecuencia de una de sus palizas, creo que tengo algo malo en la pierna, pero ¿qué importa ya?

Por favor, dile a la policía que proteja a Adriana, si aún estamos a tiempo de evitar que este monstruo le haga daño.

Voy a cortarme las venas. Tengo una cuchilla de afeitar. Dentro de un rato me tomaré un par de pastillas, me meteré en la bañera y abandonaré este mundo que, para mí, se ha convertido en un verdadero valle de lágrimas.

Ya no puedo soportarlo más, no tengo nada, salvo dolor, y me he convencido de que no tendré nada más que dolor y sufrimiento, que mi marido está loco y es peligroso, que le gusta hacer daño y yo ya llevo demasiado tiempo

sufriendo.

Dale las gracias de mi parte a Adriana, dile que ella hizo lo correcto, pero en la vida real el bien rara vez triunfa, sólo espero que la policía y los jueces puedan castigarlo en esta vida. En la otra, lo estaré esperando yo para hacerlo, pero me gustaría que, en este mundo, también sufriera un poquito.

Perdóname. Te quiero mucho.

Elena.

INCLUSO EL BUEN SEXO PUEDE DOLER

En el dormitorio prohibido, positivo de la fotografía cuyo negativo era la cámara de los horrores de los Valera-Gilabert, como la había bautizado el inspector Márquez, continuaba la actividad.

Hubo un tercer día de competición/violaciones continuadas y no sabría decir por qué, pero yo estaba más nerviosa que los días anteriores.

Se había distanciado de las dos veces anteriores, en parte por todo lo sucedido con el marido de Elena Gilabert, pero a mí no se me olvidaba cómo había ido degenerando la idea del primer día.

—¿No habrás traído más Viagra? —No, dijiste que no querías que volviéramos a tomar. —¿Y no hay ninguna sorpresa? Yo ya estaba atada a la cama y ellos ya estaban empalmados. Aquella habitación les producía un efecto...

—La verdad es que sí. —Ya me parecía, ¿y qué es? —Unos preservativos especiales. —¿Especiales? —Sí, con efectos especiales, bultitos, polvos pica-pica... —¿Papel de lija? —Quizá haya alguno así —la sonrisa de Hugo no tenía nada de beatífica. —No tiene gracia. —Claro que sí. —Bruno, ¿tú no tienes nada que decir? —Yo... no sé, ya sabes que es Hugo quien lo organiza todo. Como mucho puedo decir que si en algún momento no puedes soportarlo me apartaré.

—Como se te ocurra hacer eso no vuelves a jugar —amenazó mi atento esposo. —Hugo, tampoco es cuestión de hacerla sufrir.

—Sufrir forma parte del placer. Lo que voy a hacer es amordazarla a ella y taparte a ti los ojos.

—¿Crees que no sabré si sufre por no verla? —Es verdad, es inútil, y tampoco será para tanto. ¿Quieres empezar tú hoy? Coge un preservativo al azar.

Lo hizo y cuando lo tuvo puesto comentó: —Tiene una especie de polvito. —Pues arrea, que ahí tienes un coñito ansioso chorreando líquido con el que hacer reacción, y tú cállate, Adri, no lo desconcentres con comentarios. A ti sí que te voy a poner la mordaza.

Dicho y hecho. Intenté evitarla sacudiendo la cabeza, pero con las manos atadas lo tenía difícil.

En cuanto Bruno me penetró empecé a tener sensaciones, unas más agradables que otras. Tan pronto me ardía como me congelaba, pero no se podía calificar de doloroso, era... extremo a veces. Yo resoplaba con la mordaza puesta, que me hacía salivar y tenía que esforzarme por tragar la saliva, pero tuve un orgasmo brutal y un puntito doloroso al final. Pensé que no iba a resistir mucho con aquellos preservativos. Cuando Bruno se corrió ya estaba Hugo apremiándolo para que se levantara con el preservativo puesto. Me informó.

—En este no he percibido polvitos, pero sí tiene bultitos, bultazos diría yo.

Desde luego, lo vas a sentir.

Y vaya si lo sentí, con lo sensibilizada que tenía la vagina por el anterior, me dio la sensación de que mi marido me llenaba como nunca. En un momento dado me dijo:

—Nena, se te cae la baba, pero de verdad. Se me había olvidado tragarme la saliva con aquel instrumento del demonio en la boca. Cuando Hugo se corrió entre sonoros gemidos, Bruno abrió el preservativo que tenía en la mano y de pronto exclamó:

—¡Este condón está helado! Es increíble. En cuanto lo tuvo puesto, Hugo acercó la mano al pene de su hermano. —Con tu permiso, hermano. ¡Caray, es verdad! Pues como tardes mucho me voy a aburrir... Tira.

El pene de mi cuñado estaba frío, desde luego, y a mí me pareció un alivio de repente. Al cabo de unos minutos sus embestidas empezaron a hacerse dolorosas. Yo debía de estar poniendo caras raras, porque de repente él empezó a succionar mis pezones, a hundir la cabeza en mi cuello... todo para no verme la cara. Intenté concentrarme en el placer, aunque no me resultó fácil. Me pareció que tardaba horas en eyacular. Empecé a sentirme muy cansada.

Mi marido, por supuesto, no me dio tregua. —Este también tiene un polvillo... polvo para un buen polvo —dijo con una gran sonrisa en la cara, y me penetró sin miramientos.

Aquello debía de ser una especie de polvos pica-pica, empecé a sentir un picor insoportable. Intenté quejarme, pero mi marido no me hizo ni caso, se puso a embestirme con una cadencia enloquecida, como si a él también le picara e intentara rascarse así, aunque no ponía mala cara. A mí se me caían las lágrimas. Aquel juego ya no me hacía ni puta gracia.

Cuando al fin se desplomó jadeante sobre mí, Bruno dijo: —Voy a llenar el jacuzzi, creo que a Adriana le hace mucha falta, y no te atrevas a oponerte Hugo.

Y había tanta seguridad en su cara, que su hermano no se atrevió a replicarle. Sólo habían sido cuatro coitos, pero me dejaron hecha polvo. Tanto que el resto de la semana no soporté una sola penetración vaginal. Mi marido, una noche me dijo:

—Nena, voy a denunciarte por negarme el débito conyugal. —¿El débito conyugal? Pues yo voy a denunciarte a ti por violación y malos tratos.

—Tú sí que me maltratas, anda, chúpamela al menos. Bruno se había marchado a uno de sus viajes. Supuse que lo había afectado ser capaz, como lo había hecho, de ignorar de forma consciente mi sufrimiento.

XXIV

MÁS SEXO LABORAL (QUE NO EN EL TRABAJO)

—Pues usted dirá, señor Menéndez. ¿En qué puedo ayudarlo? —Verá, tengo... un problema de erección. —¿Qué tipo de problema? —No se me... levanta. Y cuando lo consigo, no me dura nada. —Entiendo. ¿Y hace mucho que le ocurre? —Varios meses. —Verá usted, este tipo de problema a su edad y discúlpeme, no quiero decir que sea usted mayor, pero ya no es un niño, suele ser algo físico. Debería usted consultar a un urólogo. Lo más probable es que le recete algo.

—¿Viagra? —Depende de su estado de salud. En cualquier caso, ya sabe que yo no soy médico, no puedo recetarle. No tengo ni capacidad ni conocimientos para hacerlo.

—Pero quizá, antes de llegar a la medicina, usted podría darme algún consejo, para mí o para mi mujer.

—Bueno, vamos a ver. Cuénteme cómo ocurre. Intentan tener relaciones, se lo pide ella...

—No, ella no me pide nada. Soy yo quien lo intento. —Porque le apetece. —Sí, me apetece, pero no me aguanta, ya le he dicho, no me responde y cuando lo hace no me aguanta.

—Me está hablando de su pene. —Sí, sí, por supuesto. Perdona, es que me da un poco de apuro. —Lo entiendo, no se preocupe. Y su mujer, ¿qué hace? —Poca cosa, y precisamente por eso discutimos. —¿Qué querría usted que le hiciera y no le hace? —Pues que pusiera más de su parte. Lo intenta con la mano, se restriega, pero sin entusiasmo. Yo querría que lo intentara con la boca, que me hiciera algún numerito erótico...

—Antes de tener estos problemas, ¿lo hacía? Por ejemplo, ¿le hacía felaciones?

—¡Oh, sí! Claro que sí, y hasta el final, ya me entiende. —¿Quiere decir que eyaculaba en la boca de su mujer? —Eso es, pero porque ella quería, no se vaya usted a creer. Le ponía tanto entusiasmo que a veces era incluso demasiado breve, yo acababa enseguida. ¡Qué tiempos aquellos!

—La verdad es que sin conocer la versión de su mujer no sé qué decirle. ¿Lo ha intentado viendo películas porno?

—Sí, a propuesta de mi mujer, precisamente, pero es que casi es peor, porque los veo ahí con esas trancas... es contraproducente.

—Entiendo. Y dice que su mujer no se queja, o sea que no parece suponerle un problema.

—No, pero... digo yo que lo echará de menos. No sé. Debería venir con ella, ¿verdad?

—Pues sí. Si no quiere ir al urólogo, al menos debería estar aquí la

interesada para que nos cuente lo que opina sobre el tema. ¿Se masturba usted?

—Sí, claro, mucho. A ver si al final enderezo esto, nunca mejor dicho. ¿Debería dejar de hacerlo?

—No, no. En todos los problemas de disfunción eréctil o de eyaculación precoz es bueno masturbarse, para conocer el propio cuerpo y controlar sus reacciones. Pero mastúrbese con calma, y no se preocupe, no repercutirá negativamente en sus relaciones de pareja, al contrario.

—Bueno, pues llamaré para venir con mi mujer.

Unos días después me sorprendió cuando Sandra me pasó una llamada y me dijo que era el señor Menéndez, que necesitaba hablar conmigo sobre su próxima visita.

—Verá, resulta que mi mujer dice que quiere ir, pero sola. Eso es buena señal, ¿no cree? Ha accedido enseguida.

No me pareció tan buena señal, pero no le dije nada. Volví a pasarlo con Sandra para que anotara la cita.

Cuando la señora de Menéndez cruzó la puerta de mi consulta me cayó bien, sin poder explicar por qué, ya que no habíamos cruzado una palabra. Era una mujer madura, pero bella, tenía una luminosa sonrisa y vestía con elegancia. Me pareció que tenía clase, más que su marido. Nos dimos la mano y se sentó al otro lado de mi escritorio.

—Me alegro mucho de que haya accedido a venir. —Ya, bueno, dígame, ¿qué le ha dicho mi marido? —Perdóneme, pero es mi paciente, me debo al secreto profesional. No puedo contarle con detalle lo que hablamos, y el problema de fondo supongo que lo tiene claro.

—Su impotencia, supongo. —Dicho con toda crudeza. —Y lo que yo le cuente, ¿se lo va a decir a él? —Deduzco que usted tampoco quiere que lo haga. —No, por supuesto. Me erijo en paciente suya en este mismo momento, de hecho su asistente me ha abierto ficha, en cuanto salga pienso pagar la consulta, y ya está, ¿no?

—Si se empeña en que así sea, por supuesto. Usted dirá. —No me apetece tener relaciones sexuales con mi marido. —Clara y directa. Algo así me imaginaba. ¿Y por qué? —Quizá nunca debí casarme con él. —¿Y por qué lo hizo? —Bueno, era el mejor amigo de mi hermano mayor, de hecho se asociaron al acabar sus carreras. Era guapo, e inteligente. Y muy simpático.

—Son buenos argumentos, no se puede negar. ¿Cuánto tiempo llevan casados? —Veintiocho años. —¡Caramba! Pues para creer que fue un error... —La estoy descolocando, ¿verdad? —Pues sí.

—¿Cuántos años tiene usted? Perdone, pero no creo que le importe decírmelo, porque parece usted muy joven.

—Veintisiete. —Yo tengo cincuenta y mi marido cincuenta y seis. Durante mi

generación o quizá unos pocos años antes, fue cuando empezó en España la presunta liberación de la mujer, y a partir de nosotras no sé muy bien cuántas generaciones más, pero considero que todo se convirtió en una mierda. —¿Qué quiere decir? —Mire, le voy a contar una anécdota. Hace ya bastantes años vino a cenar a casa un cliente de mi marido con su familia. Algo muy habitual. Yo a la mujer la conocí esa noche. En un momento dado, nos quedamos solas en la cocina, recogiendo. Ellos estaban a lo suyo. Dadas las circunstancias acabamos hablando del gran tema: allí estábamos nosotras, en la cocina, mientras los hombres se divertían. Ella se animaba por momentos, empezó a decir que éramos muy desgraciadas, porque se nos exigía que fuéramos supermujeres, y era agotador.

»Tenemos que tener buenos trabajos para ganar mucho dinero, me dijo, lo cual además nos exige tener buena presencia, debemos ser buenas amas de casa, y mejores madres. Y putas en la cama. Es demasiado por donde lo mires.

»Lo de las putas lo dejó para el final y lo dijo con énfasis, con intención. Me dio la impresión de que el matrimonio no atravesaba un buen momento en este tema. Nos acabábamos de conocer y no me parecía oportuno profundizar en el tema. Me daba miedo lo que pudiera llegar a decir, ella o yo. Y no hice ningún comentario, ella tampoco.

»Pero es significativo, y completamente cierto. Mi madre y sus antecesoras lo tenían muy fácil. Se les suponía que el sexo no les gustaba, era su obligación y punto. Se limitaban a abrirse de piernas. Si les gustaba, mejor para ellas, si no, no pasaba nada, nadie se lo iba a reprochar.

»Ahora es lo contrario: se nos presupone que el sexo nos gusta. Y no es un invento de los hombres, sino nuestro. Hemos sido nosotras las que nos hemos empeñado en reivindicar nuestra sexualidad, nuestra liberación sexual. ¡Vaya mierda! Lo mismo que la liberación a través del trabajo fuera de casa. Yo tengo una carrera y un buen trabajo, pero a menudo me tienta la idea de ser una mantenida. ¿Y el sexo? Bueno, eso no es tan sencillo.

Se quedó callada. Decidí intervenir. —¿Por qué no le apetece tener sexo con su marido? —Mi marido ya no me pone. Usted lo ha visto, está un poco calvo, tiene sobrepeso... veintiocho años son demasiados. El sexo es química, ¿no? —yo asentí—. Es acercarse a la otra persona y sentir que se te acelera el corazón, que te sube una oleada de adrenalina que te dirige hacia su boca como un imán, no sé. Yo me acerco a mi marido y como mucho notaré si huele mal.

—También ha dicho que no debió casarse con él, a pesar de que parecía tener muchos atractivos. El sexo no era uno de ellos, ¿me equivoco?

—No. El sexo ha sido siempre un poco decepcionante, desde el primer día, que no fue precisamente nuestra noche de bodas, como se puede imaginar, así que no tengo disculpa.

—Imagino que no fue el primero. —No, hubo otros antes. —¿Y nunca tuvo buen sexo? —Hace tanto tiempo que no lo recuerdo, la verdad. Quizá el problema

siempre ha estado en mí. Y claro, está el añadido de que las mujeres de mi generación no podemos limitarnos a abrirnos de piernas, un montón de principios nos lo impiden, al menos a mí, así que nos dedicamos a fingir, fingimos entusiasmo, fingimos deseo, jadeos, gemidos, todo patético.

—Pero hay cosas que no se pueden fingir, la lubricación, por ejemplo. —Sí, en ese sentido yo tengo suerte, me lubrico con mucha facilidad, así que él no se entera de si me apetece más o menos.

—No, la verdad, es que su marido está completamente despistado. Me comentó que compartían un sexo oral muy bueno.

—Querrá decir que yo se la chupo bien. —Bueno, sí —deduje que no era recíproco, y la verdad era que él sólo habló de felaciones.

—Lo prefiero, sobre todo porque así lo abrevio una barbaridad. Ya hace años que mi marido tiene problemas de erección, en el sentido de que no es capaz de repetir. Una vez y punto. Claro, le hago una mamada y en un momento lo tengo listo, y a otra cosa. Lo prefiero, porque con el coito a veces se alarga y acabo por hiperventilar, me da un dolor de cabeza...

No pude evitar sonreír, ¡Dios! Vaya mujer. Me había impresionado antes de hablar, pero es que no tenía desperdicio, me pasaría el día escuchándola.

—Estoy asombrada. ¿Nunca ha pensado en divorciarse? —Verá, es que... lo quiero. Lo quiero de verdad, si no lo quisiera tanto otro gallo cantaría.

—Quizá pueda darle algún consejo. —Mire, tengo juegos sexuales, con los que hemos jugado muchas veces, me he disfrazado, he montado numeritos, he llevado tanto la iniciativa, que eso también ha acabado por quemarme. Mi marido no tiene mucha imaginación, si la hubiera tenido todo hubiera sido de otro modo. —La veo muy preparada.

—Es un tema que siempre me ha interesado. Me gusta la literatura erótica, estoy al día en el tema. Me gusta el porno incluso y eso que dicen que a las mujeres no suele gustarnos, aunque yo ya no me creo nada. Lo malo es que me doy de bruces con la realidad.

—Entonces, ¿tiene usted un trauma, una frustración? —Bueno, tengo consuelo. —¿Tiene un amante? —Varios, pero son electrónicos. —Entiendo. Y lo del amante, ¿por qué no? —No se ha terciado. No soy de salir con amigas o compañeros de trabajo, con lo que no tengo ocasión. Y en mi entorno laboral o familiar no hay posibilidad, nadie que me atraiga. Y si no lo he hecho en estos años, no me voy a poner a buscar ahora, a mi edad.

—Usted no aparenta su edad. —Déjelo, ¿qué voy a encontrar? Los hombres mayores que yo difícilmente me van a gustar, y no voy a buscar jovencitos, mi dignidad me lo impide. En cualquier caso, no le voy a negar que si se terciara seguramente no lo dudaría. Por el momento, tengo orgasmos fabulosos, no se preocupe por mí. Y con la impotencia de mi marido todo era perfecto, podía librarme del débito conyugal, pero era demasiado bonito para durar, porque él

todavía es joven.

—La verdad es que me ha dejado usted sin argumentos, me quedo con una sensación de fracaso, de no ser capaz de ayudarla.

—No tiene por qué. Yo no he buscado su ayuda, así que no me ha fallado. Y respecto a mi marido, tampoco debió requerir su ayuda, sino la de un urólogo. Claro que... mejor así, porque si empieza a tomar Viagra y le funciona, me da algo.

—¿Nunca ha tenido un orgasmo con él? —Sí, claro que sí, muchas veces. Y ha habido épocas de... bonanza, digamos. Pero ahora... Quizá ha llegado el momento de divorciarnos, porque si tan empeñado está en que recuperemos nuestra vida sexual que, como siempre, tengo que mantener yo... no me apetece, no me quedan fuerzas. El proceso ha llegado al final, me rindo. Si es necesario me limitaré a abrirme de piernas, como mi madre, pero ya me he cansado de fingir.

—Dígale la verdad. —No quiero hacerle daño. —Es usted pura contradicción. —Otra seña de identidad de mi generación. Idealistas y materialistas, románticos y prácticos, amantes del dinero y del altruismo, putas y marquesas, qué se yo.

—Y del drama a la comedia en cero coma. —Eso también. Sonreímos las dos. Ella alargó la mano hacia la fotografía de mi marido. —¿Me permite? —Por supuesto. Es mi marido. —¡Qué hombre tan guapo! Aunque ya le he dicho que mi marido también lo era. No pude evitar pensar que a mí podía haberme pasado algo parecido si Hugo no hubiera vuelto para poner en orden mi vida sexual.

—Y por lo que me ha dicho, sí se enamoró de él.

—Sí, la verdad es que sí. Aunque me cuesta recordarlo. —Y ya que estamos aquí, aproveche para hacer alguna pregunta. —La verdad es que así de repente no se me ocurre nada, ya le he dicho que me gusta informarme de estos temas, aunque sea para nada, por curiosidad. Hay una sexóloga que colabora en un programa de radio que está empeñada en repetir que las mujeres no podemos tener orgasmos vaginales. ¡Tanto tiempo buscando el punto G y con lo que nos sale ahora esta mujer! Yo los he tenido, y sé de buena tinta que incluso anales es posible tenerlos, así que cómo no se van a tener vaginales. De hecho, yo he tenido orgasmos durmiendo, en sueños eróticos, y ahí no había intervención humana alguna.

—Tiene razón, creo que sabe usted más que ella. —En programas como ése he oído muchas veces a mujeres contar cómo mejoró su vida sexual al abandonar a su pareja y encontrar a otra, lo que me hace pensar en la cantidad de mujeres que han pasado por lo que yo, aunque ellas no se conformaron, fueron más listas.

—O quizá amaban menos a sus maridos. —Quizá. En cualquier caso ya no tiene remedio. —Pues algo habrá que hacer, ¿qué le vamos a decir a su marido? —Hablaré con él, aunque le haga daño. Le ofreceré el divorcio. —Me siento

responsable. —Usted no nos ha buscado, le hemos caído encima. Cada palo debe aguantar su vela.

—Pero usted lleva mucho tiempo aguantándola. —Pero no como debía haberlo hecho. Aunque en el pecado llevo la penitencia, ¿no cree?

—Demasiada penitencia. Y yo no soy creyente. —Ni yo. Y me han salido un montón de frases hechas seguidas, lo cual quiere decir que debemos poner fin a esta conversación.

—Pues lo lamento, porque me gusta conversar con usted. —Y a mí con usted. Si alguna vez necesito su ayuda volveré. —Será un placer.

 Cuando aquella noche me encontré con Hugo me abalancé sobre él. No pudo evitar notar algo extraño.

—¿Qué te pasa? —Que te quiero muchísimo. —Y yo a ti, pero hay algo raro. ¿Te ha pasado algo en el trabajo? —Bueno, he estado charlando con una mujer... particular. —¿Peligrosa? Me apartó para verme bien, frunciendo el ceño. —En absoluto. —¿Seguro? Mira que me estoy preocupando. Cuéntamelo. —Sabes que no lo voy a hacer. Pero tú hazme al amor, por favor. —¡Qué cosas se te ocurren! —Por favor, Amo. —No me llamas nunca así fuera del dormitorio prohibido. —Pero es que es cierto: eres el dueño de mi corazón y de mi cuerpo, de todo mi amor.

—Eso es perfecto. —Dime que me quieres. —Te quiero más que a mi vida, y sin ti no quiero vivir.

CUANDO EL SEXO DUELE DEMASIADO

Los meses pasaban, las sesiones de sexo a tres se sucedían a razón de una vez por semana, aunque fallaban algunos sábados, nunca dos seguidos. Era verano, yo estaba de vacaciones, Hugo todavía no, pero no tardaríamos en salir de viaje, a donde él quisiera, como siempre.

Yo estaba con todos los arneses colocados y las manos atadas a la espalda. Hugo se acercó a mí y pasó una mano por mis pezones, después por mi clítoris. Me humedecí de inmediato. Él sonrió con satisfacción.

—Hoy quizá sea un poco doloroso para ti. —¿Doloroso? —En un sentido de privación. Verás, te voy a colgar en horizontal, boca abajo. Yo te voy a dar por el culo y tú se la vas a chupar a Bruno. No voy a tener contemplaciones contigo y te voy a embestir sin piedad, con lo que es posible que la polla de Bruno se te meta demasiado adentro y tendrás que controlar las arcadas. Además, ninguno de los dos te vamos a tocar, con lo que es posible que no llegues al orgasmo, aunque estarás tan cachonda que puede que te corras sin más, no sería la primera vez. Si te portas bien, quizá luego te deje masturbarte. Pero para ello la condición es que lo aceptes todo sin quejarte y se la chupes bien, ¿eh?

Asentí en silencio, un poco asustada y también un poco humillada, pero cachonda, eso no podía negarlo. Hugo, como siempre, tenía que dar una vuelta de tuerca.

—No te oigo, Adriana. —Sí, Amo. —Así me gusta. No pude evitar dar un respingo cuando los arneses se tensaron de repente y mis pies abandonaron el suelo y mi cuerpo la verticalidad. No me había dado cuenta de que había cogido la cuerda. Pronto estuve a la altura adecuada para mis dos cometidos.

Hugo cogió un condón y se lo puso. También cogió el lubricante y me lo aplicó. Mientras, Bruno se hacía una paja para poner su miembro a tono. Hugo ya se había empalmado sólo con las instrucciones de montaje, nunca mejor dicho.

Me sujetó las caderas con ambas manos y me penetró con una brusquedad superior a la normal. Bruno me agarró la cabeza y me dirigió hacia su pene erecto al que acogí en mi boca con avidez.

Hugo entraba y casi salía de mi recto con violencia, pero a mí no me resultaba desagradable a estas alturas. Lo que era cierto era que me obligaba a recibir la polla de Bruno demasiado adentro y continuamente tenía que reprimir las arcadas.

—¿Qué tal vas, Adriana? Veo que tus pezones se han multiplicado de tamaño, o sea que te excitas más a cada momento. No me extrañaría ver chorrear jugos vaginales de un momento a otro. Voy a hacer una pequeña comprobación.

Apartó una mano de mi cadera para deslizar los dedos por mis labios vaginales y sacarlos, cómo no, empapados.

—Lo que pensaba, estás mojada como una guarra, como la guarra que eres, ¿eh, mi amor? ¿Te gusta esto? Puedes contestar con la cabeza. Bruno, suéltala un momento. Pero que no se te salga su polla, ¿eh, nena?

Asentí de nuevo, pero de mala gana, porque no acababa de llevar bien aquellas humillaciones.

—¿Y tú, Bruno? ¿Lo estás pasando bien? —¡Oh, sí! Es increíble la profundidad que alcanzo, me voy a correr en nada. En realidad lo estoy retrasando para esperarte.

—Pues a mí no me falta nada, este culito estrecho se abraza a mi polla y se contrae de un modo que cada embestida me hace tocar el cielo. Por mí, ya. Además, creo que no me equivoco si digo que a Adriana el coño le palpita de un modo casi insoportable. Así que vamos a ello, voy a incrementar el ritmo y mis pelotas van a azotar estas preciosas nalgas lo cual, probablemente, todavía la excite más. A mí sí, desde luego.

Los dos se corrieron entre sonoros gemidos mientras me sentía como una batidora de lo fuerte y rápido que me estaban agitando. Estuve a punto de vomitar mientras intentaba tragarme el esperma de Bruno. Cuando liberó mi boca supliqué:

—Un poco de agua, por favor. Mi cuñado se apresuró a traerme un vaso al tiempo que mi marido me soltaba las manos, con lo que pude coger el vaso y beber con bastante comodidad.

—Adri, ya puedes masturbarte, ¿o es que no te apetece? —Sí me apetece, gracias. ¿No me vas a bajar? —Empieza así, cariño. Y me apresuré a acercar una mano a mi clítoris. Realmente estaba inundado, noté que me corría en segundos. Fue tan rápido que me supo a poco. Hugo se dio cuenta.

—¿Ya? Joder, Adriana, no nos has dejado disfrutar del espectáculo, con lo que me gusta ver cómo te haces pajas. Te voy a poner de pie y a quitarte los arneses. Pero en cuanto lo haga te quiero de rodillas, y sigue tocándote, que seguro que quieres más.

—¿No me vais a tocar vosotros? —Ya te he dicho que no. Y procura no cabrearme, que hoy estás muy respondona. Tócate de una vez.

Me senté sobre los talones y empecé a masturbarme otra vez. Ellos seguían de pie, uno a cada lado de mí. Me miraban y los dos se llevaron una mano a sus respectivos miembros, que volvían a estar hinchados.

—Nena, cómo nos pones. Te vamos a acompañar en la maniobra y nos vamos a correr encima de ti. Procura abrir la boca para que podamos encestar algo, que ya sabes que nos gusta. Y tócate los pezones o te pondré unas pinzas.

Lo hice enseguida, no soporto esos instrumentos del demonio. Yo estaba

muy excitada, pero ellos también. De repente, Hugo acercó su pene a mi boca.

—Nena, chúpamela un poco, que cada lametazo tuyo equivale a varias manipulaciones mías y al final me voy a escaldar.

Lo hice, por supuesto. Y Bruno pareció ponerse celoso. —¿Puedo pedir lo mismo? Y me encontré alternando ambos penes gemelos mientras me tocaba sin cesar, pero el orgasmo no llegaba.

—Nena, ¿te corres de una vez? A este paso nos volveremos a correr nosotros antes.

—Es que no puedo concentrarme en todo a la vez. ¿Por qué no me tocáis un poco? Por favor.

—Me has cabreado, Adri. Pero si estás caliente como una perra... Eso es, ponte a cuatro patas, como la perra que eres, porque he decidido que voy a darte por el culo otra vez.

—¡No! No, por favor. Dos veces seguidas, no. Además, a cuatro patas no puedo tocarme. No me hagas esto, te lo suplico.

—¿Cómo te atreves a poner pegas? Ponte a cuatro patas ahora mismo. ¿O tengo que coger la correa? Eso va a ser.

En un momento tenía la correa en la mano y empezó a azotarme con ella. —No, no —me puse a cuatro patas enseguida. Bruno no se pudo reprimir. —Hugo, te estás pasando. —Bruno, tú cállate. Es mi mujer y yo decido lo que hacemos. Esto lo habíamos dejado claro hace tiempo.

Mientras hablaba se puso otro preservativo, se arrodilló detrás de mí y volvió a penetrarme con violencia. Yo no pude retener las lágrimas porque ni siquiera me había puesto lubricante, aunque algo me quedara de antes.

—No llores, cariño, pero si un día te vamos a sodomizar los dos a la vez. No pude evitar un respingo, pero no me dejó hablar. —Ya lo has visto en Internet, hasta cuatro pollas se metía una por el culo, y no precisamente pequeñas.

—Hugo, deja de asustarla, por favor. —Tú a lo tuyo. Y tú, Adri, deja de llorar que es broma, tampoco soy tan cruel. Y mira, hasta te voy a tocar yo.

Lo hizo, y Bruno siguió masturbándose y cuando eyaculó lo hizo sobre mi cabeza y en mi cara, porque Hugo tiró de mi pelo para que la levantara y me dijo:

—Abre la boca y recibe la simiente de tu cuñado, cariño. Mientras incrementaba las caricias en mi clítoris y me provocaba un intenso orgasmo y se corría también con elocuentes demostraciones del placer que sentía.

Aquel día acabamos los tres en el suelo, hechos un revoltijo de cuerpos desnudos, sudor y semen. Y lágrimas.

Y al día siguiente, la que se marchó fui yo.

XXVI

CUANDO EL SEXO ES DEMASIADO

Cuando fui a recoger el coche que Hugo me había comprado, mientras me explicaban el funcionamiento del ordenador de a bordo, pregunté si el navegador era también un localizador del propio coche.

El hombre me miró de un modo un poco extraño. —Sí, claro. —Pero, se puede apagar, ¿no? —pregunté, y volví a ver algo extraño en la cara de aquel hombre y cierta incomodidad.

—Sí, claro. Dos veces la misma frase. Ahí había algo. Recibí todas las explicaciones, firmé los papeles y me fui... directa a otro taller, cuyo dueño era paciente mío.

—¿Hay algún modo de detectar si el coche lleva un localizador, un GPS o algo parecido, añadido sobre el navegador de a bordo?

—Por supuesto, tengo un detector. Lo paso enseguida. ¿Está apagado el navegador?

—Sí. Empezó a recorrer el coche con aquel aparato, cuando llegó al maletero lo abrió y empezó a palpar por todos lados. No tardó en sacar un pequeño dispositivo que emitía un destello.

—Esto es. Un localizador GPS de última generación. ¿Lo machaco? —No, no. Démelo. Yo lo guardaré. Muchísimas gracias. ¿Qué le debo por el servicio?

—Nada. Ha sido un placer ayudarla. Por todo lo que usted me ayuda a mí.

—Pero yo sí que le cobro. —Esto no ha tenido importancia, ya ve lo que me ha costado. —Pues muchas gracias. Nos vemos en la próxima visita. El localizador lo metí en la guantera del coche de Hugo, bien al fondo y dentro del envoltorio de un condón. Me pareció algo simbólico.

Así que el día que huí de mi marido mientras él estaba trabajando, me llevé mi coche con total tranquilidad. Decidí irme a la playa, a Almería, a un pueblo pequeño del que tuve noticia por otro paciente, que me enseñó fotos y se empeñó en darme tanta información del lugar que era como si lo conociera. Llevaba mucho dinero en efectivo, porque no pensaba utilizar las tarjetas de crédito. Lo primero que la policía comprueba, al menos en la tele. Y mi marido era mucho peor que la policía.

Había reservado la habitación antes de salir de casa. Cuando estaba deshaciendo la maleta sonó mi móvil. Por supuesto, era Hugo.

—Adriana, ¿dónde estás? —No voy a decírtelo. Necesito alejarme de ti unos días. —Pero, ¿qué estás diciendo? Vuelve, tenemos que hablar. —No, no voy a volver todavía. —Adri, te lo advierto... —Y si sigues amenazándome quizá no vuelva. —Cariño, puedo localizarte. —¿Cómo? Hizo una pausa, supuse que valoraba lo que debía decir. —Con los movimientos de tus tarjetas. —No voy a

usarlas, llevo mucho dinero en efectivo. —El teléfono es un localizador. —Lo he inhibido. Aprendí a desconectarlo hace tiempo. Hizo otra pausa. Noté que se resistía a hablarme del coche. —Te has llevado el coche, ¿verdad? —Sí, ¿por qué? Una pausa más. —El coche también tiene un localizador. —Lo quité el mismo día que lo recogí del concesionario. —¡No es verdad! Está conectado. —Veo que sólo te molestas en comprobar que funciona, no dónde señala que se encuentra.

—Puedo hacerlo ahora mismo. —Hazlo, te llevarás una sorpresa.

Me lo imaginé intentando tranquilizarse, contando hasta diez y haciendo ejercicios de respiración. Me sorprendió lo que me dijo a continuación.

—¿No te habrás ido con mi hermano? —¿A él también le has puesto un localizador? —Esta mañana estaba aquí, o eso me ha dicho. —Pues así será. Estoy sola, Hugo. Tampoco me apetece ver a tu hermano, una copia tuya aunque sea mucho mejor persona.

—Adriana, sólo son juegos. Quizá se me fue de la mano ayer, pero yo te quiero, lo sabes ¿verdad?

—Tengo que pensarlo. Por favor, no vuelvas a llamarme. Hablaremos cuando vuelva.

—Yo no puedo estar lejos de ti. Ya pasé cinco años lejos de ti, fue suficiente para el resto de mi vida. Sabes que es a tu lado donde quiero estar. ¿No sientes tú lo mismo?

—Tú no te das cuenta, pero me insensibilizas, así que no me hables de sentimientos. Deja que me recupere de lo de ayer.

—No volveré a pegarte. Lo interrumpí. —Por favor, basta. Déjame respirar. Y colgué.

Una hora más tarde volvió a sonar el móvil. Era Bruno, al menos en teoría. —¿Sí? —Adri, soy Bruno. —¿Seguro? Me dio la impresión de verlo sonreír. —¿Quieres que te dé una prueba? —Sí. —Supongo que Hugo no sabe que estuviste en Sevilla, en mi habitación. —No, no lo sabe. —Me ha llamado y me ha contado lo sucedido. ¿Dónde estás?

—En un pueblo de Almería. De repente no podía contener las lágrimas. —Adri, ¿estás llorando? —Sí. —¿Quieres que vaya? —No lo sé. —Hugo me ha dicho que a mí tampoco querías verme. —Ya, pero no lo sé. —¿Qué pueblo es? Dudé unos segundos. —Aguadulce. —¿Y el hotel? Volví a dudar. —¿Seguro que vas a venir tú? —¿En persona tampoco me distingues? —Sí, claro. Quiero decir que ¿no me vas a traicionar? —Yo nunca te traicionaría, Adri, ¿no lo sabes? —Sí, perdóname, es que estoy mal. —Lo sé, por eso voy. —... El Plantío, habitación 312. —Escúchame bien, voy a decirle a Hugo que no me has cogido el teléfono. Cuelga y borra esta llamada, te vuelvo a llamar, recházala. Creo que en alguna parte queda registrada, pero, si lo hace, él sólo comprobará el terminal.

—Has pensado en todo. —Confía en mí, Adri. Ya voy, lo que me cueste llegar.

Cuando llamaron a la puerta de mi habitación abrí sin perder un segundo. Había llorado mucho y era consciente de que tenía mala cara. Vi preocupación en la cara de Bruno. Porque era él sin duda. Me abrazó y yo lo abracé también. Y volví a ponerme a llorar. Él se agachó a coger su bolsa de viaje sin soltarme del todo. Entramos en la habitación.

—¿Has cenado? —No, pero creo que no tengo hambre. —Me da que tú hoy tienes pocas cosas claras. ¡Qué manera de dudar! Voy a llamar al servicio de habitaciones. Yo vengo hambriento. Cenamos, nos bebemos una botella de vino y hablamos. ¿Te parece buen plan?

—Sí. Supongo. Hicimos todo lo que Bruno había propuesto, pero no hablamos mucho, al menos de lo que se suponía que era lo importante. Me preguntó de qué conocía el pueblo y se lo expliqué. Y de repente hice una asociación de ideas.

—¡Mis pacientes! Si supieran cómo es la vida sexual de la “experta” que los asesora.

—¡Eh! ¿Quieres decir que no estás cualificada? De sobra. Estoy seguro de que los problemas que te consultan son tonterías al lado de todo lo que tú afrontas a diario, en tu matrimonio, y en este trío de depravados. Tonterías que tú, en un momento, les solucionas. ¿Tengo razón o no?

—Tienes razón, hoy me ha dado por dudar de todo. —Pues nunca dudes de tu profesionalidad, porque eres buenísima en tu trabajo, y en la práctica no digamos —sonreímos los dos—. Y sobre este pueblo, no he podido ver mucho, porque ya es de noche, pero me ha parecido bonito, y el mar está ahí mismo, ¿verdad?

—Así es. Se oyen las olas. Nos paramos a escuchar. —Es cierto, qué agradable. Me encanta dormirme oyendo el mar. —A mí también. Se me escapó un bostezo. —Se ha hecho muy tarde, ¿qué te parece si nos preparamos y nos metemos en la cama? Hablamos ahí.

—No vamos a tener sexo, ¿verdad? —Yo creo que a ti no te apetece mucho, ¿me equivoco? —No, no te equivocas. A veces creo que me conoces mejor que Hugo. —No creas, me tragué todas las mentiras que me contó sobre ti cuando nos fuimos a Estados Unidos.

—Éramos demasiado jóvenes. —Sí, seguramente fue eso.

Un rato después estábamos entre las sábanas. Él iba en calzoncillos y yo llevaba un camisón corto de tirantes, poco más que un négligé. Me di cuenta de que nos sentíamos un poco incómodos, nunca habíamos estado solos en una cama, ni solos ni vestidos. Nos giramos a la vez y rocé su miembro sin querer. Me di cuenta de que Bruno estaba empalmado. Lo toqué para asegurarme.

—Bruno... —Perdona, es que me pongo a cien sólo con verte, pero no te preocupes, puedo soportarlo, olvídale, como si no estuviera ahí.

—¿Seguro que no te resulta muy incómodo? —Seguro, con tal de que no te incomode a ti... Cuéntame, ¿no estarás pensando en separarte de Hugo?

—¿Tú crees que me lo permitiría? —No quiero pensarlo mucho, ése no es el tema, y no debes afrontar esto con miedo por su posible reacción. Piensa sólo en lo que tú quieres hacer.

—Pues para variar, no lo sé. —Me lo temía. Has venido aquí para poner distancia física. —Sí, necesitaba aire para respirar. —Hugo es desquiciante. —Y un controlador obsesivo —de repente di un respingo—. ¿Le has dicho que te ibas de viaje?

—Sí. —¿A dónde? —A Almería. La provincia es grande. He preferido mentir lo menos posible. —Mejor, así si se te ha puesto un localizador verá que es verdad. —¿Un localizador? —le conté mi conversación telefónica con él—. Caray, pues sí que es un controlador obsesivo. Te necesita. Y tú a él. Aunque comprendo que te resulte imprescindible tomar distancia de vez en cuando, demasiado has tardado, porque ésta es la primera vez, ¿no?

—Sí. —Y, sin embargo, en ese dormitorio, reino del vicio y la depravación, han ocurrido episodios desagradables muchas veces.

—Sí, pero te has ido tú. No ocultó su asombro. —¿Qué tiene eso que ver? —Cada vez que tú te vas, hay un punto de inflexión y, durante días, Hugo está transformado.

—¿Transformado? —Es como si tú te llevaras parte de la maldad que se apodera de él. Se queda relajado y los primeros días ni siquiera tenemos relaciones sexuales.

—¿De verdad? —Es raro, pero sí. —Hay muchas cosas raras en nuestras vidas. —Tienes razón. Nos quedamos callados. Fue Bruno quien retomó la conversación. —No se lo digas a Hugo, pero me han ofrecido volver a Estados Unidos y estoy considerando muy en serio la opción.

Lo miré con espanto. —No me dejes sola con Hugo. Bruno empezó a negar con la cabeza. —No, Adri, no me hagas esto, Hugo es tu marido. Te casaste con él porque quisiste. Y si lo piensas bien, sobre todo después de lo que has dicho hace un momento, quizá sea lo mejor para los tres.

—No, tú nos haces falta. Yo no quiero que busque a otro, o a otros, porque antes de que lo nuestro empezara, Hugo se estaba planteando que hiciéramos intercambio de parejas y yo no quiero.

—Adri, si tú no quieres él no va a obligarte. Piensa en los primeros años de vuestro matrimonio, cómo era entonces.

—No, fue un proceso evolutivo y ahora no tiene marcha atrás. Hugo no lo permitirá.

Bruno no daba crédito, me hablaba con vehemencia, mostrando su estupor. Pero no me convencía.

—No se lo permitas tú a él. Tómate esto como si Hugo fuera tu paciente. Tú eres la sexóloga, recondúcelo.

—Bruno, mis pacientes acuden a mí. Mis pacientes reconocen que tienen un problema y quieren solucionarlo. No se puede curar a una persona sana o a un enfermo que no quiere curarse. No sé si me estoy explicando, pero Hugo no es mi paciente, ni lo será nunca.

—Adriana, él te quiere, si se diera cuenta de que puede perderte, seguramente reaccionaría. No te agobies, habla con tu marido.

Me abrazó, y yo no quise insistir, pero una gran angustia se había apoderado de mi corazón.

—He cambiado de opinión. —¿Qué quieres decir? —Quiero que me hagas el amor, como debiste hacérmelo cuando tenía quince años.

No me dijo una palabra. Me besó, despacio al principio, con más pasión a cada momento.

XXVII

SEXO POR PAREJAS

Bruno y yo nos quedamos dos días juntos en aquel precioso lugar. Íbamos a la playa, salíamos a pasear, hacíamos excursiones. Nos comportábamos como una pareja. Se me ocurrió pensar que si alguien conocido nos viera no se extrañaría de nada. Casi nadie era capaz de distinguir a los gemelos, pensarían que era mi marido.

La segunda noche, haciendo el amor, porque de eso se trataba sin duda, Bruno me dijo «te quiero». Lo hice callar.

—No, Bruno, no me hagas esto. No puedes decirme que me quieres e irte a San Francisco.

—No puedo decirte que te quiero y quedarme. Tenía razón. No hablamos más, sólo nos besamos, nos devoramos en realidad.

Sí tuvimos alguna que otra conversación delicada. Bruno necesitaba abrir su corazón, limpiar su conciencia.

—Estos últimos dos años han sido... tan extraños. —Sí que lo han sido. —Adri, tú que eres una experta, ¿somos unos pervertidos? —A ratos sí. —Yo a veces me he sentido muy mal. —Lo sé. —Te he hecho daño conscientemente. Y yo no quiero que me guste hacer daño. No me hace falta. Todo es culpa de Hugo.

—Hugo es capaz de arrastrar a la gente a cosas que nunca pensarían llegar a hacer.

—Dime la verdad, ¿nunca te has planteado divorciarte de él? —Soy feliz la mayor parte del tiempo. Estoy enamorada de él. Y aunque resulte complicado de entender, Hugo sólo se comporta de ese modo en el dormitorio prohibido. El resto de nuestra vida conyugal es normal, si es que la normalidad existe. Quiero decir que no me humilla, ni me trata con violencia. Esa habitación lo transforma. Fuera sólo me demuestra su amor, y también su respeto, o lo que él entiende por respeto. Un poco machista y autoritario no puede dejar de ser. Pero nos queremos de verdad.

Lo vi a punto de hacerme una pregunta clave. Y no quería oírla. Por fortuna, no se atrevió, después de lo sucedido la segunda noche. A cambio, me sorprendió con otra pregunta que no esperaba.

—¿Qué pasó aquel día en mi casa? En casa de mi padre. Yo sabía bien a qué se refería. —¿No te lo contó Hugo? —Me contó mentiras, la única verdad fue lo que dijo en aquel bar, y apenas fue nada, que casi tuvo que violarte.

—Así fue. Me asaltó en el pasillo, quiso hacerse pasar por ti, pero yo me di cuenta. Me metió en su habitación a rastras.

—¿Entonces te violó? —Digamos que hizo como siempre hace: tirar de la cuerda. Pero me puso como una moto, hizo que me corriera antes y después.

Durante no pude, cuando se me pasó el dolor a él le quedaba poco para eyacular. Fue... extraño.

—¿Le dijiste que no? —Oh, sí, varias veces. Pero se quitó la ropa, se puso un condón... me podía haber escapado. No lo hice, no hubo violación. Hubo... una desfloración un poco extraña nada más.

—Por eso no podías mirarme a la cara después —hizo una pausa mientras me miraba de un modo extraño—. ¿Cómo podría haber sido?

—No tiene sentido pensar en ello.

Bruno volvió a Madrid y yo me quedé un par de días más. Así no llamaba tanto la atención. Y necesitaba más tiempo. Tiempo para estar sola de verdad.

Me dediqué entonces a reflexionar. ¿Qué sentía yo por los gemelos? Bruno no se atrevió, pero yo sí tenía que hacerme la pregunta.

A veces eran la misma persona. Y no sólo en lo físico, ellos se parecían mucho en todos los sentidos. Desde ese punto de vista yo pensaba que podía ser igual de feliz con el uno o con el otro.

Pero había otros aspectos que los diferenciaban. Bruno era más buena persona. No es que Hugo fuera malo, pero tenía un puntito canalla. No se conformaba con una negativa, tiraba y tiraba de la cuerda hasta que se salía con la suya o se convencía de que no había nada que hacer. Sólo entonces claudicaba. Buscaba situaciones límite en las que Bruno nunca colocaría a nadie.

Bruno era más tranquilo, afrontaba las cosas con calma. A Hugo era más fácil sacarlo de quicio, pero era capaz de solucionar los problemas también, incluso de reconocer su error o cambiar de opinión, aunque no fuera de inmediato.

Hugo era más divertido, más imaginativo, más loco. También más dominante y, no nos engañemos, a las mujeres, salvo escasas excepciones, nos gusta el dominio del varón. Lo llevamos escrito en los genes. Demasiados siglos de sometimiento para cambiar en unos pocos años de libertad.

Pero sobre todo era mi marido y yo lo amaba. Tenía algunos defectos, una parte de los cuales eran en realidad medio virtudes desde mi punto de vista. Y él también me quería.

No iba a divorciarme, aunque era cierto que tras el anuncio de la más que probable marcha de Bruno, que prometí ocultarle a Hugo, el futuro se me antojaba incierto. Y me daba miedo.

También era cierto que nuestro estilo de vida en los últimos años no podía mantenerse eternamente. Nos estaba agotando, física y mentalmente, nos estaba cambiando el carácter a los tres. Y llegaría el momento de tener hijos. Yo tenía veintiocho años, los gemelos treinta y tres.

Para mi vuelta le envié un whatsapp a Hugo: «Llegaré esta tarde». «¿Te puedo llamar?», fue su respuesta de inmediato. «No», fue la mía. No hubo más.

Cuando entré en casa, Hugo me esperaba en el salón tomando una copa. Se levantó. Yo dejé la maleta y el bolso a un lado y me quedé quieta. Los dos en silencio. Llegó a mi altura y me abrazó, me estrechó entre sus brazos, contra su cuerpo. Hundió la cabeza en mi pelo, ése cuyo tratamiento y aspecto eran también decisión suya, como casi todo lo demás.

Después me besó. No habíamos cruzado una palabra. Yo, en realidad, no sabía muy bien qué decir. Volvía con la intención de continuar con mi matrimonio. A él debió de parecerle de mal gusto arrastrarme a la cama sin más, aunque yo notaba en su lenguaje corporal, en su respiración acelerada, cuánto me deseaba. En realidad, yo también. Habló al fin.

—Lo de meter el GPS en mi coche y dentro de un condón no ha tenido ninguna gracia.

—Menos gracia tuvo que me lo pusieras en su momento. —Pues sí que has tardado años en quejarte. —Hugo, no me toques lo que no tengo. —Tienes razón, ¿nos vamos a la cama? —Sí, por favor.

Eso hicimos. Y fue tanta la pasión que me demostró que pensé que no había estado con nadie más en aquellos días, pero no se lo pregunté. Fue mucho el sexo que compartimos. Ninguno de los dos parecíamos tener nunca bastante. Hubo un momento en que me dio miedo. ¿No nos bastábamos el uno al otro?

Tras un coito tradicional en la clásica postura del misionero, Hugo me miraba fijamente. Su cara sobre la mía, su pene todavía en mi interior. Me besó, despacio, con cariño, se fue hundiendo poco a poco en mi boca. Cinco días separados, nunca antes desde nuestro reencuentro tras aquellos cinco años. ¿Íbamos a hablar de ello algún día?

Se dejó caer a mi lado y nos quedamos los dos mirando al techo. —¿Sabes que mi hermano ha estado un par de días fuera? —No. Tampoco he hablado con él. Necesitaba pensar. —¿Y qué has pensado? —Que te quiero. Que quiero seguir a tu lado. Pero no quiero que vuelvas a pegarme.

Giró la cabeza para mirarme. —¿Ni un azote con la mano? —¡Joder, Hugo! Pero si tú mismo me lo dijiste por teléfono. Se incorporó de nuevo, volvió a ponerse sobre mí.

—Bueno, ya lo iremos viendo. Te he echado tanto de menos... a ratos creía que iba a volverme loco. Y no me negarás que he cumplido: no te he llamado, y no sabes la de veces que he tenido el móvil en la mano para hacerlo.

—Gracias. —¿Debo pedirte perdón por algo? —Cariño, si no lo sabes no me sirve de nada que lo hagas. Es señal de que no te arrepientes en absoluto.

—Quizá me pasé, sobre todo al coger la correa, que parece que te da alergia —hizo una pausa, veía en mi cara que no me había gustado que bromeara con el tema—. Y quizá a veces me paso con las humillaciones, pero tú sabes que te quiero de verdad, ¿no? Tú sabes que eres la mujer de mi vida, la única mujer a la que he amado.

—Lo sé. —Gracias. ¿No me vas a contar dónde has estado? —No. Me miró con asombro, frunciendo el ceño. —¿Por qué no? —Por si necesito huir otra vez. —Pues vaya. Así acabó la conversación. Hugo ya estaba de vacaciones. Había contratado un viaje a las Islas Seychelles. Para allá nos fuimos. A lo tonto me iba a pasar el verano en la playa.

XXVIII

ADIÓS AL SEXO PARA TRES

Durante nuestro viaje, Bruno aprovechó para poner en orden sus asuntos y planear el suyo, su viaje sin fecha de retorno, porque ya estaba decidido a irse, yo estaba segura.

En cuanto volvimos de las Seychelles, Hugo convocó a su hermano. Ya hacía semanas que no teníamos una sesión y lo echaba de menos. En realidad, yo también.

Fue intenso. Hubo toda clase de sexo. Por supuesto, hubo dominación, y sumisión, pero no hubo dolor, ni humillaciones. Hugo dio lo mejor de sí para que sólo una pasión exacerbada que nos enloquecía de placer, se adueñara del dormitorio prohibido. Yo percibía amor también, demasiado amor. No me quedó duda de que Bruno se estaba despidiendo de todo aquello.

La sesión fue larga y agotadora. Se hizo tarde y, como muchas otras veces cuando eso sucedía, Bruno se quedó a dormir. Dormía en una de las habitaciones libres, porque no le gustaba dormir en la cama redonda, al menos solo, decía que le provocaba pesadillas y sueños eróticos y que no descansaba.

Nosotros dormimos como cualquier otra noche. A nuestro dormitorio sólo accedíamos Hugo y yo. Allí teníamos la firme convicción de que no entraría nadie más que nosotros, con intenciones lúbricas al menos. Y por ahora lo cumplíamos. Pero al día siguiente, en el desayuno, Bruno no esperó más. —Tengo que contaros algo importante. Me vuelvo a San Francisco. Me han hecho una oferta que no puedo rechazar.

Hugo se quedó paralizado. Yo pensaba fingir sorpresa, pero me impresioné de verdad. Unas lágrimas empezaron a deslizarse de mis ojos. Sentí mucha pena.

—¿Por qué te vas? —preguntó Hugo con recelo. Pero Bruno sabía exactamente lo que debía decirle para que no opusiera mucha resistencia.

—Esto ya está durando demasiado. Necesito dejarlo, porque me estoy enamorando de Adriana.

Hugo reaccionó con rapidez, nos sorprendió. —¿Acaso has dejado alguna vez de estar enamorado de ella? —Bruno no respondió—. ¿Cuándo te vas?

—La primera semana de septiembre. —Bien. Se levantó de la mesa. A los cinco minutos oímos cerrarse la puerta del piso. Bruno también se marchó. Me quedé sola. Lloré más.

La despedida fue breve, pero no violenta. Los dos hermanos se dieron un largo abrazo. Yo también abracé a Bruno durante unos minutos y me permití darle un tórrido beso de despedida. No lo acompañamos al aeropuerto.

Se sucedieron unos días neutros. Parecía otra de las espantadas de

Bruno, porque Hugo reaccionó igual al principio. Pero las semanas pasaban y, aunque teníamos sexo, no entrábamos en el dormitorio prohibido. Hugo trajo al nuestro unos cuantos juguetes sexuales, para simular la doble penetración sobre todo, pero allí no íbamos, usábamos las poleas del dormitorio matrimonial.

Pero yo conozco a Hugo, mucho, muchísimo, y pasaba los días con la ansiedad de ver por dónde iba a salir, por dónde explotaría, y me temía de qué iría el tema.

Una noche se suscitó la conversación. —Adri, ¿no te gustaría que hiciéramos un intercambio de parejas? —¿Vas a empezar con eso otra vez? —Un día me prometiste que no te negarías a nada sin probarlo. —¿Por qué te apetece tanto? —Porque nunca lo he hecho de verdad. —No te entiendo. —Quiero decir que he estado en orgías, hace muchos años, claro, pero no era mi pareja formal la que iba a ceder, no tenía el mismo morbo.

—A mí me horroriza pensar en un extraño, en algún sitio especializado, no sé. —¿No será verme con otra mujer lo que te molesta? Yo llevo dos años viéndote con otro hombre.

—No, no es eso. Ya te vi con Tatiana y no me dio celos.

—Sólo faltaría que tuvieras celos de una puta. Pero esto va a ser una mujer normal, la esposa de otro hombre.

—No, es el entorno lo que más me preocupa, no saber a quién vamos a encontrar. ¿Y si es un psicópata? Como Samuel Valera.

—Quítate esas ideas de la cabeza. No será en ningún club de intercambio, si no quieres. Buscaré a alguien conocido. Tú confía en mí.

Y me hizo el amor mientras yo meditaba en qué momento había dado mi consentimiento.

Una semana después volvió a casa muy contento. —Ya está, ya los he encontrado. —¿El qué? Me miró como si estuviera loca. —La pareja para el intercambio. —¿Cómo? —Sí, verás —resplandecía de felicidad—. Es un tío al que conozco hace años, he colaborado con él en multitud de proyectos. Un tío guapo, seguro que te gusta. Estábamos tomando una copa con un cliente que nos ha contado un chiste, sobre intercambio de parejas. La verdad es que el chiste no tenía puta gracia, pero nos hemos reído, para hacerle la pelota. Y en esto que al acabar con el chiste nos dice que se va un momento al lavabo y, al instante, Ginés, que es como se llama mi amigo, me dice «éste no sabe de lo que habla, le parecerá gracioso», «¿Tú si lo sabes?», le pregunto yo. Y de repente veo que se azora un poco y dice, «pues sí, pero seguramente me he precipitado con el comentario, olvídalo». Y no quiero olvidarlo, pero el cliente que vuelve. Y cuando la reunión acaba le he pedido a Ginés que se quedara y hemos hablado en serio. Me ha enseñado fotos de su mujer, tiene unas tetas... Dime que lo vamos a hacer.

—Hugo... —Dime que sí. —empezó a besarme y a meterme mano. —¿Por qué

no te gusta que estemos solos? —No digas eso, claro que me gusta. Pero sabes que, de vez en cuando, necesito más. No seas injusta, Adri.

Injusta. Egoísta iba a ser lo próximo si no le decía que sí, estaba segura. —¿Y dónde sería? —En un hotel, para poder salir huyendo si se terciaba. —¿Y si no me gusta no me lo volverás a pedir? —Te gustará. ¿Eso es un sí? —Era un depende, pero no me has contestado. —Claro que sí. Menos mal. Hemos quedado el viernes. Tomaremos unas copas en el bar, para charlar un poco los cuatro, y luego subiremos a la suite, dos camas de matrimonio. Es guay, ¿no? Vamos a echar un polvo que me he empalmado.

Se levantó y tiró de mi mano para que lo siguiera. Yo me dejé hacer porque me había quedado atónita, no me lo podía creer. ¡Ya había quedado! Antes de pedir mi opinión. No hice más comentarios, hubiéramos acabado discutiendo, pero no me sentía feliz.

XXIX

CUANDO EL SEXO ES MULTITUD

Llegamos al hotel. Ellos ya estaban allí. Eran guapos los dos, e iban muy arreglados. Olían bien, pero a mí no me apetecía. Bebimos. Yo, demasiado, porque necesitaba animarme, pero en todos los sentidos. Ginés no me quitaba los ojos de encima, era evidente que le gustaba mucho y estaba ansioso por subir a la habitación.

La conversación de ella, que se llamaba Diana, dejaba mucho que desear. Era bastante cateta y muy inculta, pero eso sí, tenía unas tetas que parecían melones. Tampoco le quitaba el ojo de encima a Hugo. Sentí celos.

Cuando ya llevábamos unas cuantas copas, ella se abalanzó sobre la boca de mi marido, y yo me encontré las dos manos de Ginés, una en la nuca y la otra en la barbilla y no pude huir. Me besó introduciéndome la lengua muy adentro y me sentí muy incómoda. De repente, los besos eran más íntimos que los polvos. Me puse rígida y me esforcé por librarme de él. Al hacerlo vi que también Hugo apartaba a Diana, y me di cuenta de que tampoco a él le había gustado su beso.

Los dos a la vez propusieron subir ya. Hugo y yo lo hicimos cogidos de la mano. Yo temblaba. En el ascensor, Hugo me besó y yo a él. Me dio la impresión de que los dos necesitábamos librarnos del recuerdo de los otros besos.

El tío no estaba mal, ya lo he dicho, pero cuando se quitó la ropa y vi su pene... ¡Era demasiado pequeño! En la parte medio-baja del ranking de miembros viriles españoles. Por mi profesión estoy acostumbrada a las mentiras piadosas a mis pacientes. “El tamaño no importa”. Si lo habré dicho veces, pero no es cierto. Claro que importa. Mi marido me llena y me hace sentir tanto con tan poco. Empecé a dudar de que este matrimonio tuviera mucho éxito en el intercambio de parejas. Seguramente no repetían nunca.

Ginés estaba muy excitado. Evité su boca y me besó el cuello, me sobaba intentando retirar la ropa. Me la quitó yo y él empezó a chuparme los pezones y metió una mano entre mis piernas. Me dediqué a mirarlos a ellos para inspirarme. Lo de mi marido sí es una polla. Diana en cuanto la vio se abalanzó y se la metió en la boca.

Hugo le sujetaba la cabeza para incrementar la profundidad y marcar el ritmo, mientras también me miraba a mí. Mi pareja me pidió que me pusiera a cuatro patas. Casi lo prefería. No quería tener su cara encima de la mía, no me apetecía volver a besarlo.

Quizá era un poco precipitado, pero yo estaba poco colaboradora, ésa es la verdad, no le había tocado un pelo, ni pensaba hacerlo. Él siguió sobándome un poco en aquella posición, restregando su triste pene contra mis nalgas, entre ellas. De pronto lo noté cerca de la entrada de mi vagina, también sus dedos.

—Ginés, ponte un condón —le dijo Hugo. O más bien se lo ordenó. —Pero...

—Ponte un condón o apártate de mi mujer. Lo hizo enseguida y me penetró sin perder un segundo. No estaba muy lubricada, pero con aquel tamaño de aparato no importaba. Aquello iba a ser un desastre. Siguió tocándome, pero yo sabía que no me iba a correr. En ese plan me hubiera gustado que también sufriera de eyaculación precoz.

De repente vi que mi marido apartaba a Diana y se acercaba a nosotros. Cogió algo de un bolsillo de su americana.

—¡Dios! Tienes una polla patética. Si lo sé no venimos. No se está enterando de nada y encima me da que tampoco la estás tocando con demasiada habilidad. Aparta —él mismo me lo quitó de encima—, la voy a follar yo mientras te la chupa. Pero toma —le lanzó un nuevo preservativo—, quítate ese condón que llevas y ponte éste que es de sabores.

—¿Me la va a chupar con condón? —Por supuesto, a no ser que quieras que te deje a medias. No me fío de que no le vayas a contagiar algo. No pienso dejar que te corras en su boca.

Ginés estaba demasiado excitado para marcharse, pero no dudé de que era lo que deseaba hacer, porque se había ofendido.

Nos recolocamos sobre la cama. Hugo ya me había penetrado cuando el otro puso su —efectivamente— patética polla enfundada en un condón con sabor a cereza, al alcance de mi boca. Me apliqué a la tarea sin mucho entusiasmo, mientras mi marido me obsequiaba con profundas embestidas que sí me estaban haciendo tocar el cielo. Me corrí la primera y entonces sí me esforcé con la polla patética. Se corrió en un momento también. Mi marido fue el último. Nos derrumbamos sobre la cama. No pude evitar pensar que solos en nuestro dormitorio, o en el otro, podíamos disfrutar de todo el placer del mundo. A mí aquello no me hacía falta para nada. Lo hacía por él, pero aquél era el último sitio donde deseaba estar.

Entretanto, Diana se había estado masturbando de forma compulsiva como un mono salido. Se trasladó a nuestra cama y empezó a sobar a mi marido. Afortunadamente, el suyo también empezó a tocarla a ella, sus enormes tetas lo llamaban como un imán. Yo me aparté cuanto pude y aproveché para ir al baño.

Cuando salí, Diana alternaba ambos penes en su boca y los dos iban recuperando la erección, cada uno en la medida de sus posibilidades. Mi marido propuso follarla los dos a la vez. Ella soltó una risita histérica. Hugo siguió hablando.

—¿Qué prefieres, Ginés, culo o coño? Pero fue ella la que respondió enseguida. —No quiero que me metas todo eso por el culo, prefiero que lo haga mi marido. A ti te quiero por delante.

Se organizaron. Hugo llevaba la iniciativa. Se puso un preservativo y se sentó a los pies de la cama, en el borde, la hizo sentar a horcajadas sobre él y la penetró de golpe. Ella puso una cara de enorme satisfacción acompañada de una

leve mueca de dolor. Ginés jadeaba mientras se ponía un condón también.

Hugo se tumbó y ella se inclinó hacia adelante. Sus desmesurados pechos colgaban sobre él. Entretanto, Ginés la penetró por el ano y ella volvió a hacer una mueca de dolor que enseguida trocó en una sonrisa de enorme satisfacción. Gemía y jadeaba cada vez más fuerte. Yo pensé que se iba a marear de tanto hiperventilar. Me había colocado en la cabecera de la cama para observarlos bien.

—Espera, Ginés —dijo Diana—. No me sujetes tan fuerte, no me dejas moverme a mí y tengo mucha polla dentro que me gustaría recorrer. ¿Por qué no nos ponemos de lado y os movéis los dos? Me muero por sentirte deslizándote dentro de mí, Hugo, por favor.

—Bueno, vamos allá. Y se desplazaron a la vez con lo que Ginés se encontró con su pene fuera del culo de su mujer y puso un gesto de contrariedad.

—Casi preferiría follarme a Adriana —dijo. —Ginés, ven aquí y calla —ordenó Hugo. Se colocó de mala gana, consciente de que era el invitado menos valorado en la fiesta y volvió a encolar a su mujer. Hugo empezó a regalarle largas embestidas y ella, que había colocado una pierna sobre la cadera de mi marido, empezó a gemir como una posesa y a decir:

—Sí, sí, ¡oh, Dios! Más fuerte, por favor, más rápido ahora. Ginés agarraba los pechos de su mujer y tiraba de sus pezones, yo diría que con mala leche. No les auguré mucho tiempo juntos después de aquello. Hugo giró la cabeza hacia mí.

—Nena, tócate un poco para mí. Lo hice, por supuesto, entre otras cosas porque yo también me había excitado contemplando el trío. Me tocaba el clítoris con una mano y los pezones con la otra, no tardé en correrme sin dejar de mirar los increíbles ojos de mi marido. Ginés también me miraba, pero yo a él no.

Me corrí a la vez que Diana, que lo hizo entre alaridos un poco exagerados para mi gusto. Ellos se abandonaron también al placer. Fue mi marido el que pidió que pudiera circular el aire. Se apartó, se quitó el condón y se acercó a mí para besarme con ganas acumuladas durante minutos.

Cuando nos separamos, Ginés y Diana nos miraban. Él tenía la mano derecha en torno a su miembro y parecía estar consiguiendo una nueva erección, miré a Hugo y vi que negaba con la cabeza.

—Nosotros vamos a ducharnos y nos vamos ya —dijo con rotundidad. —¿No vamos a follarnos ahora a tu mujer? —¡Qué obsesión, por Dios! —Pues no. A Adri me la follaré yo en casa. Nos levantamos, recogimos toda nuestra ropa y nos metimos en el baño, que cerramos con pestillo. Nos dimos una ducha rápida y nos vestimos. Teníamos prisa por salir de allí. Los dos.

Cuando salimos del baño, ellos seguían desnudos pero ni se tocaban ni se miraban. La erección de Ginés había desaparecido y su miembro apenas se veía entre el vello de sus muslos. Ella ponía cara de pena. Se le ocurrió decirle a Hugo:

—¿No me das un beso de despedida? Él le lanzó uno con la mano y cogió una de las mías para tirar de mí con prisa. —Adiós —dije yo. —Hasta nunca —dijo Hugo, pero cuando ya cerrábamos la puerta y en voz baja.

En casa nos dedicamos a devorarnos mutuamente. Yo intentaba transmitirle todo lo que lo quería, que no me hacía falta nada más teniéndolo a él, nadie más estando con él. Pero no sé si lo captó. Ya se sabe que no hay peor sordo que el que no quiere oír.

XXX

SEXO Y REBELIÓN

Pasaron unas cuantas semanas más de relativa calma, relativa porque Hugo, de vez en cuando, tenía ataques de violencia. Me penetraba entonces con mucha brusquedad, anal o vaginalmente. Me hacía estar a cuatro patas demasiado rato y adquirió una fusta con la que a veces me azotaba aunque no llegara a hacerme daño, porque se contenía, pero algún latigazo fuerte se le “escapaba”.

Me colgaba de las muñecas y me tapaba los ojos y se dedicaba a pasear la fusta por mi cuerpo, azotando mis pezones y mi clítoris también, aunque fueran golpes dispersos, muchas veces placenteros, pero yo sabía que aquello sólo podía ir a peor.

Volvíamos a frecuentar mucho el dormitorio prohibido, volvió a atarme durante horas a la cama redonda, y de nuevo me obsequiaba con bonitos apelativos del tipo “perra”, “zorra” y “puta”.

Un viernes vino a recogerme a la consulta por la tarde. Me sorprendió porque ya casi no lo hacía nunca. De camino a casa me dijo:

—Este fin de semana he quedado con los Vidal. A éstos sí los conocía. Estaban podridos de dinero. Por él, cuyo padre había sido socio de mi suegro en algunos negocios en los que los dos habían ganado una fortuna. También eran vecinos y sus hijos se conocían, aunque muy amigos nunca habían sido. Pedro Vidal había tenido suerte continuando los negocios de su padre y se había casado con una mujer retocada por todas partes, absolutamente enamorada de su cuenta corriente y con la cabeza hueca, pero muy complaciente en la cama.

Esto último lo sé porque llegó a venir a mi consulta, con presuntas dudas sobre algunos temas. Cuando se dio cuenta de que la fuente de información sólo circulaba en un sentido y que no iba a averiguar nada sobre mí, dejó de venir.

Hugo me devolvió al presente con un azote en el culo y me di cuenta de que no había reaccionado ante la noticia de la cita.

—¿Para qué? —¡Para jugar al mus! ¿A ti qué te parece? —Compuso un mohín de disgusto—.

Estar todo el rato haciendo señas hace que te salgan arrugas. Yo prefiero follar.

—Si quieres follártela, hazlo, pero a mí él no me gusta. —Nena, ya hemos quedado. —Yo no. Arréglalo. ¿O es que no se te levanta si no estoy yo delante? —Tú y yo no estamos con otros si no es juntos. —Pero... —Y sé de buena tinta que él tiene una polla enorme. —O sea, que no es sólo su dinero lo que esa Barbie putón encuentra atractivo en él.

—No tardaremos en descubrirlo. —No, por favor, me da asco. —Pues límitate a dejar que te folle, pero vamos a ir. —Hugo... Ya habíamos entrado en casa, me

agarró la cabeza y cubrió mi boca con la suya. Empezó a besarme con pasión, invadiéndome con la lengua, con uno de esos besos suyos que yo notaba en el centro de mi sexo. Sus manos abandonaron mi cabeza para desabrochar botones y cremalleras con habilidad. Cuando tuvo un poco de vía libre me hizo caer sobre el sofá. Mi falda estaba en el suelo, sus pantalones por las rodillas. Cayó sobre mí, con una mano dirigía su pene, con la otra apartaba mis bragas, la penetración fue inmediata, el orgasmo no se demoró mucho. ¿Lo de los Vidal seguía en pie?

No me lo podía creer, no me lo podía creer y no quería asumirlo. Pero Hugo había sido tan rotundo que yo sabía que no había discusión posible, así que opté por la estrategia del avestruz y a la hora prevista para la cita estuve ilocalizable.

En realidad, me fui al Retiro y estuve paseando, sentada en varias terrazas y leyendo. Y rechazando llamadas de Hugo. Debía de estar más que cabreado, pero yo se lo había dejado claro: no iba a ir, no iba a tener sexo con aquel hombre repugnante por grande que tuviera la polla. Se me ponía la piel de gallina cada vez que pensaba en él.

Ya era de noche cuando volví a casa, pero en cuanto abrí la puerta, que daba directamente al salón, se me fue el alma a los pies.

Allí estaban los Vidal con Hugo. Ella sólo llevaba puesto un tanga, tenía una copa en la mano y se reía como una gallina. Había comida sobre la mesa. El marido también tenía una copa en la mano, y la boca llena para seguir acumulando michelines en su cuerpo deforme. Por fortuna, él iba vestido, aunque llevaba los faldones de la camisa por fuera de los pantalones. Igual que Hugo.

Me había quedado paralizada mirándolos y, cuando me di cuenta, Hugo estaba a mi lado y me cogía de una mano animándome a acercarme a ellos.

—Ven, cariño, saluda a nuestros invitados. Lo miré con horror. A ellos con asco. Vidal se levantó también y no esperé más. Me libré de la mano de mi marido y me abalancé sobre la puerta. Salí al rellano, pero Hugo me siguió.

—¡Adriana! ¿A dónde vas? —No voy a hacerlo, no voy a hacerlo. Te lo dije, deja que me vaya. —No me hagas esto, Adri. Me miraba de un modo amenazante. A mí las lágrimas me ardían en los ojos y no medí mis palabras.

—¡Debería haberme ido a San Francisco con Bruno! Hugo se quedó callado, mirándome con los ojos muy abiertos. Me aferraba un brazo con fuerza.

—¿Lo dices en serio? Yo ya no puedo vivir sin ti. —Y yo ya no puedo vivir contigo. ¿Qué tienes pensado? ¿Vas a atarme y a permitir que ese hombre me viole?

Negaba con la cabeza, pero no dijo nada. No me había soltado, pasó el brazo con el que me sujetaba por delante de mi pecho inmovilizándome, apoyando mi espalda en su torso, un poco de costado y me arrastró en dirección a casa. Intenté resistirme, mi respiración se alteró y las lágrimas se desbordaron.

No podía creer que de verdad fuera a obligarme a pasar por aquello.

Me debatía entre sus brazos cuando entramos en casa, pero no llegó a cerrar la puerta, se dirigió al matrimonio Vidal.

—Lo siento, pero nos ha surgido una emergencia familiar. Tenéis que marcharos. Lo siento de verdad, ya quedaremos otro día.

Pedro Vidal estaba visiblemente contrariado, su mujer se estaba vistiendo ya. —Pero, Hugo, ¿cómo vamos a irnos así? Mi mujer te la ha chupado, quiero que la tuya haga lo mismo por mí.

—Pedro, compréndelo, los imprevistos son eso: imposibles de prever. Llegan cuando uno menos se lo espera. Y no he sido yo quien le ha pedido la mamada a tu mujer, reconócelo. Ha sido idea suya y tú la has animado diciendo que te encantaba verlo.

—Pues nos vamos muy decepcionados, pensé que ibais en serio. —Hay más días que longanizas, hombre, no te pongas así. Yo ya no intentaba irme, y el brazo de Hugo ahora rodeaba mi cintura. Cuando Pedro Vidal pasó por mi lado se acercó a mí. Me giré y escondí mi húmeda cara en el cuello de mi marido, me abracé a su cuerpo, me refugié entre sus brazos, empapándome de su olor. También noté el perfume de ella, que se acercó a Hugo para darle un beso de despedida, pero él la esquivó. Vi de refilón que le pasaba dos dedos por la mejilla.

—Adiós, Carla, ya nos veremos otro día. Ella puso morritos, pero no dijo nada. Cuando la puerta se cerró exhalé un suspiro de alivio al apartarme de mi marido. Hugo no perdió un segundo.

—¿Dónde has estado toda la tarde? —En el Retiro. —No soporto que no me cojas el teléfono. —No me hables de no soportar, Hugo. Me agarró los dos brazos y me acercó de nuevo a él, todo su cuerpo desprendía vehemencia.

—Adriana, te quiero, te quiero y te necesito, no lo dudes nunca. En mí la vehemencia se transformó en palabras. —Y si tanto me quieres, ¿por qué no te basto? Abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar. Me miraba con los ojos muy abiertos. Me soltó los brazos para estrecharme contra su cuerpo, me envolvió con los suyos, me besó el pelo.

—Sí me bastas, sí me bastas, mi amor. Sin ti no tengo nada, sin ti no quiero vivir.

Se sumergió en mi boca, sus manos ascendieron a mi pelo, se enredaron en él, lo revolvieron y lo volvieron a peinar.

—Vamos a la cama. Yo no había dicho nada y prefería no pensar en si Hugo me estaba diciendo la verdad. Mi matrimonio estaba entrando en una fase extraña y yo debería saber lo que había que hacer. Pero no lo sabía.

CUANDO EL SEXO ES DESPIADADO

Aquello fue una especie de oasis en medio del desierto, un espejismo de cordura, un amago de normalidad en un matrimonio que no tenía nada de normal.

Todo volvió a empezar. Nos pasábamos las horas en el dormitorio prohibido. Hugo me follaba deprisa, con mucha brusquedad. Sin esperarme, sin preocuparse por mi placer. De vez en cuando me corría, la mayoría de las veces no. Su violencia me paralizaba, me asustaba tanto que inmovilizaba mi cuerpo, paralizaba mi placer.

La mayor parte de las sesiones las pasaba amordazada, sólo me liberaba de la mordaza para obligarme a chupársela, después me la volvía a poner. Durante días sus labios no se acercaban a los míos.

Era muy duro, pero yo quería soportarlo, esperando su evolución, el siguiente paso, la siguiente representación. O la vuelta del hombre del que me había enamorado, fuese quien fuese, porque me hacía dudar ya de todo.

Y las escenas desagradables se sucedían. Un día no le bastó con follarme, con violarme, en realidad, con una violencia inusitada y regalándome sonoros puta y zorra por doquier. Aquel día estaba más elevada de lo normal y soltó la cuerda sin avisar, sin quitarme primero la mordaza y el antifaz y de golpe. Me caí de culo y acabé tendida en el suelo porque me había desorientado. Me hice daño, pero pudo ser peor. Esperé a que me ayudara a levantarme, pero oí la puerta del dormitorio cerrarse. Me quité como pude el antifaz y la mordaza y me costó algo más librarme de las ataduras que unían mis muñecas. No me había movido y me quedé así con la cabeza entre las rodillas llorando como una niña. Después me levanté, me fui a nuestro cuarto de baño, me metí en la ducha y seguí llorando.

Otro día se sentó en la banqueta y me dijo: —Adri, ven aquí, has sido una niña muy mala y tengo que castigarte. Ven, que voy a darte tu merecido.

Me acerqué, tiró de uno de mis brazos y me tumbó sobre sus rodillas. No era la primera vez, ni mucho menos. Pero hasta entonces, lo que yo veía en sus ojos no era lo que veía aquella tarde. Hugo sabía que a mí no me pone el dolor, que aguanto unos azotes como un juego erótico, pero tampoco muchos y, desde luego, no de verdad.

Hasta ese día, cada vez que me daba una zurra yo le decía que hacía trampa, porque me azotaba una nalga, un golpe con la palma de su mano, bastante fuerte y, a continuación, pasaba los dedos por mi clítoris para excitarme y eso hacía que me humedeciera.

—¿Ves? Estás excitada. —Pero porque me estás metiendo mano, no por los golpes. Repetía la operación, con la otra nalga y con mi clítoris, y yo me ponía como una moto, pero por lo segundo.

Aquella tarde, antes de empezar pareció recordar algo. —Espera, que no quiero oír tus gritos. Me puso la mordaza que tenía al lado. También el antifaz. Yo empecé a tener miedo. Pero no me ató las manos. —Así está mejor. Y comenzó a pegarme. Un azote, dos, tres, alternando la nalga, golpeando en el centro, en la parte baja, sin parar y con intensidad, más fuerte cada vez, y sin acercarse a mi clítoris, por supuesto.

No parecía tener intención de parar y yo no podía seguir soportándolo. Di un tirón y me liberé de sus manos. Caí al suelo y me arranqué el antifaz y la mordaza.

—Basta, por favor, no puedo soportarlo. Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Me levantó, me besó y me hizo el amor sobre la cama redonda.

Me hizo el amor sí, después de tantos días de vejaciones. Me ardía el culo por el roce con la ropa de la cama, pero me corrí una, dos, tres veces. Porque él parecía enlazar una erección tras otra como si hubiera tomado Viagra. Pero no lo había hecho. Me asusté de nuevo: su sobreexcitación provenía sin duda de los azotes y aquello no era bueno, no era bueno para mí.

Me había estado pegando una y otra vez, cada vez más fuerte, diciéndome que había sido una niña mala, llamándome puta y zorra sin parar, y después de muchos días de follarme como si fuera una muñeca hinchable, me estaba haciendo al fin el amor, pero el cambio no era una victoria, o era agri dulce cuanto menos y yo no conseguía quitarme el miedo de encima. Dejé de tener orgasmos al ser consciente de todo esto.

En otra de las sesiones me ató a la cama, las muñecas y los tobillos, boca arriba, amordazada y con el antifaz, por supuesto, y recuperó aquellos preservativos horribles. Eligió el peor. Yo me retorcí, aunque apenas se notara a causa de las ligaduras, y lloraba con amargura. Cuando se corrió, me dijo:

—No te preocupes, zorra, que lo tengo todo pensado. Ahora sustituyo el condón de los polvitos por uno con puntitos y ya me encargo de quitarte el picor.

Lo hizo, y a mí me dio la impresión de que esta vez sí era papel de lija lo que recorría con saña mi vagina, con las largas embestidas que tantas veces me habían hecho tocar el cielo, pero que del mismo modo me lanzaban a las llamas del infierno.

Cuando terminó por segunda vez, mi llanto eran convulsiones. Me soltó las ligaduras y se fue, diciéndome: —¡Qué exagerada eres! Me quedé allí, en posición fetal, uniendo con fuerza mis muslos en un intento de aliviar el escozor de mi vagina, hasta que reuní fuerzas para ir al jacuzzi y meterme dentro. Pero no dejé de llorar.

Al día siguiente recé para que no quisiera mantener relaciones sexuales, porque yo ni podía ni quería. Ni me daba la gana prestarle otros orificios, porque había ido demasiado lejos. Pero sí quiso, claro que quiso. Yo me refugié en nuestra habitación y él se empeñó en ir al dormitorio prohibido.

—No, Hugo. Ni voy a ir allí, ni vamos a follar aquí. Déjame, por favor, no me encuentro bien. Quiero dormir.

—Tú haces lo que yo te digo que hagas. —No soy tu esclava. Deja de jugar al Amo y la sumisa, porque ya me he cansado.

—Adri, te lo advierto...

—¿Qué es lo que me adviertes? —Te he dicho que vamos a ir al dormitorio prohibido y es exactamente lo que vamos a hacer. ¿Te pica el coño? Tranquila, te daré por el culo, no hay problema.

—No me hace gracia. —No te he contado ningún chiste. —Olvídalo. Me pegó una bofetada, una bofetada fuerte, muy fuerte. Caí al suelo y noté que me sangraba la nariz, la sangre manaba con profusión. Me incorporé, me llevé las manos a la cara e intenté recogerla, pero me chorreaba y me manché la ropa.

Hugo se había quedado paralizado mirando la sangre, pero cuando me levanté reaccionó. Corrió a por unos pañuelos y él mismo detuvo la hemorragia echándome la cabeza para atrás y presionando la nariz, mientras decía:

—Lo siento, lo siento, mi amor. Perdóname. Se arrodilló y se abrazó a mi cuerpo, mientras yo sujetaba el pañuelo, y siguió pidiéndome perdón. Unos minutos después me cogió una mano y me llevó al baño. Me limpió la cara, me recogió el pelo y se quedó mirando mi magullado rostro en el espejo. Volvió a pedirme perdón, me puso de frente y me abrazó con fuerza. Me llevó a la cama y recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, pero no me penetró, sólo se ocupó de mi placer, y muy bien. Interpreté que la bofetada no lo había excitado. Eso no, lo cual fue un alivio.

Un rato después, estábamos abrazados de lado, yo dándole la espalda. Hugo me besaba un hombro, el cuello... y de repente me dijo:

—Tengo que confesarte algo. Necesito contarte un sueño que tengo, un sueño recurrente.

—¿Un sueño? Intenté darme la vuelta, pero no me lo permitió. —Sí. Tú estás atada, en el cuarto prohibido, como tantas veces, colgando del techo, amordazada y con los ojos tapados y yo te pego con un látigo: en la espalda, en las nalgas, en el pecho y en los genitales y me excito mucho, muchísimo. Adri, ¿y si soy un sádico? ¿Y si toda mi insatisfacción, las explosiones de violencia, la búsqueda de un placer cada vez más al límite, provienen de la negación de mi verdadera naturaleza? Me impresionó lo de la negación de su verdadera naturaleza. Naturaleza muerta me vino a la cabeza. Tantas pinturas con ese título. Hugo me hizo volver a la realidad, una realidad que no me gustaba nada.

—Adri, dime algo, tú eres la experta. Me excito tanto... me excito de verdad en esos sueños.

Noté una erección entre mis nalgas. Hugo empezó a pasear las manos por mis pechos, por mi bajo vientre. Su respiración acelerándose por momentos. Se levantó de la cama, lo vi coger un preservativo y el lubricante anal.

—Nena, necesito sodomizarte. Eso sí puedes, ¿no? Venga, cariño, ponte a cuatro patas.

Me temo que tuvo que morderse la lengua para no añadir “perra” o “como la perra que eres”, pero lo hice enseguida, porque prefería no verle la cara.

No había llegado a decirle nada ante sus confesiones. Y él no añadió nada más.

CUANDO EL SEXO PUEDE SER EL FIN

Lo conocía, conocía los síntomas. Hugo era un polvorín a punto de estallar. Decidí prender la mecha.

—Hugo, escúchame bien: voy a dejar que cumplas la fantasía que me describías ayer —se quedó callado contemplándome—. Voy a dejar que me ates y me cuelgues en el dormitorio prohibido, que me tapes los ojos y me amordaces, y que me pegues: como quieras, con lo que quieras, hasta cuando quieras. Que hagas conmigo lo que te plazca hacer. Que compruebes si eres de verdad un sádico —hice una pausa, respiré hondo—. A cambio, después yo elegiré si me quedo a tu lado o me voy. Y tú tampoco te opondrás a mi decisión.

No podía evitar estar nerviosa. Más que eso: estaba aterrorizada, ¿cómo se me pudo ocurrir? Nunca había soportado el dolor, mi umbral de resistencia debía de ser negativo de tan bajo que era. Pero allí estaba: desnuda, colgada de las muñecas en la habitación donde tantas veces habíamos estado los tres. Amordazada y con un antifaz puesto. Sin palabra de seguridad ni posibilidad de pronunciarla. Deseando, esperando todavía que no fuera capaz, que no llegara a darme un solo latigazo, que me desatara en el último momento.

No lo hizo. Había ido adquiriendo varios látigos. Yo los había visto sobre la banqueta antes de que me tapara los ojos.

El primer golpe fue clásico pero de verdad, medieval diría yo: en la espalda, y no pude evitar arquearme y levantar la cabeza en un claro gesto de dolor, aunque mi intención era no demostrar lo que sintiera.

De la espalda pasó a las nalgas, también clásico, pero más centrado en un aspecto sexual. Todavía más sexual fue cuando pasó a golpear mis pechos, mi vientre y mis genitales.

Me ardía, era un dolor lacerante, agudo, profundo, si me hubiera dicho que me estaba desollando no me hubiera extrañado. Cambiaba de látigo, cambiaba de cadencia, más rápido o más lento, pero no paraba. Y yo no podía creer que no parara.

Intentaba seguir convencida de que aquello era necesario, porque habíamos llegado a un punto en nuestra relación en el que debía producirse algo definitivo. No sabía si llamarlo punto de inflexión, de no retorno o de ruptura. Pero aquello debía arder para consumirse o renacer de sus cenizas, no estaba segura.

Tampoco podía dejar de llorar, de tristeza, enorme y profunda. Y de dolor, claro, el que me había invadido desde el primer golpe y casi de inmediato había pasado a ser insoportable para mí. Las lágrimas debían de estar mojando mi cuerpo, mojando el suelo incluso, porque manaban a chorros, pero Hugo no hacía ningún comentario. Pronto dejé de reaccionar a los golpes arqueando el cuerpo o levantando la cabeza porque no tenía fuerzas para ello. Recordé

cuando me reprochaba, en serio o en broma, nunca lo llegué a tener claro, que tuviera alergia a los latigazos, que no era para tanto. Deseé estar en su lugar, a ver qué opinaba.

Volví a reaccionar cuando pasó sus manos sobre algunas de las que yo sentía como heridas sangrantes, aunque no debía de ser así. Después me apretó los pechos y enseguida noté un espantoso dolor en los pezones. Supuse que me había puesto unas pinzas. Empecé a encontrarme muy mal, la cabeza me daba vueltas y mi cuerpo me mandaba señales de dolor insoportable por todas partes. Otro dolor se unió, una especie de escozor en el bajo vientre. Tardé unos minutos en darme cuenta de que no era más que una penetración vaginal, pero no estaba lubricada y tampoco recuperada del todo de los preservativos del demonio. Supuse que se habría dado cuenta y se habría convencido de que yo no soy masoquista. Me había penetrado vaginalmente, pero desde atrás y me daba profundas embestidas sujetando mis caderas, golpeaba mis castigadas nalgas y yo ya no podía más con tanto dolor. Perdí el conocimiento, no estaba consciente cuando eyaculó, no sé si lo hizo o no. Aunque apostaba porque sí, si todo aquel horror le había provocado una erección, ¿qué le impedía tener un intenso orgasmo? Ni siquiera tenía que enterarse de que se estaba follando a una mujer inconsciente. Tampoco sé si hizo nada más, si siguió pegándose, si me sodomizó.

Cuando recuperé el conocimiento estaba dentro del jacuzzi del baño de nuestro dormitorio, sumergida en agua templada y Hugo, sentado a mi lado en el borde, me sujetaba la cabeza y me miraba con angustia.

—¡Adri! Gracias a Dios, no sé cuánto tiempo has estado inconsciente, pero no has reaccionado ni cuando te he metido en el agua y de eso hace al menos cinco minutos.

Me cogió una mano que se llevó a la boca para besármela. Me liberé con dificultad. Empecé a sentir de nuevo mucho dolor.

—Necesito analgésicos. Lo tenía previsto, me acercó dos pastillas y un vaso de agua. —Mi amor... No estaba preparada para que me hablara así, no me apetecía. Lo interrumpí. —¿Ya has averiguado si eres un sádico de verdad? —se quedó callado—. Yo sí sé que no soy masoquista.

Esperé que lo interpretara correctamente. Nuestros caminos se separarían. Pero no pude seguir hablando del tema, porque el dolor que sentía era tanto que todo empezó a darme vueltas y noté que iba a volver a perder el conocimiento. A mi inexistente resistencia al dolor unía una tensión arterial muy baja que me hacía propensa a la lipotimia, desde siempre. Vi mucha preocupación en la cara de Hugo y algo más... ¿remordimientos? Quizá sólo miedo a perderme.

—Me encuentro muy mal —sentí que me hundía en el agua. Cuando volví a abrir los ojos estaba tumbada en nuestra cama, sobre una gran toalla y tapada con otra. Me puse de medio lado, me ardía la espalda y las nalgas. Las lágrimas que empezaron a correr por mi cara también me ardían.

—Adri, Adri, perdóname —no pude soltarme esta vez, Hugo me aferraba una mano con las dos suyas. Estaba sobre la cama, inclinado hacia mí y había verdadera angustia en su expresión—. ¿Quieres que te lleve a un hospital?

—¿A un hospital? —me indigné—. ¿Cómo vamos a ir a un hospital? ¿Cómo vamos a explicar todo esto?

Lloraba ahora con desconsuelo. Estaba confusa y me encontraba peor a cada momento, y muy cansada. Y lo que menos deseaba era hablar con mi marido, no deseaba ni verlo.

—Hugo, no soporto el dolor y no quiero hablar contigo. Ayúdame a meterme en la cama, estas toallas me están matando. Y dame dos pastillas para dormir, necesito descansar.

Fue al botiquín y volvió enseguida con el medicamento. Me tomé los somníferos y después intenté colaborar en la labor de separarme de las toallas para meterme en la cama, pero parecía que era mi propia piel lo que me arrancaba, no podía dejar de llorar. Hugo también lloraba, si hubiera podido le hubiera dado una bofetada. Las sábanas me parecieron frescas y suaves, aunque supuse que no tardaría en cambiar de opinión, sólo esperaba que el cóctel de medicamentos me dejase fuera de combate. Oí a Hugo:

—Tengo una pomada, debería ponértela. —Ni se te ocurra ponerme una mano encima. Me acomodé como pude, sentía todo mi cuerpo muy pesado, incluyendo mi cerebro, por lo que imaginé que pronto iba a dejar de sentir. Lo último que oí mientras me abandonaba al sueño fue a mi marido decir: —No me dejes, Adri, ayúdame.

Tampoco sé cuántas horas dormí. Cuando me desperté era de día, desde luego, y Hugo dormía medio incorporado sobre la cama. No se había atrevido a meterse dentro conmigo.

Me levanté despacio, necesitaba ir al baño y no quería despertarlo, porque no tenía ganas de hablar con él.

El espejo me sorprendió. Lo que pude ver reflejado en él me mostró marcas de latigazos, desde luego, sobre todo en la espalda y en las nalgas. Rojeces de distintas longitudes, grosores y trayectorias, pero no había sangre ni carne despellejada como había llegado a creer. Quizá alguna de las marcas estaba inflamada, pero esperaba más tras el ensañamiento que me había parecido sufrir la noche anterior. No había visto antes el resultado de una sesión de sadismo. No sabía qué podía ser normal y, desde luego, después de experimentarlo en mi propia piel, nunca mejor dicho, no entendía que alguien pudiera disfrutar recibiendo estos castigos. Respecto al placer del dominante no quise plantearme nada. Me horrorizaba. Me tomé un par de analgésicos más y me lavé los dientes, porque notaba un sabor de boca muy desagradable. Bebí mucha más agua de la necesaria para tragar las pastillas y noté que caía profundo en mi estómago. Tampoco tenía ni idea de las horas que llevaba sin comer.

En cualquier caso, fuera excesivo o no, fuera debido a mi poca resistencia al dolor o a mi tensión baja, el hecho objetivo era que seguía encontrándome muy mal y que la “excursión” al cuarto de baño me había dejado agotada.

Cuando volví a meterme en la cama, Hugo se despertó. —¿Qué pasa? ¿Qué has hecho? —He hecho pis, ¿no me estaba permitido, Amo? —Por favor, no vuelvas a llamarme así. Me sorprendió la vehemencia con que lo dijo, pero seguía estando más que confusa. Y cabreada.

—La verdad es que no tengo ganas de llamarte de ninguna manera. —¿Seguro que no quieres que te ponga ahora la pomada? Te hará bien. —De acuerdo —las lágrimas caían de nuevo—. También querría desayunar. Hugo sonrió, pero no encontró correspondencia en mí, por lo que su sonrisa duró poco. Cogió el tubo de pomada y lo abrió. Estaba fresquita, era muy fluida y se extendía con facilidad. Menos mal, porque yo era un continuo escalofrío, una continua convulsión por el roce de su mano sobre mi piel. Y no era sólo algo físico, me repelía el contacto de sus manos.

—Perdóname, Adri, por favor. —Necesito tiempo. Acaba pronto, te lo ruego. No volvió a abrir la boca. Se levantó, se lavó las manos y salió de la habitación. Cuando volvió traía el desayuno: donuts, café con leche y zumo de naranja. A duras penas conseguí sentarme, porque las nalgas eran lo más perjudicado, notaba agudos pinchazos que me provocaban continuos rictus de dolor.

Hugo estaba afectado de verdad, pero a mí no me impresionaba. Es más, conociéndolo y después de haberme examinado en el espejo, me temía que de un momento a otro me dijera que no era para tanto y entonces sí que iba a reunir fuerzas de donde no las tenía para abofetearlo o al menos estamparle algo en la cabeza, aunque fuera aquel desayuno que tanto me apetecía ingerir. Pero no dijo nada, y a pesar de las dificultades me comí dos donuts y me bebí el café con leche y el zumo, pero acabé agotada.

Hugo se levantó y sacó dos almohadas. —He pensado que si te las pongo a tu espalda puedes recostarte un poco sin llegar a ponerte boca arriba, estarás más cómoda. Y si te pones alguna por delante también te irá bien.

Estuve a punto de darle las gracias, pero me mordí la lengua. Mi rabia contra él no había disminuido, no quería dirigirle la palabra. Pero su capacidad de desconcertarme no tenía fin.

—Adri, no quiero perderte. De nuevo lo dijo con mucha vehemencia. Me dieron ganas de estrangularlo. —Hugo, no tengo ganas de hablar ahora. —Pero es necesario, no podemos dejar que se enquiste. Suspiré. Y el suspiro me sonó a derrota, que era como me sentía: derrotada. No había salida. Teníamos que hablar. Empecé yo, diciendo lo que me salía del alma.

—Yo ya no puedo seguirte, esto se acabó. Pero lo que él respondió tampoco lo esperaba. —No quiero ser sádico, ayúdame. Lo miré con sorpresa. —¿Cómo puedo ayudarte? —Bueno, es tu trabajo. —¿Quieres que te ayude como sexóloga? —Sí. Y como psicóloga. Pero si hasta te doctoraste en trastornos

sexuales. Lo contemplé en silencio unos minutos. Estaba tan sorprendida que no sentía ni el dolor. Hasta la rabia se me estaba disipando.

—Hugo, no puedo tratar a familiares o amigos, tú lo sabes. —Ya, pero esto es especial, yo no voy a ir a contárselo a nadie más. Y te quiero, desde hace muchos años, y no quiero perderte. Si te vas...

Hugo volvía a llorar. No se atrevió a terminar la frase, pero yo la entendí. Suspiré de nuevo. No era mi mejor momento anímico para una sesión de terapia, pero por un momento se impuso mi profesionalidad, Hugo dejó de ser mi marido para convertirse en un paciente angustiado. Por un momento, porque enseguida lo que me salió del alma fue el deseo de levantarme, vestirme y largarme de allí. Dejarlo con su dolor y su aparente desesperación, pagando por lo que me había hecho y que, desde luego, no le había perdonado. Pero en lugar de eso:

—Está bien, cuéntame. —Pero ayúdame un poco, no sé, ¿de qué tengo que hablarte? Volví a suspirar. —De lo que sientes practicando sexo. —¿Contigo? —O con otras mujeres. —¿Otras mujeres? No he estado solo con otra mujer desde los veinticinco años, desde que nos reencontramos.

Me quedé mirándolo en silencio. —¿En todos estos años? —Nunca. ¿Tú has estado a solas con otro hombre? Era el momento, no iba a mentir. —Sí. Tardó unos segundos en reaccionar. —¿Con quién? —Con Bruno. Había verdadera sorpresa en su rostro. —¿Cuándo? —Cuando me fui. Él acudió más tarde. —Me contó que se iba a Almería. —Sí, allí estaba yo. Me llamó y me puse a llorar. Vino, hablamos, íbamos a compartir la cama, aunque no íbamos a tener sexo. Pero entonces me contó que se iba a San Francisco y no lo pude resistir. Me transporté a aquella otra vez, cuando tenía quince años y era su novia, a aquella primera vez que no tuvimos.

—Lo entiendo. No estoy enfadado. No reprimí una risa irónica. —Me da igual si lo estás. Lo miraba con desprecio ahora. Nos quedamos callados los dos. Hugo volvió a hablar.

—Ha sido... un proceso, una evolución, ha ido a más, he perdido el control. —¿Por qué? ¿No te basta con lo que teníamos? Claro que... lo que teníamos también ha ido variando. Es complicado. Pero es necesario que tú sepas lo que necesitas.

—Me metí contigo en una espiral de sexo y me superó el ansia por probar cosas nuevas, primero contigo, después a pesar de ti. Sé que lo he hecho muy mal.

Mi estado de ánimo era una montaña rusa, y aquella pseudoterapia me estaba tocando las narices. Desde luego no le hablaba como a ninguno de mis pacientes. Dejaba que el desprecio y la decepción asomaran en cada palabra.

—Hugo, siempre has sido un niño mimado, acostumbrado a imponer tu voluntad. Y conmigo más, desde aquel día de hace más de trece años en que decidiste levantarle la novia a tu hermano gemelo.

—Pero me enamoré, Adriana, y ya no puedo vivir sin ti. Lo dijo con tanta verdad que mi confusión aumentó hasta el infinito. De nuevo no sentía el dolor de los golpes, me dolía más el corazón, y la rabia de ser consciente de que seguía amando a aquel pedazo de cabrón para, a renglón seguido volver a odiarlo con todas mis fuerzas. Claro que del amor al odio... Suspiré de nuevo, con una mezcla de sentimientos que no quería analizar.

—¿Estás seguro de que quieres conservarme? Sabes que no volveré a permitirte...

—Eso lo tengo clarísimo, y haré lo que sea necesario, te lo juro. Y no más encerronas. Nada que tú no desees de verdad.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Vi determinación en los suyos. Intenté adoptar una actitud profesional.

—¿Le habías hecho daño a alguien antes... o después, antes de reencontrarnos? —No. Te estaba hablando de un proceso. Ha sido así. Un fuego que se alimenta y acaba devastándolo todo. Antes de volver a España... bueno, estuve aprendiendo mucho. El sexo siempre me ha gustado, desde niño. Y tú para mí eras...

Se calló. —¿Qué era, Hugo?

—Mi mujer perfecta. Quería hacer de ti mi perfecta compañera de cama. —Y lo hiciste. —Sí, pero luego empezamos con el trío y era un mundo de posibilidades y yo quería explorarlas todas. Y cuando Bruno se marchó, me quedé como vacío.

—Entonces debiste hablar conmigo en lugar de empeñarte en hacer intercambio de parejas.

—Lo sé, pero ya estaba lanzado. Y ayer... sobrepasé un límite. Pero no volverá a ocurrir. Lo tiraré todo.

—Basta con tus manos, Hugo. Ya lo hiciste una vez. —No ocurrirá, te lo juro. ¡Dios! Pero si no hay una mujer que me guste más que tú.

—No quiero más dolor, ni más desconocidos, Hugo. —Yo tampoco. Quiero que volvamos a estar solos tú y yo. ¿No me tendrás miedo?

—No estoy segura. —No quiero hacerte daño, yo sí estoy seguro. De nuevo me quedé callada mirándolo. Me resultaba difícil de creer. Y aunque lo que dije a continuación no era algo que hubiera podido comprobar, tuve que decirlo, al menos para provocar su reacción.

—Ayer disfrutaste mucho, Hugo, no es tan sencillo —en realidad yo ni lo vi ni apenas lo sentí. No sabía si había disfrutado de verdad. Sólo que lo había hecho, que había sido capaz de hacerlo. Y para mí era suficiente.

—Disfrutar... No sé. Fue... como una borrachera, pero de violencia, y después me sentí muy mal, te lo juro. No volveré a hacerlo.

—Ya te he dicho que no te lo consentiría. —Me he expresado mal, quería decir que no volvería a hacerlo. Mira... desmontaré el dormitorio prohibido.

—No, no es necesario, me basta con que te deshagas de todo lo que duele.
—¿Eso quiere decir que no te vas? —No es por falta de ganas, pero ¿adónde quieres que vaya así? Sonrió. Yo todavía no era capaz.

—Adriana, te quiero como no he querido nunca a nadie, tú también me quieres, ¿verdad?

Sabía la respuesta, pero me repateaba tanto que tardé en darla; al fin acabé asintiendo con la cabeza. Él siguió hablando.

—Te lo juro, Adriana, yo tampoco quiero compartirme —de repente hizo una pausa extraña y vi turbación en su expresión—. ¿No echarás de menos la doble penetración?

—No creo que sea el momento de hablar de eso. Me daba la impresión de estar perdonándolo con demasiada facilidad. Me hubiera gustado irme de verdad, aunque sólo fuera unos días, pero me encontraba muy débil. Hugo respondió enseguida, interrumpiendo mis pensamientos.

—Claro, perdóname. Siempre he sido un bocazas. —Hizo una pausa sin dejar de mirarme fijamente. Me cogió una mano que se llevó a la boca—. Entonces, ¿no me vas a dejar?

—Eso me temo. Me miró con extrañeza, pero lo que dijo sí que no me lo esperaba. —Adri, ¿quieres que tengamos un hijo? Me quedé paralizada. Menudo cambio de tema. —¿Lo dices en serio? —Ya es tiempo, llevamos un montón de años casados, y me estoy haciendo mayor. Bueno, un hijo o dos, porque ya sabes que hay muchos antecedentes de gemelos en la familia.

No pude evitar recordar su extraña petición de matrimonio años atrás y pensé que todas las decisiones trascendentales de nuestra relación me había tocado tomarlas de modo precipitado y rodeadas de sentimientos encontrados. Me tomé mi tiempo, pero acabé respondiendo, porque el tema de la maternidad era algo que llevaba tiempo planteándome, sobre todo desde que acabó el trío y con él el problema de la paternidad dudosa. Aunque me dio rabia lo que dije. Yo era pura contradicción, pero es que todo aquello era tan extraño...

—Me apetece mucho. —Aunque fueran gemelos.

XXXIII

DÍAS SIN SEXO

Tuvimos que anular todas las citas de mi consulta. Hugo se encargó de hablar con Sandra, mi ayudante. No quise saber lo que le había contado.

Las horas pasaban lentas, parecían estirarse y en mis condiciones me aburría como una ostra, ni me apetecía leer ni ver la televisión. Aunque dormía mucho. Decidí seguir automedicándome y a los analgésicos y somníferos añadí antiinflamatorios.

Hugo tampoco quería ir a ninguna parte, ni a trabajar, y estaba demasiado pendiente de mí. Yo experimentaba por él sentimientos contradictorios, después de una reconciliación sin duda demasiado apresurada, acuciada por la intensidad emocional del momento. Lo había perdonado, pero sólo en parte.

Habían pasado tres días cuando Hugo se asomó a la habitación con cara de circunstancias.

—Esto... Adri, tienes una visita. Vi entrar a Bruno empujando a Hugo para hacerse sitio. El que faltaba. —¿Qué es lo que ocurre? No he entendido nada de lo que éste balbuceaba. ¿No llego en buen momento? Quería daros una sorpresa.

Se acercó a mí frunciendo el ceño. Yo seguía tumbada de lado y rodeada de almohadones, aunque ya podía apoyarme sobre mi espalda durante un rato. En la cara no tenía marcas... de la agresión en el dormitorio prohibido, aunque sí de la bofetada, muy tenue ya, pero Bruno la vio y se abalanzó a retirar la colcha. Contempló un momento mi espalda y retiró más la ropa de la cama para inspeccionar mi trasero. Yo giré la cabeza y lo que vi fue ira en sus ojos, una ira profunda y enraizada, anidada en su corazón... desde hacía trece años, pensé.

Soltó la colcha y se dirigió en tromba hacia su hermano gemelo. —Hugo, ¿cómo te has atrevido? Le dio un rodillazo en la entrepierna que me dolió hasta a mí y cuando Hugo se dobló sobre sí mismo, le estampó un puñetazo que le partió el labio. Cayó al suelo y Bruno le dio un par más de puñetazos, inclinándose sobre él. Después se incorporó y pasó a darle patadas. Hugo seguía doblado, casi en posición fetal y se tapaba la cabeza con un brazo mientras se sujetaba los testículos con la otra. Empezó a hablar.

—Basta, Bruno, por favor, para. Está todo arreglado, te lo juro. Decidí intervenir.
—Déjalo, Bruno. Tiene razón, está todo arreglado. Anda, no le pegues más, no me lo vayas a dejar estéril ahora que habíamos decidido tener un hijo.

Se quedó paralizado mirándome a mí. —¿Un hijo? —Sí. —¿Estás segura de querer tener un hijo con este cabrón? —Sí. —Pero, ¿qué ha ocurrido? —Llegamos al punto de no retorno. —Pues no retournes, ven conmigo a San Francisco. —¿Has venido a llevártela? No pienso permitirlo —Hugo no se pudo resistir. Genio y figura.

—Lo que debería hacer es denunciarte ahora mismo, y no te garantizo que no lo haga.

Hugo se puso de pie despacio. Le sangraba el labio inferior y también la nariz. Se acercó a coger un pañuelo cojeando ligeramente.

Bruno volvió a hablarle con mucha acritud. —Sal de aquí, Hugo, tengo que hablar con Adriana. —No vas a llevártela. —¡Lárgate! Necesito saber lo que ha pasado y no quiero que estés presente. —Voy a curarme esto en el baño de abajo. —Como si te tiras de la terraza. Estaría mejor. Bruno miraba a Hugo con una ferocidad que yo no había visto nunca, o sí, quizá aquel día, de hacía ya más de ocho años, cuando Hugo le contó que nos casábamos.

En cuanto mi marido salió, Bruno se acercó a mí de nuevo y sin decir una palabra retiró del todo la ropa de la cama y las almohadas. Protesté.

—Bruno...

—Adri, hay confianza. —Sí, pero... —Necesito saber exactamente lo que te ha hecho y quiero empezar por ver los estragos. ¿Cuándo ocurrió?

—El sábado. —¿El sábado? ¿Y todavía está así? —Bueno, sólo han pasado tres días y sabes que mi piel es especial, cualquier cosa me produce un efecto exagerado.

Daba vueltas a la cama, tocaba con cuidado. Pasó un dedo por mis pezones. —¿También te ha puesto las pinzas? Pero si no las soportas. —Bueno, tampoco me entusiasman los latigazos. —¿Qué ha ocurrido? Cuéntamelo todo, Adriana, sabes que puedes contarme lo que sea. ¿Y lo que tienes en la cara?

—Esto no es nada. —Yo diría más bien que tiene más tiempo. Suspiré. No sabía por dónde empezar. —Bueno, desde que te fuiste... Hugo ha estado dando tumbos. —Y obligándote a darlos a ti y no sólo en sentido figurado. —Hicimos un intercambio de parejas. —¿Al final te convenció? —¿Quieres dejar de interrumpirme? —Perdona. ¿Aquí? —No, no, en un hotel. Fue fatal. —A ti no te gusta. —Ya. —Y a él no le importa lo más mínimo lo que tú sientas. Ven conmigo, cariño. —¿Quieres que te lo cuente o no? —Perdona —repitió con algo de fastidio. —Fue sólo una vez, porque con la próxima “reunión” que me organizó me rebelé. Fue... complicado, no te voy a dar detalles.

—¿Te pegó?

—Aquel día no. A partir de entonces, Hugo pareció entrar en una espiral de destrucción. Bebía, el sexo se volvió muy violento. Sólo quería que tuviéramos relaciones en el dormitorio prohibido, siempre colgada del techo, casi siempre amordazada y con los ojos tapados.

—Hubo... verdaderas violaciones, ¿verdad? —Sí, pero él no era consciente. Y nada le bastaba. Un día me hizo caer desde demasiado arriba. Otro día me tumbó sobre sus rodillas y me dio una zurra, pero de verdad, no como lo hacía antes. Esta vez era verdad, me estaba haciendo daño de verdad, pegándome cada vez más fuerte mientras me insultaba.

—Todo eso es horrible. ¿Cuándo te pegó en la cara? —Hace cuatro días. Estábamos aquí. Me negué a ir al dormitorio prohibido. Cuando me levanté del suelo y vio la sangre que corría por mi rostro y que yo recogía con las manos, se quedó paralizado. Tan roja, tan evidente, tan culpabilizadora.

»Corrió a coger pañuelos para parar la hemorragia y me pidió perdón, me pidió perdón de pie y de rodillas. Y cuando me curó la cara me abrazó y siguió pidiéndome perdón. Me tumbó en esta cama y me besó de la cabeza a los pies, se ocupó sólo de mí. Pero al cabo de un rato, abrazados, yo de espaldas a él, me contó que tenía un sueño recurrente.

Le conté el sueño a Bruno y mientras lo hacía veía crecer el horror en su cara. —¿Qué le dijiste? —Nada, me quedé horrorizada. Y cuando noté su erección entre mis nalgas... se había excitado tanto al contármelo, al recordarlo. Me acordé de la zurra y se me fue el alma a los pies. Decidí tomar una decisión

drástica.

—¿Cuál? —Hacer realidad su fantasía. Bruno estaba horrorizado, esta vez con los dos. —¡Adriana! —No podía hacer otra cosa. A cambio le dije que después no me retendría si decidía irme. No contaba con que las secuelas me incapacitaran tanto. Perdí el conocimiento varias veces.

—¿Y qué es eso de tener un hijo?

—¿Recuerdas cuando me dijiste que lo convirtiera en mi paciente? —Sí. —Pues me lo pidió él. —Entonces, ¿su fantasía se volvió pesadilla también para Hugo? —Sí, está horrorizado con lo que hizo. No quiere volver a hacerlo. No lo he comprobado, pero dice que ha tirado todos los instrumentos de tortura. Se ofreció a desmontar el dormitorio entero, pero le dije que no.

—¿Por qué no? —Porque alguna vez vendrás de vacaciones, ¿no? —le guiñé un ojo—. Lástima que lo hayas hecho precisamente ahora.

—¿Es que quieres que volvamos a jugar? Ahora estaba asombrado, pero el horror todavía no había abandonado su cara. —Me encantaría. —No creo que pueda. —Verás como sí. —¿De verdad voy a tener un sobrino? —O dos, menuda familia la tuya... —Tienes razón. Pero no lo acabo de ver claro después de lo ocurrido, ¿estás segura de que quieres contraer con mi hermano un vínculo tan grande y para siempre?

—Ya tenemos edad, quizá es lo que nos falta, formar una familia de verdad. —No, Adri, tú eres demasiado inteligente para estar diciéndome esto en serio. Sabes que un hijo nunca arregla los problemas de pareja.

—Nosotros no tenemos problemas de pareja, Bruno. Lo que tu hermano necesita es otra cosa, quizá es exactamente un hijo lo que necesita. Llenar su vida de otro modo, tener a alguien que dependa de él de verdad, al que no pueda fallarle —hice una pausa—. Y a mí también hace tiempo que me tienta la idea de la maternidad. Oigo mi reloj biológico.

—Eres muy joven, Adri. —Ya no tanto, los treinta están cerca. Y siempre he querido ser madre joven, mi madre lo fue a los veintiuno. Claro que... la vida de mi madre no es precisamente envidiable. Pero cuando me casé lo hice a la misma edad que ella.

—Tus desgracias han sido otras. —Con mejor solución. Lo voy a intentar, Bruno, no vas a disuadirme. Lo sigo amando, a pesar de todo. Y créeme que a ratos me da mucha rabia, pero no puedo negarlo.

—Me doy cuenta. —Pero no me ha disgustado la paliza que le has dado. Sonreímos los dos, esta vez sí. —¿Quieres que le pegue más? —No me tientes... —sonreí de nuevo— no, ya es suficiente. Ahora quiero que hagáis las paces.

—Adriana... —Hazlo. Por mí. Aún no sé por qué estás aquí. ¿Cuántos días te quedas? Igual podíamos montar algo antes de dedicarnos a la concepción en serio —le guiñé un ojo.

—Tenía unos días libres, por lo de Acción de Gracias. No soporto esa fiesta y he cogido el primer avión. Nunca me hubiera esperado encontrarme esto, pero me voy pronto. No va a haber tiempo. Y quizá sea lo mejor.

—Como quieras. Pero con tu hermano te vas a reconciliar.

EPÍLOGO

CUANDO EL SEXO ES EL ORIGEN DE LA VIDA

Ha pasado un año. Los bebés han cumplido un mes. Han sido gemelos... pero niñas, dos preciosas niñas iguales que su padre, y que su tío. Hugo está contemplándolas mientras duermen.

—Qué bonitas son, ¿verdad? —Sí. —Como su madre. —Pero se parecen más a ti. —No podrán protagonizar una historia como la nuestra. —Ni ganas. —Aunque todavía hay esperanza. Me gustaría tener más hijos. —¿Quieres tener familia numerosa? —No me importaría, mientras tú seas mi esposa. Además, fabricarlos es bastante placentero.

—¿No me digas? Pues parirlos ya no es lo mismo. —¡Bah! Detalles. Entonces, ¿vamos a por la pareja de niños? —Espera al menos a que pase la cuarentena. —Nena, pero si te follo desde el día siguiente... ¿Y la leche de tus pechos? ¡Dios! Cuánto había soñado con esto.

—Pues la lactancia es un anticonceptivo. —Entonces estoy dispuesto a esperar. —Aunque si mis pacientes me oyeran decir esto... la de veces que les he dicho que no pueden fiarse.

—¿Me das un poco? —Eres un cerdo. —Eso me dijiste aquel día, cuando le robé tu virginidad a mi hermano casi en sus narices.

—Aquel día empezó a torcerse todo. —Eso no lo digas ni de broma. Y desnúdate de una vez.

Tengo unos pechos enormes, aunque Hugo está encantado. Me tumbo en la cama y él empieza su invasión. Me los coge con ambas manos, tira de los pezones, pasea la lengua para que todavía crezcan más y entonces presiona. Se complace en ordeñarme, lo cual me humilla un poco, pero me pone como una moto. Presiona hasta que asoma la primera gota de leche. Estoy tan estimulada que esto es un no parar. Y entonces se aplica a uno de mis pechos y succiona, succiona como las niñas, pero con más miramientos, ellas lo hacen sin piedad, menos mal que no tienen dientes.

Cuando acaba con un pecho me dice: —¿Quieres un poco? —Vale, está buena, ¿eh? —Buenísima. Se engancha al otro pecho y deposita un chorrito en mi boca desde la suya. Al mismo tiempo me penetra, porque ya no aguanta más. Ni yo. Y nos revolcamos sobre la cama moviéndonos el uno contra el otro con ansiedad.

—Nena, ¿quieres mamar tú también? Pero de otro sitio... —Eso no está tan bueno. —Pero tampoco malo, ¿no? —No. Luego. Ahora quiero que te corras así. —Mira que si al final nos embarazamos ya...

A Hugo le ha sentado bien la paternidad. Ha cambiado mucho. Incluso antes del embarazo. Verdaderamente aquella noche fue un punto de inflexión. No hemos vuelto a hablar de ello, pero como profesional del tema he estado

analizando a Hugo con detenimiento y sé que no ha vuelto a desear hacerme daño. Durante este año hemos sido un matrimonio... ¿convencional? No diría tanto, pero desde luego no ha habido violencia, sólo pasión, eso sí, mucha pasión. Nos miramos a los ojos en silencio. Yo soy la primera en romperlo.

—Te quiero, Hugo. —Te quiero, Adri. Para mí solo.

FIN